Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII | San José, Costa Rica **1929** Sábado 26 de Enero | Núm. 4

IMP. LINES, A. REYES, SUC.

SUMARIO

Solicitamos un momento la atención de nuestros lectores para las cifras del pequeño cuadro siguiente, en donde hemos acumulado la superficie y la población de cuatro importantes estados de la Unión saxoamericana:

	Superficie Millas Cuadradas	Habitantes
Arizona . . .	113.810	333.909
Montana . . .	147.182	548.889
Nuevo México .	122.634	360.350
Wyoming . . .	97.914	194.402
Totales	481.540	1.437.544

Estos datos son tomados del Statesman's Year Book, de 1922, y se refieren al último censo de aquellos estados. Colombia tiene una extensión superficial de 476.000 millas cuadradas, sin contar las centenas y una población de siete millones de habitantes. Por milla cuadrada aquel cuadro de los estados de la Unión cuya superficie es casi igual a la de Colombia, sostienen un promedio de 2.9, casi tres habitantes. El índice de población en la República de Colombia está representado por una cifra cinco veces más alta o sea 14.7. Donde aquellos estados mantienen tres habitantes, Colombia puede mantener quince. Hay, pues, en los Estados Unidos saxoamericanos un territorio casi continuo dividido en dos partes, colocada la primera al Sur, la otra al Norte de la gran república, que comprenden entre ambas

Datos de un problema actual

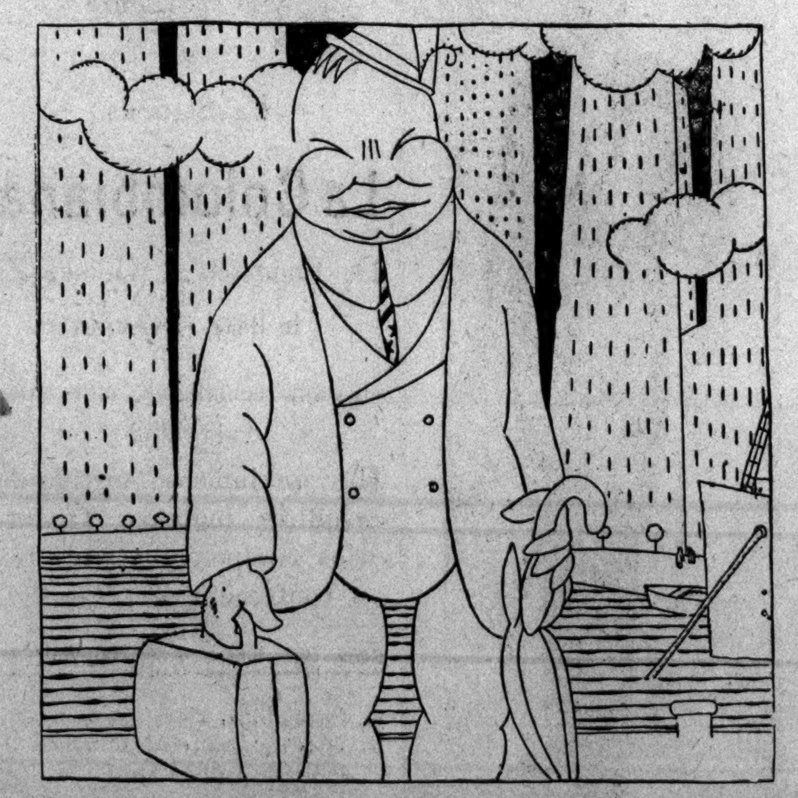
De *"El Tiempo"*. Bogotá.

una superficie mayor que la de Colombia. A juzgar por el índice de población apuntado, aquellas regiones están casi desiertas y requieren un esfuerzo considerable para llegar a su completo desarrollo. Colombia, colocada en el corazón del trópico, en lucha con climas deletéreos, en cien años de aislamiento ha logrado poblar su territorio a razón de quince habitantes por milla cuadrada y crear una cultura de caracteres propios. La gran república saxoamericana en noventa años, durante los cuales ha estado en posesión de esos territorios, parte de ellos adquiridos por la fuerza, no ha podido desarrollar sus elementos de riqueza y no ha podido cumplir con la primera obligación del gobernante, que es la de poblar su territorio, según el dicho de Alberdi.

Esta comparación se hace no para mostrar (lo cual sería temerario y absurdo) que Colombia está más civilizada en conjunto que aquellos Estados Unidos, sino con el objeto de plantear una pregunta y ver si es posible, dentro de la lógica, hallarle una respuesta satisfactoria.

La Unión saxoamericana tiene dentro de su territorio una extensión superficial mayor que el área total de Colombia, en la cual extensión el gobierno de la gran república no ha logrado en noventa años fundar una civilización capaz de desenvolver ese territorio ampliamente para que pueda subvenir a las necesidades de una población abundante. No vale decir que esas tierras son agrias e infecundas: para los adelantos de la química y la agricultura apenas hay ya tierras verdaderamente refractarias al cultivo, y para los inmensos recursos de aquella república bienaventurada, acreedora hoy de todo el mundo culto, no hay problemas insolubles en tratándose de desarrollar un territorio cualquiera. Mas si fuere cierto que esos terrenos, donde apenas se mantienen tres individuos por milla cuadrada, no obstante el hecho de hallarse en el corazón de una república notable sobre todo en los anales del mundo por su extraordinario progreso material y su vertiginoso poder de impulsión, no son susceptibles de desarrollo, o si a pesar de serlo, la nación poseedora no quiere emprender su desarrollo por considerarlo improductivo, sería el caso de devolverle parte de esas tierras a la nación de quien fueron arrancadas por la fuerza para que se ensaye en la tarea de poblarlas y llevarlas a su completo y natural desenvolvimiento. La evolución actual

El nuevo viajante de comercio, por Bagaría



Hoover, camino de la América española: —Seamos el primer comerciante, para poder seguir siendo el primer prestamista.

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia, avisa que faltan unos ₡ 2. 000–00 para completar la suma con que se comprará una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 2. 000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscrición, y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Rep. Am.	₡ 25. 00
José Guerrero	25. 00
Octavio Jiménez	25. 00
Alejandro Alvarado Quirós	25. 00
Carmen Lyra	5. 00
J. J. Salas Pérez	25. 00

Dio (Sila) las tierras de los ciudadanos a los soldados, con lo que despertó en ellos la codicia: desde ese momento no hubo guerrero que no esperase ansiosamente la ocasión de apoderarse de los bienes de sus conciudadanos.

MONTESQUIEU

---

del hombre y de las sociedades se basa en el concepto de función, y el organismo que no la cumple se desvincula de la civilización.

Pero todo esto no es más que una consideración al margen. El problema fundamental tiene otro aspecto. En aquellos Estados Unidos hay territorios más extensos que el de Colombia, necesitados con urgencia del capital y de la organización saxoamericana para llenar su destino y atender dentro de sus posibilidades a la felicidad de la especie humana. Sin embargo, ese capital que no acude a aquellas regiones manifiesta una voluntad irresistible de invertirse en Haití, en Honduras, en Nicaragua, en Santo Domingo, en Venezuela y Colombia, en Cuba y en Panamá, en el Perú y en Bolivia. El capital sobrante de los saxoamericanos es casi ilimitado, pero tiene su límite. ¿Por qué viene a invertirse de preferencia en estas repúblicas de pasado turbulento, amenazadas de cambios imprevistos, cuando Arizona, Nuevo México, Wyoming y Montana, de precedentes pacíficos, sometidos a leyes respetadas por los naturales, piden clamorosamente, según lo muestra su escasa población, el auxilio inmediato de sus compatriotas?

La contestación no es difícil, si se tiene en cuenta la excesiva desconfianza del capital y las doctrinas sentadas por los estadistas de Washington. El capital busca por donde quiera que fluye la mayor seguridad. Los estadistas de Washington han dicho contra toda razón y en pugna abierta con los principios del derecho internacional, que su gobierno no se contenta con la protección que las leyes de otros países les ofrecen a los saxoamericanos ausentes de su patria y sostienen la imposible teoría de que a dondequiera que vaya el ciudadano de aquella república lleva las leyes de su estado para la protección de su persona y la defensa de su propiedad. De esta insostenible y perturbadora doctrina, preconizada por los grandes intereses mercantiles y bancarios de aquellos Estados Unidos, procede el contraste aparentemente inexplicable entre la conducta de los banqueros de Wall Street que le fuerzan la mano al gobierno de Washington para hacerle ocupar a Santo Domingo y Haití militarmente hasta que los gobiernos de una y otra república consintiesen en aceptar un empréstito ofrecido por banqueros neoyorquinos, al paso que hay estados de la Unión en lamentable atraso, porque carecen del capital requerido para llegar a su completo desenvolvimiento.

El contraste se allana en la mente con un momento de reflexión. Los banqueros que invierten su dinero en Santo Domingo y Haití, en Colombia o en Bolivia, se sienten protegidos por la fuerza del estado saxoamericano y por la inaceptable teoría de que el ciudadano de aquellos Estados Unidos está protegido por su gobierno, donde quiera que se halle, aun en contra de las leyes del país por él habitado transitoriamente. Y hay más aún: Existen por desgracia gobiernos americanos, inferiores al desdén de la gente sensata, que están listos a ejercer el estrago en sus propios dominios, para satisfacer las concupiscencias o para templar el infundado terror de aquellos banqueros y de sus agentes.

Se comprende que el dinero de los bancos neoyorquinos fluya copiosamente a estos países, muy a menudo en contra de la voluntad del mayor número, y no acuda con igual facilidad, abundancia y presteza a estados de la Unión saxoamericana, como Wyoming o Nuevo México, porque estas son entidades soberanas, conforme a la constitución, envían representantes y senadores al congreso para defender sus derechos contra excesivas pretensiones de los acreedores, y, en caso de mora, voluntaria o fortuita, en el pago de sus deudas, o de abierta repudiación de ellas, como ya ha sucedido, no se los puede demandar ante la Corte Suprema, si ellos no consienten en ser demandados o si otro estado no se presta a entablar el juicio por parte de los querellantes. Ocurre además que algunos estados de la Unión, como el histórico Mississipi, tienen un crédito asentado en arena. Por su renuencia a pagar deudas adquiridas correctamente en 1831 y 1838, el dicho estado ha merecido que se lo compare en los informes anuales del Consejo de Tenedores de Bonos Extranjeros, con la Rusia soviética, por haber repudiado como ella y por motivos menos dignos de crédito, deudas en que incurriera el gobierno de Mississipi con todas las solemnidades anexas al procedimiento.

B. Sanín Cano.

Charla desordenada sobre Gómez y el gomecismo

y 2. Véase la entrega anterior.

Gómez y la Universidad

El odio de Gómez hacia la Universidad es muy propio de su cultura de bárbaro. "El país lo que necesita son peones y soldados", ha dicho él muchas veces. Peones y soldados que vayan a cargar máuseres en defensa suya, a labrarle sus haciendas, a curvarse de sol a sol sobre los surcos, a cuidarle sus animales, a exprimirle para él un poco más el jugo a esa pobre tierra venezolana, que es suya, de su propiedad, totalmente, íntegramente, ni más ni menos que sus vacas lecheras y su sombrero de jipijapa. Sus instintos todos de patán, analfabeta, se revelan contra una institución donde se rinde culto al libro y se vive vida fervorosa y espiritual. Así la clausuró una vez durante siete años. El sabe, además, a pesar de Cesarismo democrático y de lo que le hayan dicho en contra Gil Fortoul, Arcaya, Pedro Itriago Chacín, que sus sistemas no están muy de acuerdo con las teorías de los autores y que en ningún texto de derecho se hace la apología de los grillos, de las torturas, de los atropellos que constituyen el fundamento primordial de su permanencia en el poder, y de cuya eficacia para gobernar bien a Venezuela se haya perfectamente convencido.

Cierto día, alguien en presencia suya hizo el elogio de las penitenciarías modernas, donde a la vieja noción del castigo se había sustituído otra más humana, de enseñanza, de regeneración.

—Convénzase, amigo, replicó el general: para rehabilitar un hombre nada como un par de grillos. Y si son de 75 libras, mejor.

Estas y otras barbaridades han recibido de los amigos del régimen un nombre dicho entre sonrisas abyectas:

—Las cosas del general!

Como quien dice: las travesuras de Pepito, el Benjamín de la casa, a quien todo se le perdona "porque todo lo hace con tánta gracia . . ."

Y cada gracia del general le cuesta a Venezuela una vida, o muchas lágrimas, cuando no varios millones al tesoro nacional.

Naturalmente que el estudiante devuelve con creces todo el odio y todo el desprecio que Gómez siente por él. Al abrir los ojos a las primeras enseñanzas de la ciencia política o social, tan en desacuerdo con la realidad ambiente; al hacer el cotejo de lo que se dice de otros pueblos y de lo que ve en el suyo, al sentir cómo el desarrollo de las propias facultades y de las propias aspiraciones se le frustra casi siempre en aquel no poder hacer nada sin que el general lo permita, en aquel tener que hablar siempre en voz baja por temor a los espías, en aquella amenaza constante de cárceles y de grillos, suspendida sobre la cabeza de todos los venezolanos, no puede menos que tragarse a regañadientes la protesta, en espera de la ocasión propicia para hacerla estallar; no puede menos que envenenarse de odios ante la farsa diaria y la abyección de todos los días; no puede menos que llevar esa vida triste, hostilizada, doliente, que hace del estudiante venezolano un tipo especial, suerte de anciano de cuatro lustros, tan diferente del otro, del estudiante de los países libres, alegre, bullicioso, entusiasta, con la ambición por las nubes y el corazón en la cabeza.

—¿Y por qué no lucha? diréis vosotros. Sí, señores; lucha y ha luchado siempre, pero en cuáles condiciones! Sin derecho a intervenir en el desarrollo cultural del país, aislado de todos, embozalado, amenazado, sus revistas y sus centros al borde siempre del atropello y la clausura, ¿cómo hacer nada si no es en el motín o en la revuelta? Y el motín y la revuelta necesariamente sin armas, significan por lo general el fracaso, y con el fracaso las persecuciones, la cárcel, la muerte muchas veces . . .

Sentid el contraste, ¡oh estudiantes colombianos! que a la sombra de libertades y derechos respetados, realizáis de modo pleno vuestra juventud y desbordáis el mundo de agitaciones internas que fermenta generosamente en vosotros. Todo podéis discutirlo y todo podéis analizarlo; en la alegría de vuestras fiestas no asoman ni los temores al espía ni la sombra de la autoridad que pudiera reprimirla; vuestros profesores de derecho constitucional, sobre las realidades vivas del Estado, podrán explicarse siempre, sin subterfugios ni rubores, el funcionamiento autónomo de los poderes públicos y el respeto esencial a la libertad de las garantías ciudadanas . . .

En cambio, entre nosotros, hay que ver los juegos malabares que realizan muchos de nuestros profesores, para no aparecer, en la explicación de las teorías jurídicas, como propagadores de ideas y de tendencia subversivas!

El pueblo de Venezeula esperó siempre mucho de la clase universitaria. Durante años, en ella, en las cárceles, en el destierro, se asiló la oposición, el entusiasmo revolucionario, la patria.

Cuando vino la semana del estudiante, el terror imperaba en todo el país. Y sin embargo, a pesar de ese terror, los primeros discursos esbozaron ya un ideal de patria nueva, de regeneración, de protesta. En el símbolo de Beatriz, de la reina llanera que llevaba todo el sol de la tierruca en los ojos, encarnamos la Venezuela de nuestros sueños, pura, altiva, generosa y heroica, y dijimos en voz alta que no queríamos más yugos que los que nos vinieran de sus manos...

Las autoridades de Caracas llamaron a mi camarada Leoni, Presidente entonces de la Federación de Estudiantes, para manifestarle que estaban dispuestas a concluir a balazos con aquel entusiasmo generoso. Se encarceló a los oradores, se allanaron varias casas, la mía entre ellas, y fué milagro el no caer yo de nuevo entre las garras de los bárbaros. El pueblo, embrutecido por veinte años de atropellos, comenzó a despetar. La boina del estudiante, llamarada de un azul fervoroso en las cabezas juveniles, se hizo a su vez un símbolo rebelde. Y hombres, mujeres y niños se descubrían a su paso como ante una bandera.

Recuerdo con orgullo la actitud del pueblo de Caracas durante aquellos días. Cuando los universitarios reclamaron el honor de un puesto en la cárcel, al lado de sus compañeros presos, y uno a uno se entregaron hasta cuatrocientos en manos de las autoridades, el delirio fué unánime, y el odio a Gómez y a los suyos se desbordó en una protesta pacífica, sin armas, pero significativa en extremo, de todas las clases sociales. Llevóse a efecto aquellos días la manifestación que encabezada por Beatriz realizaron las bravas mujercitas de Caracas, nuestras madres, nuestras novias, nuestras hermanas; y de tal modo se dieron a alentar el fermento revolucionario y con tal garbo gentilísimo insultaron y vejaron a los agentes y oficiales encargados de hacer guardar por todo medio y a toda costa el orden, mejor dicho, la pasividad, que Arcaya, ministro de gobierno, manifestó que había llegado el momento de encarcelar también a las mujeres o de habilitar, cuando menos, para ellas, algún salón del manicomio. Y no una sino muchas demostraron esos días que no en vano bajo las faldas llevaban pantalones.

Gómez, bajo el imperio de un terror que le dura todavía, ordenó atropellar, matar si era preciso; cerrar los establecimientos donde el pueblo pudiera armarse de machetes y picos, armas inútiles cuando se trata de luchar contra fusiles y bayonetas. En tanto que duró la primera prisión de los universitarios, Caracas vistió de luto. Se suspendieron casi todos los trabajos y los teatros cerraron sus puertas, no obstante lo cual se obligó a los empresarios a continuar publicando sus programas, con el fin de que la capital tuviera a los ojos del extranjero y de las otras poblaciones de la República un falso aspecto de normalidad y de quietud.

El tratamiento dado a los estudiantes en el castillo de Puerto Cabello, a donde

fueron conducidos en camión, de noche, custodiados por tropa de línea y sin darles ni una sola vez de comer durante el larguísimo trayecto, fué inicuo. Se les obligó a trabajar forzadamente — cargar hierro y carbón en el Dique astillero — y quiso compelérseles a barrer cloacas y letrinas. Faltos de alimento, medio muertos de sed, muchos se desmayaban en la dura faena. Por la noche se les tiraba a dormir, sin mantas ni colchones, en el húmedo pavimento de los calabozos de la ergástula.

Pero a cuatrocientos estudiantes, vinculados a las mejores familias del país, queridos y admirados siempre y más ahora después de su noble y simpático gesto de solidaridad trascendente, no se les podía tener encarcelados mucho tiempo. Por otra parte, el mundo civilizado comenzaba ya a protestar, indignado, ante semejantes atropellos. Necesario será reconocerle a Colombia, unánime en su juventud y en su prensa contra Gómez, una parte, acaso la más eficiente, en la primera libertad de los universitarios de Caracas.

Pero Gómez y sus dirigentes intelectuales no quisieron conceder esa libertad sin antes tratar de anular y destruir, en lo posible, el gesto estudiantil cuyas hondas repercuciones comenzaban a hacerse sentir en toda la República y especialmente en la capital, en Valencia, en la Guaira y Puerto Cabello, donde las manifestaciones, las huelgas y los disturbios eran diarios y en proporciones tan alarmantes, que ya desde entonces muchos comenzaron a dudar de la posible continuación del gomecismo en Venezuela.

Y se propuso a los estudiantes la firma de una carta por la cual se mostraban arrepentidos de su reciente actitud y confesaban "que el gobierno había tenido razón para encarcelarlos y vejarlos". La firma de esa carta se propuso precisamente el día en que el inicuo tratamiento alcanzara un máximum de ferocidad y de rigor, bajo un temible aparato militar, resonante el aire de dianas y de choques de bayonetas. Algo espectacular e impresionante, propicio al logro de la finalidad perseguida.

Y los muchachos comprendieron. Entre ellos muchos apenas llegaban a los quince años. Para ser recibidos en la policía de Caracas, hubieron de ponerse pantalones largos de sus padres o de sus hermanos mayores. Todos tenían por delante la continuación de aquella vida de hambre, de violencia, de trabajos brutales. Y ante la indignada sorpresa de los esbirros de Gómez, ninguno, absolutamente ninguno, quiso firmar aquel "mea culpa" ignominioso. Uno de ellos manifestó en voz alta el sentir de todos sus compañeros.

—Puede usted decirle al general Gómez que estamos dispuestos a permanecer aquí, y que no aceptaremos la libertad como a ésta quieran imponérsele condiciones de ningún género.

Ante la presión interior y exterior, Gómez se vió precisado a excarcelar los estudiantes. El paso de éstos por las poblaciones de tránsito fué recibido con aclamaciones triunfales, contra las cuales no valieron ni las amenazas ni los atentados de la policía. Como se reuniera en Caracas un numeroso grupo de abogados y profesionales para tomar alguna medida en favor de los universitarios, Gómez ordenó la prisión de todos ellos.

Rafael Arévalo González, periodista integérrimo, hombre el más notable que produjera Venezuela en los últimos cincuenta años desde el punto de vista de la pulcritud y del carácter, cuyas prisiones políticas alcanzan la aterradora suma de veinte años, escribió una bella y altiva carta al tirano pidiéndole la libertad "de unos muchachos que lo habían hecho sentirse orgulloso de ser venezolano". Gómez respondió a tan desmesurado atrevimiento con un nuevo carcelazo y un nuevo par de grillos.

En los barrios altos de Caracas el pueblo se defendió de los atropellos de la policía con piedras y palos. Hubo muchos muertos. La propaganda clandestina alcanzó proporciones inusitadas: proclamas, periódicos escritos a máquina, hojas sueltas. En todas partes se hablaba de revolución, del odio a Gómez y a los suyos, de la necesidad de acabar a toda costa con un sistema al cual no debía el país sino su ruina moral y material en lo interior y su descrédito ante la civilización y la cultura universales.

En telegrama que desde Maracay enviara Gómez a varios jefes de ejército en Caracas, les recomendó aplicar una táctica más severa y enérgica: "Dar de filo y no de plan; ametrallar y fusilar a los descontentos". Muchos de éstos fueron enviados a trabajar con un grillete al pie en las carreteras de Oriente y de los Llanos; otros fueron conducidos a Puerto Cabello y allí permanecen todavía; se insultó y atropelló mujeres; se cometieron salvajadas de toda índole.

Y en esas condiciones vino el cuartelazo del 7 de abril, en el cual tomaron parte, y parte heroica, los universitarios. No me es posible historiarlo en sus detalles, en sus ramificaciones, en sus consecuencias, pues con ello no haría sino provocar represalias posibles en Caracas, suscitar sospechas y agravar la suerte de los estudiantes y oficiales perseguidos o presos. Sólo diré que desde entonces la dictadura tambalea y busca en vano a ese centro de gravedad que ya insinué: Todas las fuerzas y todos los derechos de un lado y todas las sumisiones y todos los deberes del otro. Llegará el día en que se ponga en claro la verdad dolorosa y magnífica de esa noche de angustias. Me jacto de decirlo: mi generación probó en ella una tal insondable capacidad de heroísmo y sacrificio; el pueblo ha estado siempre y estuvo en esos días de tal manera con nosotros, que sería injusticia dudar de la próxima salvación de Venezuela.

López Contreras, el debelador del movimiento, halló entre los rebeldes presos a un cadete, el preferido de sus hijos. Y lo llamó traidor. El hijo respondióle en una frase estupenda:

—Traicionar a Gómez es serle fiel a Venezuela.

Todos los que cayeron esa noche en manos de los esbirros fueron ominosamente torturados. A los heridos se les condujo a la cárcel, sin prestarles auxilios de ningún género. Cuéntase que Antonio Arraíz, poeta acaso el más valioso de la última generación venezolana, se le gangrenó una pierna herida, y hubieron de cortársela.

Al salir nosotros de Caracas, cuatro de los universitarios presos habían muerto en las torturas. A los demás les aguarda una suerte semejante. Muchos huyeron. A todos se les niega pasaporte y se les prohibe la salida del país. Varias legaciones nos abrieron generosamente sus puertas. La Pontificia, sin embargo, se negó a intervenir amistosamente en favor de los presos y de los perseguidos; y el Nuncio le respondió a mi compañero Leoni que él como diplomático tenía atadas las manos y nada podía hacer. Puede que como diplomático tuviera razón el señor Nuncio; ahora bien, estoy seguro de que Cristo, a quien él pretende representar en la tierra, nos habría respondido de otro modo.

Y yo reclamo de vosotros, oh estudiantes colombianos, y por vuestro conducto de todos los hombres de cultura y de bien en el Continente americano, una nueva actitud solidaria frente al dolor y las angustias de nuestros camaradas de Caracas. Ella podrá ser eficiente para salvarle la vida a ese puñado de muchachos valerosos que todo lo sacrificaron — estudios, juventud, vida — al sueño de una patria digna, libre y decorosa. Ella podrá también en mucho contribuir a realizar las esperanzas de un pueblo que, esclavizado y sin armas, está todo contra sus tiranos porque la Venezuela de hoy lleva a la cabeza boína azul y rebelde como sus estudiantes.

Las ergástulas

Rotunda de Caracas y Castillos de

Puerto Cabello y de San Carlos! Cuando mañana la horrible verdad luzca desnuda en la integridad del documento y de la prueba, vuestra historia de horrores y de crímenes ha de parecer leyenda.

Guillotinar, ahorcar, fusilar: hay algo de piadoso en esas formas violentas de la ejecución. El sufrimiento cesa con la muerte, y la muerte viene rápida, instantánea, a poner fin a la angustiosa expectativa. Gómez no guillotina, ni fusila, ni ahorca. El odia espectáculos y ruidos y gusta, para deshacerse de enemigos, de lentitudes refinadas, de sombra, de silencio. Alguna vez se vale del veneno, que es también silencioso; otras, las más, asesina poco a poco, de hambre, de sed, de grillos, de aislamiento, de torturas pequeñas . . . De eso han muerto en Venezuela millares de infelices. El día de la resurrección, ellos serán los que más tarden en despertar, tal cantidad de muerte y de disgregación tienen encima.

Ningún goce, ni aun el más elemental, para el que está preso como enemigo del régimen; nada de libros ni de papeles; incomunicación absoluta con el mundo exterior; alimento malo y escaso. Apenas se le deja el derecho de una vida estupidizante, inútil, vegetativa, dentro de una celda cerrada, tan cerrada y estrecha que ya sugiere el ataúd.

Y sabedlo, para ese hombre no hubo juez ni sentencia ni el derecho primordial de defenderse. Se le arrojó en una celda sin decirle por qué, y luego, al cabo de años o de lustros, si es que antes no lo llevaron a enterrar, se le dió la libertad, sin tampoco decirle por qué. La libertad sorprende como la prisión. La muerte no: a la muerte se le aguarda todos los días.

Algunos, como Sotero Mojica, la vieron venir, junto con el "tortol" que le desgarraba las carnes; otros, como Pedro Manuel Ruiz, ciudadano eminente, en una agonía de intestinos destrozados, merced a un poco de vidrio molido que se le mezclara al alimento.

Aranguren, muchacho de diez y siete años, pide una medicina para el dolor de cabeza que lo trae medio loco; y el alcalde le envía generosamente un remedio definitivo: arsénico. Murió pocas horas después.

De arsénico murió también, como podrá comprobarse algn día en los huesos del cadáver, un sacerdote, modelo de virtudes ciudadanas y cristianas: el padre Frankis, por el delito de habérsele encontrado una carta en la cual demandaba a Su Santidad Benedicto XV las razones que le habían asistido para otorgarle a Juan Vicente Gómez la orden piana.

Pablo Giusseppi Monagas, fervoroso católico, suplica la presencia de los sacerdotes presos para que lo ayudasen a bien morir. Y el alcaide le responde:

—En la cárcel la gente se muere sola.

Algunos pasaron, como el Capitán Pedro Hernández, de una paliza del "cabo", a mejor vida. Y esta vez sí que tiene un gran valor de realidad la frase hecha! Repito que estas formas violentas del asesinato, si bastante numerosas, no son las acostumbradas por Gómez y su cohorte de verdugos. Ellos prefieren otras: el hambre, la sed, la ausencia de sol, las pequeñas torturas físicas y morales, cuyo conjunto da lugar a una nueva enfermedad, todavía no clasificada en los libros de medicina, y que bien pudiera llamarse la enfermedad del preso político venezolano...

Cuatro años de cárcel

Cuatro años de carcel! No son muchos en mi país. Fernando Márquez pasó dieciocho en Puerto Cabello, y Román Delgado Chalbaud catorce en la Rotunda de Caracas. El primero dejó una hija en el vientre de su madre al ser encarcelado. Cuando salió, esa hija ya le había dado un nieto. Manuel Andrade Mora fué hecho preso a los quince años. Al venir la libertad tenía veintiseis. Cito casos aislados. Son miles. En un momento dado, las ergástulas de la dictadura llegaron a contener más de cinco mil detenidos políticos. Y no fueron más porque en el exterior, asilados, existían al rededor de cuatrocientos mil venezolanos. Esa es la mejor defensa que puedo hacer yo aquí de la dignidad nacional.

Cuatro años de cárcel! Cada día que pasa nos arranca un año de vida. Dicen que los recuerdos dejan una huella material en el cerebro: esa huella debe ser roja en el mío. Tenía yo cuatro lustros, estaba al borde de concluir mi curso de derecho y lo esperaba todo de la vida. Mi padre gozaba de una excelente posición económica y de un vasto nombre literario en el país. Los años pasarán con dulzura por la existencia de mi madre, ya para ese entonces bellamente prestigiada de otoño. Mi hermanita menor apuntaba los quince. Cuatro años de cárcel. Mi padre muerto. Uno de mis hermanos, destrozado física y moralmente por las torturas. Yo enfermo, con unos ojos nuevos, amargos, agresivos para mirar la vida, y viejo ya a los 25 años. Mi madre, arrugados el rostro y el espíritu, y la cabeza de algodón. La hermanita menor, triste y doliente ante su juventud que se frustraba. Y la ruina: la ruina total, absoluta, sin rescate posible en mucho tiempo. Cuatro años de cárcel! Todavía me pregunto cuál fuera nuestro delito, cuál el enorme crimen para semejante castigo.

Se me conduce a una celda y se me ponen grillos. Yo no los conocía: son monstruosos. Dos argollas, una barra, una cuña. Trato de explicar su mecanismo y no puedo. Ambas piernas quedan sujetas. Se camina levantando un poco la barra con una cuerda o con las manos. Pesan mucho. Aquéllos, 75 libras.

Hace frío y pido una manta. Se me niega. Protesto, y el carcelero me define mi situación presente y futura con palabras que no olvidaré jamás:

—Calle la boca. Preso es preso.

Me echo como puedo en un rincón. El preso político es un perro. Pasan los días. El rancho es malo: un potecito de granos, sin más condimentos que la sal, por la mañana; por la tarde, un poco de harina de maíz con agua. Y eso, tan pobre, tan miserable, no se nos da sino que se nos tira. No; no somos perros. A los perros se les trata mejor. El perro de mi casa come en una escudilla de madera. Yo, en un recipiente de lata, de esos de leche condensada, sucio, y lo que es peor, demasiado pequeño. Cuando uno acaba de comer, rebusca en el fondo, con la ansiedad de que aquello se haya acabado tan pronto... El hambre tiene cara de hereje, dicen. Los herejes deben de tener la cara muy fea.

Por la noche, los gritos de los torturados llegan a mí, largos, penetrantes, infantiles a veces, como de animal herido o de muchacho enfermo.

—No grite tanto y diga lo que sepa.

—No sé nada. No sé nada. No sé nada . . .

La voz se va debilitando poco a poco en esos "no sé nada", hasta concluir en un trémolo doliente . . .

Un día, se abre la puerta de mi celda y, conducidos por el carcelero, llegan a ella dos hombres. Dos muertos. Porque aquellos hombres están muertos. La lividez de los rostros, el perfil aguzado, las ojeras profundas, son de muerto. Y caminan. Están muertos y caminan.

Ambos traen las manos tumefactas, moradas, insensibles, inútiles. Los suspendieron por ellas de dos cuerdas y así los han dejado varios minutos. Varios siglos. Son los ejecutores necesarios de la muerte del hermano de Gómez. La voz pública señala a uno de los hijos del tirano, vicepresidente de la república, y único interesado en el crimen. Y las autoridades de Caracas necesitan forjar unos asesinos para acallar esos rumores.

Aquellos hombres no pueden comer, inservibles como tienen las manos; les llevo a la boca el alimento y me miran con húmedos ojos agradecidos. En un tiempo figuraron en la guardia de Mira-

flores, el palacio donde se cometiera el asesinato. Dados de baja, trabajaban en la actualidad en una alfarería. Se habían casado los dos y cada uno tenía un hijo. Les han hecho horrores. Desnudos los ligaron con fuertes cuerdas a un catre. Y con una pluma, embadurnada de aceite, les hicieron cosquillas en las plantas de los pies. Al principio daba ganas de reír. Después era horrible, tremendo, exasperante . . .

Todas las noches se los llevan para torturarlos, hasta que al fin falsamente declaran. Sí, ellos son los asesinos. Puede ser que así los dejen tranquilos. Pero no. El gobernador de Caracas, Julio Hidalgo, les pide algo más: un puñal y ropas ensangrentadas para presentárselas a un juez. De no hacerlo, les darán quinientos palos. Gómez ha ofrecido al país un expediente completo del crimen y hay que formularlo, y bien, a toda costa. Uno de ellos me dice: "¿Cómo haría yo para decirle a mi mujer que empape en sangre un traje mío y se busque un puñal?"

Ante la perspectiva de la noche que le aguarda ha perdido toda moral. Tiembla, se echa en el suelo, llora. El otro, no. Se halla estupidizado. Mira hacia un punto fijo en el techo horas y horas. Sacude el aire con las manos, como espantando moscas. De cuando en cuando, ríe.

Y se los llevaron esa noche. A eso de las tres de la mañana, regresaron. Sus espaldas eran dos llagas; dos llagas enormes, de un púrpura fresco y chorreante. Así, les pusieron grillos. A los dos días comenzaron a descomponerse, a oler mal. Un olor horrible, nauseabundo, a cosa muerta. Volvieron a llevárselos, y esta vez para siempre.

Se llamaban Araguaynamo y Mujica. Fueron enterrados en un solar de la Rotunda.

Una mañana el alcalde me ordena:

—Venga.

Voy. ¿A dónde? No lo sé. Quizás me van a torturar. Paso por el hueco abierto en mitad de una verja de hierro, y sigo por un pasillo a cuyo fondo se advierte un calabozo. Sentado, pálido, enjuto, con una vejez que se diría de miles de miles de años, está un hombre. Y aquel hombre se levanta, se me e[illegible] encima, me baña el rostro de besos y de lágrimas. Comienzo yo también a llorar, no sé por qué. Mi cabeza no rige bien. Debo de tener los ojos extraviados y vagos.

—Hijo, hijo, hijo . . .

Aquel anciano de miles y de miles de años, es mi padre. En tres meses ha envejecido siglos.

En un calabozo frente al nuestro están matando a un hombre. Lo tienen desnudo, a medio rancho y con dos pares de grillos. El empleado que nos trae el alimento dice que durará muy poco. No quiere decirnos ni su nombre ni su delito. Sólo, cuando ya está al borde de retirarse, exclama:

—El general ha resuelto matarlo, porque es un hombre peligroso . . . Muy peligroso.

De cuando en cuando lo sentimos quejarse, sin palabras, en lamentos suaves, blandos, pueriles, que nada dicen y que dicen, sin embargo, tántas y tántas cosas.

Y una noche . . . Fué horrible. Hostigado por el hambre, arrastrándose a pesar de las ciento cincuenta libras de los grillos, se asoma a la puerta de su celda, avanza, avanza lentamente, hasta el cajón donde se depositan las horruras, mete la mano en él y saca una cáscara de plátano. La devora con una avidez animal, primitiva, desconcertante. El alcaide lo mira desde el balcón donde está de guardia y llama al "cabo". Y el "cabo" con un nervio de toro en la mano se va airado contra el infeliz. Este se ha quedado inmóvil y espera. Cierro los ojos.

—No me pegue, no me pegue, no me pegue . . .

Y sobre aquello, que no es un hombre, sino una piltrafa de hombre, un jirón de vida, un instinto en acción, cae una, dos, tres, cuatro, yo no sé cuántas veces el nervio de toro. Cae y suena con un ruido seco, cortante.

—No me pegue, no me pegue, no me pegue . . .

Hago por contenerme, pero la voz se me sale a pesar mío:

—No le pegue!

Ocho días después se lo llevaron. Jamás vieron mis ojos un cadáver más lívido, más extenuado, más doloroso, más cadáver . . .

Podría referiros muchas otras escenas semejantes, y entre ellas las torturas de mi hermano, escuchadas por mí en una noche inolvidable; mi época de hambre y de sed en el "Calabozo del Olvido", cuyo nombre ahorra bien la descripción; la muerte de mi padre . . . Pero me haría interminable. Quiero, sin embargo, resumir en un episodio, sencillo, sin trascendencia, toda la refinada crueldad de la Rotunda.

No sabemos cómo llegó a nosotros. Saltarín, zurdo, sin emplumar del todo, lo sorprendí en mi celda. Era un pichón de tordo, agudo el pico, negrísimos los ojos. Venía de afuera, de quién sabe dónde, pero de la libertad, de la vida. Enredada a sus patas una brizna seca de hierba, acaso del nido recién abandonado.

Logré atraparlo. Tenía hambre y sed y le dí de comer y de beber, yo, que también tenía sed y hambre. Nos hicimos amigos. Se hizo amigo de todos. Al cabo de un mes pudo volar, irse lejos, hacia los campos dorados de sol, hacia las sementeras verdeantes bajo las primeras lluvias de marzo, hacia sus compañeros los pájaros y los árboles. Y prefirió quedarse. Revoloteaba en el recinto, del hombro de un preso al hombro de otro. Visitaba todas las celdas. Era nuestro hijo, nuestro hermano, llegó a serlo todo para nosotros.

Y un buen día el grillero, riendo, "por orden superior", lo cogió en sus manos, le acarició las plumas, y como quien estira un resorte, le arrancó dulcemente la cabeza.

Y pensar que un régimen así de ominoso y brutal merece no sólo las relaciones cordiales, sino el apoyo y protección de todos los gobiernos civilizados de la tierra!

Síntesis

Preguntaría yo a los defensores de Gómez, a los panegiristas de la dictadura, a sus diplomáticos en el exterior, ¿qué hemos ganado nosotros con estos cuatro lustros de ignominia? ¿La paz? Mil veces preferible la guerra con todas sus violencias, como en el proverbio latino a ese imperio de cárceles, de cementerios y fusiles que ha sido la paz venezolana durante los últimos veinte años. ¿Será esa paz durable? ¿La presión, el atropello y la falta de libertad no son y fueron siempre semillas de odio y de revueltas? ¿No habrá sembrado la decantada paz venezolana para el futuro próximo una guerra que, por justa, no será menos encarnizada y sangrienta?

¿El progreso material? Visitad el interior de Venezuela y me diréis si ese progreso material no es una farsa. El paludismo, el analfabetismo y los demás ismos deplorables imperando en todas partes. La incuria oficial dándose la mano con la indolencia nativa; selvas que están pidiendo a gritos el esfuerzo del hombre; desiertos, zancudos, jefes civiles; poblachos feos y tristes. Y miseria, miseria, miseria . . . Las más pingües industrias, todas en manos de los Gómez. La agricultura en ruinas. La cría un monopolio de hecho en favor de la familia reinante. Sólo ella puede beneficiar ganado en los mercados de Caracas, Puerto Cabello, La Guayra, Valencia, Maracay, de casi todos los centros de importancia; sólo ella tiene facultades para explotar el balatá y la sarrapia de las selvas de Guayana; sólo barcos suyos pueden navegar por nuestros ríos, y esa es la única razón por la cual no se concede a Colombia la libre navegación del

Orinoco; por tierras de los Gómez podría transitarse desde Maracay hasta la frontera colombiana; las mejores haciendas de caña y de café son suyas; suyas son también las mejores dehesas de los llanos. Tienen hiladerías, curtiembres; fabrican cemento, mantequilla, peines, cigarrillos y perfumes. Hasta hace poco tuvieron un garito en cada esquina. No hay compañía productiva donde ellos no posean la casi totalidad de las acciones. Son fabulosos sus depósitos en los bancos extranjeros. Sólo en uno, americano, tiene Juan Vicente cien millones de dólares. La fortuna de los Gómez ha sido calculada en dos mil quinientos millones de bolívares. Después de esto, ¿para qué hablar de los pobres cien millones, que al decir de ellos, tiene en caja en Venezuela?

Por la ausencia explicable de numerario en circulación, casi todo nuestro comercio está al borde de la bancarrota.

Esas carreteras de que tánto se ha hablado y se habla todavía le han costado al país, amén de muchas vidas, diez veces su valor. Tanto es así, que ellas constituyen uno de los más remunerado res negocios del general y de sus íntimos. La de Maracay a Ocumare de la Costa, que es magnífica, no llena otros fines que los de unir al déspota con algunas de sus fincas y facilitarle, al propio tiempo, el acceso al mar para la hora inevitable de la fuga. Nuestro petróleo se halla todo en manos extranjeras, y figurando, como figuramos, entre los mayores productores mundiales, nuestra renta efectiva en ese ramo es irrisoria. La mayor parte se desliza en manos de la clase dirigente. La política dictatorial en la materia se define toda en el caso siguiente: al concluir su contrato la Caribean, todas las propiedades, edificios y maquinarias de ésta pasaban a poder de la nación, lo cual representaba para ella centenares de millones de bolívares. Gómez, mediante un regalo cuantioso, hizo prorrogar ese contrato yo no sé por cuántos años más.

Si Gómez paga religiosamente la deuda externa, débese, no a previsión patriótica, que no la tiene ni la ha tenido jamás, sino a ese afán, al cual es capaz de sacrificarlo todo, de tener de su parte a los gobiernos extranjeros y especialmente al norteamericano.

La despoblación de la república es evidente. Los censos de Caracas y de Maracaibo han aumentado pero sólo a expensas de la despoblación del resto del país. El doctor Luis Razetti demostró, con datos auténticos, que en el Distrito Federal la mortalidad era muy superior a la natalidad. Centros como Barinas, San Carlos, Zaraza, Calabozo, que para 1900 contaban más de diez mil almas, hoy difícilmente llegan a los mil quinientos habitantes. En Guayana, en todo el Oriente y en los estados de los Andes. la emigración ha sido manifiesta. La inmigración extranjera, nula. Nuestro censo total efectivo no llega a los dos millones y medio.

¿Que nuestras rentas han aumentado? El estadista lo que debe averiguar es si lo hicieron en la natural proporción, dadas las excepcionales riquezas actuales del país y si han sido manejadas con honradez y pulcritud.

¿Dónde están esos ferrocarriles, ese fomento a la inventiva, a las letras y a las artes, ese fervor de progreso de los países jóvenes?

Pero mejor será no seguir. Estoy abusando de vuestra benévola paciencia. Lo dicho basta ya a definir la verdad sobre la dictadura de mi país; esa verdad es tan triste, tan amarga, que la enseñanza en ella contenida jamás podrá olvidársenos, y ojalá sirva de experiencia y lección a las otras incipientes democracias de América. De esta América nuestra, que mientras soporte dictaduras y gobiernos que no encarnen la verdadera representación de su pueblo, jamás podrán llegar a ese grado de compenetración muta y de solidaridad efectiva, imprescindible para afrontar sólidamente el cúmulo de asechanzas y problemas, casi todos comunes, que nos prepara el porvenir.

Y ahora, señoras y señores, perdonadle a un pobre estudiante el que os haya arrebatado tanto tiempo en referiros las tristezas y angustias de su tierruca venezolana, que por doliente y sufrida, como el Portugal de Queiroz, bendita sea por siempre entre todas las tierras . . .

Gonzalo Carnevali.

(*"El Tiempo"*. Bogotá).

Gonzalo Carnevali se ganó a Bogotá

Traía el prestigio de su juventud perseguida y castigada por el despotismo, el eterno enemigo del carácter. Traía la canción en estrofas de infinita dulzura, de robusto vigor, de ensueño, de ilusión, de esperanza y de cólera. Traía su sencillez, su bondad, la sonrisa de quienes sienten el alma clara y fresca, y los ojos profundos, abstraídos, de los que han visto de cerca la injusticia.

Dictó una conferencia. Por sus labios veraces, en síntesis tremenda, pasó el dolor de su patria. No ya la prohibición de hablar, de escribir y de moverse, constituye la afrenta de un gobierno que engaña al mundo con la noticia de que el progreso material anda a pasos de gigante, a tiempo que el orden no se altera. Lo horrible es la crueldad, la saña inútil, la venganza proterva, aquel sentimiento miserable que sacia en los que no tienen culpa el rencor causado por un hombre libre que protesta y que se indigna.

Carnevali contó los horrores de que en un libro fustigante nos habló Pocaterra. Pero puso el acento conmovido y el acento vapulador del testigo que acaba de abandonar la prisión donde sus ojos, ansiosos de la belleza de la vida, se sumergieron como buzos en las ondas negras y salobres de la maldad de la especie. Así se ganó la admiración, la adhesión, de quienes sienten el afán de descubrirse ante todo bello ejemplar de hombre entero y honrado.

Recitó sus poesías. Romántica dulzura de la evocación, torturante obsesión de la patria que no existe, recuerdos de campos, de fiestas, de anhelos purísimos, perfume de novia, sugestión de la ventana, hombre de las llanuras soleadas donde Venezuela es más Venezuela. Cantos también de rebeldía, de asco, estrofas como ramales de un látigo propicio para azotar las carnes de los mercaderes de la patria, el templo más augusto. Así se ganó el aplauso, el fervor, de quienes aprecian ese milagro de humanidad que es un poeta.

Estuvo en sociedad, frecuentó las redacciones de los periódicos, conversó con todos los intelectuales de su generación, se hizo amigo de los que pasan por conductores o maestros. Estudió. Obtuvo un grado en el Externado de Derecho, que con apostólica unción dirige el doctor Diego Mendoza. Vació el alma, saturada de gratitud, en una despedida a Bogotá, pétalos de rosa que arrojó desde el tren, salpicados de un rocío de lágrimas. Así se ganó el cariño, la emoción, de quienes saben la rareza y el alto precio de un alma.

Y con su alma se fué. Sonora, grata, austera, henchida de ansias libertadoras, de dolores macerados, de pureza, de vida! El va soñando. Por donde quiera que pase merece ser recibido con los brazos abiertos. Es de la tierra hermana que nos dió al Libertador, y se conserva con el brío de los centauros de Apure y la ilusión de quienes están seguros de que la niebla pasará, para que de nuevo brille el sol que hace crecer al horizonte. No abrigamos duda de que Medellín, más tarde Cali, Popayán, las otras capitales colombianas a donde su espíritu inquieto lo conduzca, tendrán para él ese calor de hogar, esa efusión de hermanos que encontró en Bogotá, no porque tengamos aquí especiales condiciones sino porque ese abanderado de la libertad, que es un caballero y que es un niño, los merece hondamente.

L. E. Nieto Caballero.

(*"El Correo de Colombia"*. Medellín).

Noticia de libros

"Lo cómico contemporáneo"

Librito de ensayos breves, muy condensados, con una preocupación discreta de no pesar y, en ocasiones, de ocultar no sólo el peso, sino también la fuerza. Lo cómico contemporáneo, el teatro, el "cine", como medidas de la sensibilidad universal. Larra y Ganivet, dos figuras españolas, con su ambiente — un ambiente en que, a pesar de ser tan suyo, ni uno ni otro pudieron respirar. — Y dentro de lo cómico contemporáneo, universal, algunas breves páginas, muy intensas a pesar de su rapidez, dedicadas al humorismo español. De este modo aparece en los **Cuadernos Literarios** — mantenidos hasta ahora a muy alto nivel — la personalidad de Antonio Espina como algo excepcional entre los escritores de su tiempo, como un autor para la colección **Nova Novórum** que no ha querido desprenderse de su parte más humana, por donde se siente unido a una tierra, a una historia y — lo que es más original — a unas convicciones. Hace pocos meses abrió **La Gaceta Literaria** información para subrayar el alejamiento de la política en que están nuestros intelectuales y literatos jóvenes. Espina fué de los muy contados valientes que se atrevieron a pronunciar la palabra "responsabilidad". Ser intelectual, ser literato no autoriza a ser irresponsable. La responsabilidad debe ir acompañada, como sentimiento y como idea, de pasiones y de nociones. Su posición le separaba de la mayoría. Venía a ser, por contragolpe, aristócrata y distinguida entre la turba. Así, al juzgar en su ensayo sobre Ganivet una frase de éste, "Se decía que la enseñanza católica nos condenaba a la atrofia intelectual; la libertad de enseñanza nos lleva a un rápido embrutecimiento". Espina protesta del ex abrupto, hijo del humor caprichoso. Esas palabras "molestan y hieren". "En estas cosas se han apoyado siempre nuestros cavernarios para, con aparente razón, presentar aquella voz como suya. No saben percibir lo que del ecléctico y ajeno a sectas y partidos tiene siempre el intelectual verdadero". Pero las palabras "molestan y hieren". No hablaría así quien no tuviera un ideario, casi un programa, compatible con la recta posición intelectualista.

Espina ha dado antes de ahora en **Nova Novórum** — de la "Revista de Occidente", a cuya pléyade le vemos adscrito — una novela breve, pero muy intensa: "Pájaro pinto" (1927). Aparece aquí, dentro del desgaire y la aparente ligereza funambulesca del estilo, tema y fábula, la más honda preocupación moral. Veo las últimas páginas del "Pájaro pinto", tan llenas de emoción — de pensamiento emocionado —, como un glorioso desgarrón de la bandera de la revista, como un remordimiento de conciencia en el compromiso de deshumanización del arte. Sin duda por eso Antonio Espina vive espiritualmente este singular. Y la singularidad aparece, más que en los ensayos, donde forzosamente ha de adoptar la serenidad fría e impersonal, propia del análisis, en la ficción novelesca y en la poesía. "Signario" (1923. Bib. Indice) es probablemente el libro de versos más contradictorio escrito por una generación que aborrece el concepto, que lo descarta y apenas lo admite convertido en metáfora, disecado, clavado, muerto como una mariposa. Allí dejó Espina al aguafuerte el retrato del fantoche: "Palabras de un esteta". Aparece al óleo "Don Cacique". Una admirable, inolvidable estampa: "Cruz Verde", el incendio de las Salesas. Admito los ensayos de ahora como lo que son: estudios, introspecciones, al mismo tiempo que examen de vidas y obras ajenas. Pero estimo sobre todo en Antonio Espina la facilidad de creación, que ha de llevarlo, seguramente muy pronto, a una nueva fase.



Antonio Espina

Retrato por Timoteo Pérez Rubio

LUIS BELLO

"El Sol" Madrid.

Luis Vives: "Diálogos"

Guardo hace muchos años, encuadernada en pergamino, una edición, pequeña, de los **Diálogos,** con la traducción de Coret. Esta que viene ahora, patrocinada por Espasa - Calpe, en la Biblioteca de Filósofos Españoles, que dirije Ovejero y Maury, trae el texto corregido de valencianismos, — los que padece el castellano del presbítero D. Cristóbal, porque a los que pudiera tener el latín de Luis Vives no creo se atreva nadie —. Libro precioso para maestros. Libro encantador para quienes estimen el sentido humana de la filosofía, para cuantos sepan agradecerle al Humanismo el arte que tuvo en exaltar la vida. Siempre me ha parecido un signo del valor de su época — lo que hoy llamaríamos en lengua de deportistas "una buena marca" —este libro, escrito para muchachos, estudiantes de latinidad. ¡Suerte — aunque no azar, porque el nivel del tiempo lo habían puesto muy alto otros hombres que no eran sólo pedagogos—, suerte la de aquellos alumnos que pudieron aprovechar, siendo del estado llano las lecciones que un hombre de la altura de Luis Vives escribió pensando en el príncipe don Felipe!

¿Escribió, en realidad, maestro tan profundo para aleccionar a un futuro rey? Creo que conviene ver en estas obras de lección revolucionaria la voz que llega al pueblo, tanto, por lo menos, como la voz que llega a palacio. Esa es, a mi juicio — modestamente lo aventuro —, la intención verdadera y secreta de Maquiavelo. Instruía al príncipe, lo aconsejaba en su interés y conveniencia de tirano; pero al mismo tiempo descubría ante el pueblo la burda trama, y en ese revés del tapiz dejaba bien patente la debilidad de la tiranía. "El tirano debe tener siempre en la boca las palabras de clemencia y religión; pero no debe preocuparse de faltar a ellas cuando lo exija su interés. Las crueldades son necesarias muchas veces, porque el objeto de un gobierno es durar, y esto no es posible sino con la ayuda del rigor." El príncipe oye; pero el pueblo, también. Empiezan a jugar uno y otro a cartas descubiertas; y Maquiavelo, vividor, plebe, a pesar de su genio, estaba más cerca de un pueblo nuevo que de un príncipe nuevo. Mucho más todavía el español Luis Vives, porque en su patria no habían faltado nunca varones esclarecidos dispuestos a decir verdades que adoctrinaran igualmente al grande y al pequeño, guardando una generosa idea democrática sobre el rasero con que debían medirse los hombres.

A juzgar por el número de ediciones impresas en España, tanto del texto latino como de la versión, los **Diálogos** de Luis Vives sirvieron para la enseñanza, tal como su autor quería. ¿Hasta qué época se mantuvieron? Como describe la Corte y sus costumbres con tanta libertad, y, en general, ese criterio libre es el que trasciende en todas sus páginas, no dejaría de ser atacado y perseguido. El cardenal Juan Vona, que, según frase de Coret, "notó a Vives de insolente", se-

Pasa a la Página 58

Vasconcelos vuelve a México

Colaboración inédita de
Francisco García Calderón

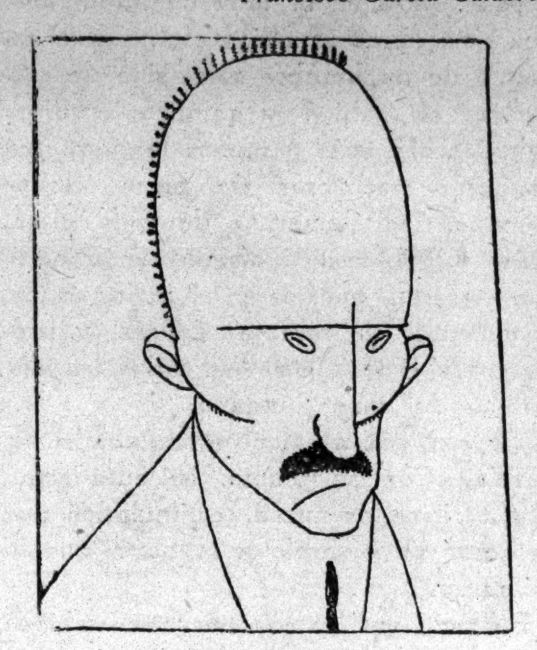
Vasconcelos vuelve a México. Le llaman en hora grave de la evolución nacional, algunos partidos; el Nacional anti reeleccionista, el Centro revolucionario de principios. Otros grupos se asociarán sin duda a éstos e irá creciendo la influencia de quien es firme director de hombres.

Fiel a su carácter y a su destino, ha escogido en este viaje la zona más peligrosa, el campo de las luchas ásperas. No le pidamos que se abaje a transacciones, acepte fintas o se salve con esguinces. Hombre entero, luchador cabal, vive siempre peligrosamente y aspira a superarse. México ha de respetarle y admirarle porque, loco de entusiasmo y de esperanza, ha creído en él, en la nobleza y en la capacidad de su pueblo. Podemos sonreír al recordar que, gracias a Vasconcelos, Esquilo y el Dante iban a ser populares en un gran país que no ha vencido todavía el analfabetismo. Pero aguijándole para que trasforme en dos décadas, llevándole a **brúler les étapes,** ha demostrado energía y fe.

Ministro de instrucción, multiplicó bibliotecas y remozó escuelas, con el tesón de un Sarmiento nórdico, en lucha con las tinieblas invasoras. Otras veces, en destierro y en pobreza, viajó doliente, atarantado, por muchas tierras, buscando paz para su espíritu. El dolor de su patria le apretaba y parecía destinado a consumirle. Un día visitaba Egipto, otro organizaba un periplo por los países de la Europa Central, de Grecia clara pasaba a ciudades brumosas, a comprender y sentir lo gótico. ¿Dónde iba a detenerse el peregrino?

Antes de conocerle me inquietaban algunos rasgos que había puesto ya en su figura la leyenda. ¿Es demagogo que mueve pasiones y no sabe aquietarlas, que solamente aspira a destruir? ¿Es un iluminado sin el sentido de la realidad circundante? En el trato con él sabemos pronto que es un hombre cordial y dinámico, austero y generoso. Si alguna vez acepta la necesidad del mal, será, como en el Fausto de Goethe, para que de él surja el bien y redima a las sociedades. En todas partes se presentará como civilizador, con rudeza en ocasiones, pero con el orgullo de crear y concertar.

Maestro le han proclamado las nuevas generaciones americanas, de norte a sur, en las democracias enfervorizadas y en las repúblicas frías. Nadie ha alcanzado, antes que él, prestigio tan general, tan segura consagración. Maestro es, no el que define verdades sino el que suscita entusiasmos, levanta mitos, genera confianza, señala nortes precisos a actividades turbadas. Como observa y lee constantemente, le veréis abandonar tal idea, apurar una afirmación, corregir un extravío. Cambia y progresa, se niega a convertir en dogma sus lecciones.



José Vasconcelos

Temo que muchos de sus discípulos no hayan comprendido su enseñanza. Si otros preparan violenta cruzada contra Estados Unidos, él enseña en la Universidad de Chicago, distingue donde todos introducen confusión; explica que, en el seno del gran pueblo, existe un idealismo pertinaz al lado de un imperialismo intermitente, virtudes sólidas, amor a los libros y a las ideas. Se le ha acusado de bolchevizante, atado a Rusia por los vínculos de una ideología peligrosa, partidario de un comunismo que destruye el sentido de patria y establece la propiedad colectiva. Empero, él se presenta en sus libros como simple reformador agrario, semejable a otros de Europa, antes y después de la gran guerra. Enemigo del latifundio puede ser, pero no de la formación de un tercer estado que ame y cultive la tierra, de la pequeña propiedad, de una democracia de labradores. En un gran discurso, de regreso a México, acaba de decir que por encima de la lucha de clases existe la necesidad sociológica de la colaboración de todos los ciudadanos, sin excepción alguna, en una tarea común. ¿Puede darse fundamento más sólido para el patriotismo? La misma justicia le parece subordinada a un anhelo de superación, de continua exaltación castiza. Hasta su optimismo es limitado. Defiende libertades y al mismo tiempo define responsabilidades. Para el "barro humano" quiere el "rigor de la norma".

Si otros se complacen en dividir, él predica concordia y paz. Vedle llegar a una ciudad de su patria y pronunciar en el acto un himno de amor. Sólo el amor entiende, ha dicho, y por eso sólo el amor corrige. "Quien no se mueve por amor, verá que la misma justicia se le torna venganza". Va a ser llevado a la presidencia y se preocupa de limitar el poder exorbitante del jefe del gobierno. Si los católicos son perseguidos, él les llama hermanos y considera que la campaña emprendida contra ellos es traición a la patria. En nombre de altas consideraciones, explica que donde el catolicismo retrocede, avanza el protestantismo y que México puede quedarse sin religión castiza y ser dominado por una secta extranjera.

En su excelente perspectiva de la literatura contemporánea de México, el señor Torres Bodet afirma que Vasconcelos es místico. Lo es seguramente, porque cree en la inspiración y en la intuición y desconfía de la razón y de sus silogismos. En una página ha recordado que el Presidente Madero comentaba el Bagavad Gita. El también ha leído el admirable canto y ha hallado la Regla benéfica: equilibrio, firmeza en el espíritu, dominio sobre los deseos inferiores, libertad de relación con bienes precarios. Ha buscado un orden, el más alto, el de la caridad, dentro de la jerarquía establecida por Pascal, y en él se mueve sin esfuerzo, pródigo en dones y visiones.

No sé qué ideas me separan de él. Llegado el caso de combatir alguna de sus tesis, hallaríamos al adversario franco y noble, pungido por altas ambiciones, servidor de ideales. El defiende una fe, no intereses menores. Si degenera la mística, como lo enseñaba Charles Peguy, si los principios sufren en el contacto necesario con impuras realidades, él lo sabe y de ello se lamenta.

Inquietan, desde el punto de vista científico, algunas de sus afirmaciones. Desdeñando doctrinas biológicas, exalta no la simple mezcla de dos sangres sino el mestizaje en su forma extrema, y saluda el advenimiento de la última raza completa, la raza cósmica, en la cual se juntarán todas las estirpes de la tierra. ¡Cómo se habría indignado Gobineau al leerlo y sufrirán los sociólogos norteamericanos de la escuela de Mr. Lethrop Stoddard al seguirle en su disertación. El joven maestro se entusiasma por lo que éstos condenan, la behetria, la confusión de herencias, el irredimible **chaos gentium.**

Es fácil descubrir en el temperamento de Vasconcelos elementos dionisiacos. Si se equivoca ha de ser por exceso de amor, porque es hombre de mucha fe. Notamos desde ahora en sus enseñanzas prudencia y mesura. Nunca será su biblioteca refugio o principado para él como en el caso de Próspero. Ha de plasmar realidades, formar hombres, redimir multitudes miserandas, trasmutar pueblos. Está cerca de la tierra maternal, es individualidad representativa en una de-

Pasa a la página 62

Noticia de libros

Viene de la Página 56

guramente lo hizo, no por haber leído sus obras, sino por haberlas leído demasiado. A que corrieran sin dificultad por España los **Diálogos latinos** contribuyó, de una parte, su propósito más aparente: el de traducir a lengua muerta expresiones nuevas del castellano contemporáneo, y de otra, la muerte del autor. En su juventud ya se le había impedido a Vives enseñar en Valencia. En la defensa de los rivales ineptos: "Política infernal — dice el buen D. Jerónimo — que se ha practicado muchas veces contra otros ingenuos de provecho, para que se encubra la ignorancia y queden los puestos inútiles para el público". Muerto el autor, al año siguiente de aparecer los **Diálogos,** ya no parecía tan temible su doctrina, ni hubo interés en confundirla toda ella con obras de mayor peligro, dada su índole puramente pedagógica. Lectura para niños. Lectura para maestros. Quizá echáramos de menos unas notas útiles a esta explicación, de tipo distinto a las que pudo escribir el discípulo de Coret. Tiempo habrá para ello, y no faltará quien lo intente, pensando en la enseñanza práctica más que en la doctrina, y buscando forma más accesible. Hoy se reducen estas líneas a elogiar la idea de esta exhumación, por la que podemos ver algo que no ocurre con todos los clásicos: que los **Diálogos** de Luis Vives no han muerto.

LUIS BELLO

"El Sol" Madrid.

La obra de don Miguel Angel García

El "Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador" es sin disputa una obra interesante y la de más aliento que se haya emprendido nunca en nuestro país.

Hojeando las mil ciento cincuenta páginas de los dos primeros tomos, — que no comprenden sino una parte de la letra A — podemos darnos cuenta de la inmensa labor llevada a cabo por D. Miguel Angel García; y profundizando un poco, leyendo acá y allá con atención algunas de sus capítulos, nos formamos una idea del cuidado, la erudición, ecuanimidad y el cariño con que tan meritísimo autor se ha lanzado a su titánica empresa.

Porque sólo un amor intenso a la patria puede explicar el milagro realizado por el señor García; únicamente un acendrado patriotismo, secundado por una abnegación sin límites, pudo darle ánimos para vencer los mil obstáculos con que de seguro ha tropezado en su camino.

Nos sorprendemos cuando contemplamos esos monumentos del humano esfuerzo que se llaman "Enciclopedia Británica", el gran "Larousse" o "Enciclopedia Universal Ilustrada", de la Editorial Espasa; pero en seguida comprendemos que esas obras grandiosas no son el esfuerzo de un hombre solo, sino de centenares de sabios y hombres eruditos, pagados con más o menos largueza por empresas poderosas de países donde abundan los elementos de toda clase, como bibliotecas riquísimas o archivos que atesoran, puestos en el mejor orden, documentos de remotas épocas, y profesores y especialistas en todas las disciplinas del saber humano.

¿Y con qué elementos contaba el Sr. García? Con su pluma, su entusiasmo y una firme voluntad, estimulados por un amor sin ejemplo a la tierra que lo vió nacer.

Porque, ¿cuáles son nuestros archivos y las ricas bibliotecas a donde acudir en busca de datos y documentos? ¿Quiénes son esos sabios o eruditos que pueden sacarnos de apuros en un momento dado, contestando a una pregunta o resolviendo una duda?

Hace un cuarto de siglo contábamos con una media docena de ellos, mas en estos momentos no creo que pasen de tres.

D. Miguel Angel García, con tesón admirable, desde hace algunos lustros viene buscando y recogiendo en las colecciones incompletas de nuestros periódicos y gacetas, y en los libros de los pocos historiadores dignos de fe, una enorme cantidad de datos históricos, algunos de valor incuestionable.

Si este hombre laborioso contara con medios propios de vida; si no hubiera tenido la preocupación constante del pan para los suyos, por ser poseedor de un capital, su labor, sin desmerecer, se explicara mejor. Lo maravilloso es que el Sr. García no es más que un modesto funcionario que dedica al servicio del Estado ocho horas diarias, y el ímprobo trabajo que supone la obra colosal en que ha puesto todo su entusiasmo, lo ha llevado a cabo en las horas que debieron ser de descanso, acaso robándolas al sueño.

Hay algo aún más meritorio.

Don Miguel Angel García ha empleado sus energías sin la esperanza de ver su obra impresa y publicada: trabajaba únicamente por amor al estudio y a la gloria; pero no a la suya, sino a la de nuestra patria pequeña: El Salvador.

Modesto, como los hombres de positivo valor suelen serlo, vivió apartado, entregado por completo a su admirable trabajo, sin amigos poderosos e influyentes.

¿Quién había de conseguir de nuestros gobiernos que dándose cuenta del valor de la obra magnífica emprendida, se acordara su impresión a costa del Estado, ya que se han publicado, entre pocas cosas buenas, tantísimas vaciedades?

¿Podía esperar algo de un gobernante que repartiendo el oro de la nación a manos llenas entre indignos paniaguados, ni quiso destinar dos mil colones para que un Francisco Gavidia aceptara la invitación del Gobierno del Perú, que más que a él honraba a El Salvador, para asistir a las fiestas del centenario de Ayacucho?

Esta vez la Providencia nos tendió la mano haciendo que don Miguel Angel García tropezara con otro luchador de noble corazón — Don Miguel Pinto — y que por su medio hallara al mecenas en la dignísima persona del culto caballero Don Francisco Dueñas, a quienes el país debe el poseer hoy día ese inapreciable monumento de erudición y patriotismo.

El Salvador se honra contando desde ahora en la reducida falange de sus hijos ilustres a D. Miguel Angel García.

La patria está en deuda con ese modesto ciudadano que acaba de honrarla de modo tan brillante, pues como dijo hace poco nuestro gran pensador Alberto Masferrer, hay pueblos que no tienen otra gloria ni más fama que el haber sido la cuna de hombres excepcionales que la posteridad venera.

Pido perdón a mi excelente amigo si estas líneas ofendieran su modestia, pero ellas no son más que la expresión de la verdad, por la que guardo religioso culto, y pobre ofrenda que hoy deposito en el altar de la Justicia.

JOSE M. PERALTA

Madrid, diciembre 4 de 1928.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación
Misceláneas y Documentos

Publicado por

J García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ. Costa Rica, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno . . . . (oro am.) . .	$ 6.00

AVISOS

La Pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.

En contrato semestral de Avisos, se da un 5 o/o de descuento. En el anual, un 10 o/o

Página lírica de Antonio Espina

PALABRAS DE UN ESTETA

La Sociedad.
La Sociedad no es lo suficientemente injusta y arbitraria,
Militar, opulenta, jerárquica y contraria
A todos esos lemas feos (tristes) de Libertad, Igualdad y Fraternidad,
Que funden el púrpura y el negro en los betunes grises de la mediocridad.
Sí.
Debe haber Esclavos, Obispos, Blasones, Camisas de fuerza . . .
Muchedumbres siena y carmín de nobleza que ejerza.
Señoril gobierno prepotente
Bajo el absolutismo de
Un
Rey
Despótico
Católico y
Demente.
Sí.
La Tradición tiene un prestigio, un realce de Arte
Que en la vida polimorfa moderna no aparece por ninguna parte.
¿Quién ha dicho que haya de someterse todo al colectivo beneficio?

CRUZ VERDE

El buen Logos oficia.
Arde por sus cuatro muros el Palacio de Justicia,
Como una llaga de lumbre bajo el azul matinal.

En el cubículo lóbrego, salta la llama traviesa.
Togas, legajos y causas se convierten en pavesas
Tiznadas y estremecidas como el alma del Fiscal.

¡Voluta de culpa al viento, sahumerios incensariales!
Negro hollín de veredictos y secretos sumariales,
De cólera de alguacil y argucia de magistrado.

En el fallo de la lumbre nada resulta inocente.
Huele a crimen, a escribano, a policía, a delincuente,
A chamusquina de Temis, a discurso de abogado.

Los viejos maderos crujen entregados al furor
De roja brasa encendida tintada en fuego, color
De la sangre de los reos condenados sin clemencia.

(Del libro *"Signario"* (Versos). Indice. Madrid. 1923.)

DON CACIQUE (*Oleo*)

Personaje torvo.
Malsín.
Al fondo la dramática Sierra de Pancorbo.
Sobre la nariz
Espejuelos verdes
Donde se ojeriza turbio mal cariz.
Tipo de Satán,
Mano de Caín.
Muy Rey de los Naipes y muy sacristán.
El semblante jalde,
Capisayo gris,
Empuñada en alto la vara de Alcalde
Y
A pesar de eso,
Un breve infeliz
De malas costumbres y muy poco seso.
(Personaje torvo
De un pueblo de la áspera Sierra de Pancorbo.)
¡Oh!
Lejos de París . . .

MANOLA

(*Los tipos ejemplares.*)

I

Un hombre bonachón y tranquilo.
El gato se le sube al hombro. El can le hace zalemas. Un niño se abraza a sus piernas. Una mujer iracunda — la suya — parece increparle.
En jarras. Violenta.

II

Un hombre terrible.
El gato le huye. El perro le esquiva. El chiquito le mira asustado desde la puerta. Una mujer — quizás la suya — se abraza a su cuello
Dulce. Sumisa.

III

Haremos mal en generalizar.
Pero hay aquí, evidentemente, una postal popular.

(Del libro *"Pájaro Pinto"*. "Revista de Occidente". Madrid. 1927.)

Panamá, un pequeño gran pueblo

Panamá es un pueblo muy pequeño — medio millón de habitantes — y muy joven — veinticinco años de vida independiente—, pero de un ímpetu muy grande. Su vecindad, en la zona del canal, con la formidable república norteamericana no le ha aminorado, sino más bien acentuado, su espíritu de independencia y su tradición hispánica.

Sin problemas bélicos que resolver—Panamá no tiene Ejército ni Armada—, ha dedicado toda su atención y todos sus recursos a tareas constructivas y remuneradoras: fomento, sanidad, instrucción pública, etc., alcanzando en estos ramos un desarrollo insospechado, dadas las posibilidades del país.

La proximidad norteamericana podrá haber sido un peligro para la autonomía espiritual del país. Pero aun cuando en algunos aspectos de la vida nacional, sobre todo en el económico y técnico, exista una positiva influencia de los Estados Unidos, en otros, como en el político y en el pedagógico, apenas es perceptible.

En Panamá se advierte, en pequeño, el mismo fenómeno que se observa en toda Suramérica, o al menos en todas las repúblicas del Pacífico: el creciente y arrollador influjo económico norteamericano no guarda ninguna relación con el espiritual o cultural, que es prácticamente inexistente.

Pero en Panamá esa actitud defensiva tiene para nosotros un interesante aspecto positivo: la acentuación de su carácter hispánico y de su afecto a España. Dos hechos importantes y recientes han venido a demostrar esta tendencia hispanófila de la joven república panameña. Uno es el intercambio de estudiantes panameños y de médicos españoles que acaba de celebrarse por medio de nuestra Junta de Relaciones Culturales y que es el primero en su género realizado con América.

El otro hecho, aún más significativo, es la ley votada por el Parlamento panameño y acabada de sancionar por el Presidente de la República, en virtud de la cual Panamá ha acordado contribuir al sostenimiento de la Unión Iberoamericana, de Madrid, con una cuota anual de 500 dólares, o sea a razón de un dólar por cada mil habitantes, y a la vez se ha dirigido a los demás Gobiernos hispanoamericanos proponiéndoles la adopción del mismo acuerdo. Si esto ocurriere así, nuestra Unión no tendría

Pasa a la página 63.

Margarita Ogilvy

POR SU HIJO
JAMES M. BARRIE
Trad. de Ernesto Montenegro

CAPÍTULO VIII

Un pánico en la casa

Sentado en mi escritorio de Londres, recibí un telegrama en que se me anunciaba que mi madre estaba gravemente enferma. Tomé mi sombrero y salí a escape para la estación. Esto se repitió más de una vez. Estoy seguro que una veintena de veces se me llamó de mi pueblo de Escocia con la misma premura, y desde la entrada a la pequeña estación ya iba yo sacando la cabeza por la ventana del coche de ferrocarril a sorprender en la mirada de un semblante familiar la respuesta a la interrogación que se leía en la mía. Estos ataques venían con tanta regularidad como el comienzo de cada invierno, pero eran menos regulares en desaparecer. En el curso de todos ellos, noche y día, veo a mi hermana ir y venir incansable, tan solícita a pesar de la pérdida de sus fuerzas, que mi cabeza se inclina en homenaje a ella. La catástrofe se acercaba. El médico nos aconsejó llamar una enfermera, pero mi madre se asustó al mero nombre de ésta. Una extraña en la habitación de mi madre —uno que esté acostumbrado a ver servidumbre no sabe lo que eso significaba para nosotros.

Había que tomar una sirvienta, entonces. La transacción era apenas menos horrible. Mi padre se arremangó y empuñó la escoba. Yo eché mis papeles a un lado y quedé listo para hacer los mandados. El atendió a la puerta, yo mantuve el fuego; él me dió una lección en materia de cocina, yo le mostré cómo se hacían las camas; uno u otro andaba con delantal. No había de durarnos mucho. Se me condujo a mi escritorio; el periódico fué puesto otra vez en manos de mi padre. ¡Pero una sirvienta! gritamos a una, y quisimos volver a nuestros quehaceres domésticos.

—A esta casa no entra ninguna sirvienta, dijo mi hermana con gran vehemencia, ¡y si viérais vosotros el alivio que esto trajo en la expresión de mi madre! Esta escena se repitió muchas veces, diría que todo un año, antes de que nos diéramos por vencidos.

No sabría decir cuál de nosotros lo sentía más. En Londres yo estaba acostumbrado a la servidumbre, y en momentos de irritación los llamaba con furiosos campanillazos, aun cuando de seguro mis maneras cambiaban al verles entrar. Aún he sabido portarme en presencia de esos señores que llevan calzón corto y casaca de terciopelo, dándole a uno mi sombrero, al otro mi bastón y al tercero mi sobretodo, y esto con muy poca más molestia de la que me habría tomado si hubiese puesto yo mismo mis prendas en la silla. Pero estas acciones temerarias, y otras de igual índole, las llevé a cabo solamente con el propósito de poder contárselas más tarde a mi madre, sentado a los pies de la cama y viendo cómo su cara se iluminaba de asombro y contento.

Yo había visto sirvientes desde mis primeros años. El hidalgo del pueblo tenía uno, el Banco otro. Una de las cosas para que servía era para caer sobre los malvados muchachos que jugaban conmigo y sacarlos afuera en vilo. El banquero no me parecía realmente una gran persona, pero su sirvienta, vaya que sí. — Sus botas crujían a cada paso que daban de la entrada al fondo de la iglesia; se decía que tenía diariamente carne en sus comidas. En vez de reunirse con su galán junto al pilón, se lo llevaba al campo, de donde él volvía con rosas silvestres en la solapa (que trataba de ocultar con la mano) y mostrando en su cara esa preocupación del que sabe que la amistad de su dama es a condición de que no vuelvan a comer con el cuchillo.

Ahora que podíamos costear sirvientes para nuestro uso exclusivo, la idea de hacerlo me intimidaba. Ya no sería la misma casa, tendríamos que vivir cada uno por su lado, y yo me veía ya todo el santo día hablando puro inglés.

Uno no conoce al escocés más allá de la corteza hasta no haberle visto en familia. En su oficina, en clubs o en reuniones sociales donde uno cree estar en amistad estrecha con él, resulta en realidad como una casa con la puerta atrancada y los postigos cerrados. Su terquedad no es premeditada, con frecuencia es contra su voluntad, y de mí sé decir que procuro mantener las persianas descorridas y hasta pongo el pie contra la puerta, pero así y todo se me cierra de golpe. En muchos aspectos mi madre era tan reticente como yo, aunque sus maneras eran tan amables como las mías son ásperas, y mi hermana era la más reservada entre todos nosotros. Podríais ver tal vez un rayo de luz a través de mis junturas, pero mi hermana poseía dobles batientes.

Ahora bien, parece ser una ley de la naturaleza que una que otra vez hemos de mostrarnos tales como realmente somos, y como el escocés debe hacerlo en el hogar, comprimiendo el día en una hora de intimidad, lo que resulta es que allí es superlativamente franco, deja desbordarse los sentimientos tanto tiempo comprimidos, y de consiguiente, la familia escocesa tiene probablemente un mejor conocimiento de sus miembros entre sí, y sabe menos de lo que pasa fuera de la parentela, que cualquiera otra familia en el mundo. Y como conocimiento engendra simpatía, el afecto que entre ellos existe es casi penoso en su intensidad; no tiene más que dar de lo que tienen sus vecinos, pero lo reparte entre unos cuantos en vez de darlo a muchos; se les considera cicateros: por lo menos en el círculo de la familia, ellos pagan en oro. En esto, creo yo, se encuentra la verdadera explicación de por qué la literatura escocesa, mucho antes de los tiempos de Burns, ha estado casi siempre inspirada en temas del hogar, y desarrollando éstos con una apasionada compenetración.

¿Había de dejar que una mujer entrara en casa a descubrir que al fin y al cabo no era yo el hosco animal que tenía fama de ser? Vendrían a sorprenderme cuando llevaba descorrido mi velo de desabrimiento. Mi voz cuando estoy en compañía es tan baja, que mi primera observación es tomada apenas como una indicación de que voy a hablar (semejante en esto al escape de la cuerda poco antes de que el reloj dé la hora). ¿Habría que revelar el hecho de que tengo otra voz, y que hay una puerta en cuya umbral siempre dejaba mi reserva? ¡Ah!, aquella habitación, ¿tendríamos que airear sus secretos? Eran éstos tan alegres cuando mi madre estaba en buena salud, que nada de extraño tenía que nos pusiéramos bulliciosos. Una y otra vez Dios nos la había devuelto de las puertas de la muerte; nuestra acción de gracias era por el glorioso presente, y en nuestro corazón y en nuestras plegarias reconocíamos ta, no importa lo que nos reserva que nuestra felicidad era completa el porvenir.

No habíamos esperado hasta el fin para reconocer su valor: mi madre solía decir: "Uno no sabe lo poco que ha menester en este mundo hasta después de haber experimentado su pérdida". Pocas observaciones más verdaderas que ésta, pero durante los últimos años de su vida nosotros sentíamos ese íntimo regocijo de tenerla presente que hoy nos brinda su memoria. Repito, pues, que no era extraño que nos expansionáramos en su cuarto, pero nos mostrábamos así sin otro testigo que Dios, y sólo a El nos volvíamos en nuestra angustia durante esas alarmas nocturnas en que andaban luces trémulas de una parte a otra de la casa, y caras descoloridas se agrupaban junto al lecho de mi madre. No era para ojos extraños el vernos cuando, en esas largas vigilias, nos pasábamos sentados a la espera, ni esas noches críticas en que con los dientes apretados nos disponíamos a recibir el golpe. Y el peligro pasaba, su mano era menos ardiente, su respiración más calmada; volvía a sonreírnos. Otra vez podía yo irme a trabajar por momentos, y me alegraba de ello pero, ¿qué valía mi labor comparada con la alegría de oír aquella voz en la pieza vecina? Ahí estaba toda la labor de que yo me sentía orgulloso; lo demás no es más que fruto de esfuerzo y paciencia, hecho para darle a ella abrigo y alimento y más blandas almohadas. El millar de cartas mías que ella guardaba con tanto cuidado, al extremo de que la última se encontró sobre su colchón, son todos los escritos míos de que me siento orgulloso. Ni a cambio de haber escrito un libro inmortal querría que hubiese allí una sola carta menos.

¡Cómo se afanaba mi hermana sin otro objeto que el de que ningún extraño viniera a mezclarse en el manejo de la casa! ¡Y con qué energía mi madre procuraba "volver a ser la de antes", con el mismo objeto!

La Dirección de la Escuela Normal

En Costa Rica hay una juventud pujante. Tiene un gran porvenir, tiene una gran riqueza que puede servir para el surgimiento de una gran cultura. A la juventud le toca tomar el puesto de los viejos, serenamente, sin rencores y sin personalismos.

OMAR DENGO

(Palabras dichas minutos antes de morir)

Ahora que todos buscamos en quien prender nuestra confianza para que continúe la obra fuerte de don Omar en la Escuela Normal, recuerdo sus últimas palabras a los jóvenes y pienso que como un homenaje al querido maestro debemos encender el corazón — que es en donde encontramos en nosotros mismos lo más bueno de su labor— y ponernos a buscar entre sus discípulos al joven honrado y valiente que lleno de entusiasmo y de fé, sea capaz de ofrendar su vida entera al servicio de la Escuela Normal; sea capaz de mantener mientras dure su paso por ella, el espíritu de esa Escuela que don Omar animó e hizo crecer transfundiéndole la esencia de su propio ser.

Al recordar sus últimas palabras me digo: ¿Acaso no hay entre nuestros jóvenes quien pueda tomar en sus manos altas responsabilidades de la vida del país, diga y pruebe con alegría que surgen nuevas fuerzas capaces de crear y realizar arduos trabajos? ¿Para qué ponerse a discutir si en la dirección de ese colegio debe estar un joven o un viejo? Todos los que pensamos con desinterés en el asunto — jóvenes y viejos — sentimos que si hay un joven maestro ferviente y equilibrado por el estudio y el trabajo, como lo fué don Omar, puede perfectamente continuar su obra.

Cuando don Omar llegó a tomar la dirección de la Escuela Normal apenas si tendría treinta años . . .

Creo que los jóvenes que tienen fé y entusiasmo inteligentes no son menos venerables que los viejos cargados de experiencia.

La vida de los estudiantes de la Escuela Normal será noble si logran ser guiados por profesores honrados y activos, capaces de despertar preocupaciones en la juventud que los rodea: la edad del profesor es cosa secundaria si se trata de un individuo fuerte moral y físicamente. Entre los jóvenes tenemos a Carlos Luis Sáenz, digno hijo de la Escuela Normal, siempre leal con sus ideales y uno de los profesores que prestó eficiente cooperación en la labor de don Omar. Fué uno de sus discípulos predilectos y yo siento que él vería con alegría que Carlos Luis viniera a ocupar el puesto que la muerte dejó vacío. Pienso que llamar este muchacho a la dirección de la Escuela, sería encomendar en manos fuertes y honradas el trabajo sabio y fecundo que durante diez años llevó a cabo don Omar. Pensar que lo realizaría sin dificultades ni fracasos, sería ingenuidad; pero los que lo conocemos sabemos que una y otros serían transformados en su espíritu en ricas experiencias.

Mientras escribo estas palabras, preocupada por el porvenir de la Escuela Normal, recuerdo al gran educador inglés Sanderson, "que siendo apenas profesor de ciencias, con cierto prestigio, sin práctica en gobernar colegios", fué llamado por el Consejo Administrativo a dirigir el Colegio de Oundle, que fué transformado por Sanderson en un tipo completamente nuevo y logró además rodearlo de un prestigio que nunca alcanzara Oundle

---

Su pretensión era que ahora estaba siempre bien de salud y ocultaba sus achaques con tal habilidad, que teníamos que probárselos a ella misma.

—¿Me parece que no te sientes bien hoy?

—Estoy perfectamente bien.

—¿Dónde sientes el dolor?

—Es cosa que no vale la pena.

—¿Es el corazón?

—No.

—¿Te duele al respirar?

—Nada de eso.

—¿Sientes otra vez esas punzadas en la cabeza?

—No, no; ya te digo que no tengo nada de nada.

—¿Te duele el costado?

—Francamente es cosa que irrita el que no pueda ponerme la mano en el costado sin que te figures que siento un dolor.

—¡Tienes dolor en el costado!

—Pudiera ser.

—Y estás tratando de ocultarlo. ¿Te duele mucho?

—No es . . . no es tanto que no se pueda soportar.

Cuál de las dos cedió primero, no podría decirlo, bien que a mí me tocaba la tarea de convencerlas. Si una iba cediendo, la otra se revelaba, de manera que a veces tenía dos conversas en la semana, pero nunca el mismo día. Llevaba a una aparte y la instaba a ceder para bien de la otra, pero ellas veían sin esfuerzo a través de mis artimañas. Pudiera ser que mi madre se encarara resueltamente con mi hermana y le dijera:

—He estado pensándolo y creo que me acomodaré muy bien con una sirvienta . . . una vez que nos hayamos acostumbrado.

—¿Fué él quien te dijo que me vinieras con eso? — preguntaba bruscamente mi hermana.

—Lo digo de mi propia voluntad.

—Estoy cierta de que él te ha mandado y te advirtió que no fueras a dar entender que lo hacías para aliviarme.

—Y aunque fuese así; creo que debemos tomar una.

—No porque yo la necesite, decía mi hermana con obstinación. Y entonces mi madre venía a mí sin poder disimular su satisfacción:

—¡No quiere atender a razones!

Pero un buen día la sirvienta quedó contratada; y sería fácil imaginárnosla a la ventana, aguardándola con cara de duelo, mientras tratábamos de consolarnos uno al otro con palabras como éstas:

—Se acostará temprano.

—No hay para qué suba con frecuencia la escalera.

—La mandaremos a dar un paseo todos los días.

—Tendrá muchos mandados que hacer en la calle. Le diremos que no se apresure a volver.

—Tendrá que ir tres veces a la iglesia todos los domingos, y haremos que vaya a las conferencias piadosas.

—Lo más probable es que tenga amistades en el pueblo, y la dejaremos ir a visitarlas con frecuencia.

—¡Si tuviera la audacia de entrar a tu pieza, madre!

—No olvide ninguno de ustedes esto que voy a decirles: sirvienta o no sirvienta nadie más que yo doblará la ropa blanca.

—No la dejaremos que asee la sala.

—Ni que arregle mis cajones.

—Ni que ordene mis papeles.

—Lo único que me consuela es que pueda gustarle la lectura. Podrías darle un libro y luego disimuladamente dejarla encerrada.

Y cosas por el estilo. ¿Hubo nunca sirvienta más temida? Y cuando — en momentos de ansiedad, cuando sus méritos debían ponerse al instante a prueba — ella vino, del comienzo al fin fué un tesoro. No sé qué hubiéramos hecho sin ella.

Meditaciones breves

Embajada de buena voluntad

Embajadas de buena voluntad han partido de los rascacielos rumbo a las casas bajas. Primero fué Lindbergh, efebo alado, que esconde, como los griegos de Pericles, bajo la gracia que parece espontánea, el esfuerzo metódico de la inteligencia y del músculo. Después, otros y otros hasta Hoover que elige para transportar su ramo de olivo el casco formidable de un acorazado.

¡Paz a los hombres de buena voluntad! promete el Evangelio cristiano. ¿Estos embajadores llevarán de verdad entre los pliegues de su toga la paz o la guerra? ¿O su buena voluntad será al mundo como los ideales son al hombre, es decir, índice del bien que anhela, pero no del que es capaz de realizar?

Aún se estremecen las ondas trasmisoras de los discursos de Hoover y ya resuena el corazón broncíneo de la América con el rebato guerrero. Bolivianos y paraguayos retroceden hacia Abel y Caín. En el momento en que esto escribimos parece que la cordura vence y que acaso se evite la guerra.

¡Una guerra por dificultades fronterizas! ¿No es algo arcaico, primitivo y casi salvaje? Una indiada. Y ha estado a punto de suceder, y si se la ahuyenta hoy, ¿estamos seguros de que no venga mañana? Todavía, pese a los aparatos que captan para esparcirlo por las naciones el hasta ayer efímero soplo de la voz humana, pese a los artefactos devoradores de distancias, pese a la sincera obra de fraternidad intelectual, este troglodita que todos escondemos debajo de nuestra capa de civilización, aulla hambriento de carne humana.

Cuando la Liga de las Naciones y otras entidades por el estilo adoptan concluisiones de propaganda pacifista, yo me pregunto si sus esfuerzos no van desorientados. La guerra y la paz, ¿no las llevamos todos en el pecho? La guerra es la vuelta a la barbarie, a la violencia y al canibalismo. ¡Cúbrasela con el lábaro más santo! Llámese a este patriotismo — aunque el amor a la patria debe y puede expresarse de otro modo—; llámesele salvamento de la civilización, (frase que tanto escuchamos mientras se devoraban unos a otros los ejércitos a las orillas del Marne), en el fondo no es sino el desencadenamiento de los instintos salvajes. El subconsciente antropófago que ahoga al civilizado amante de la paz y respetuoso de la vida humana.

Cometeríamos una injusticia hacia el troglodita insinuando que sólo se gozaba en la acción bestial, porque junto a tales furores, alboreaban sentimientos que, desarrollándose en el devanar de los tiempos, han hablado por las bocas de videntes, de sabios y de poetas. Mas cerca del bruto, creía indispensable matar para defenderse. Sin embargo, en el bajo pueblo hoy día, ¿no existe esa misma tendencia, no hay también igual desprecio por la vida humana? ¡Una puñalada! ¡Con qué facilidad se hunde en una entraña! Un niño que se muere. ¡Qué importa! Un angelito más al cielo!

La yacija de la guerra ahí se esconde: en los instintos, cuanto menos frenados por el trabajo intelectual, más dispuestos a lanzarse como perros rabiosos. Los embajadores de la buena voluntad, los querría vey yo llegar hasta el lagar de la raza, que no quedaran flotando sobre las ondas superficiales, sino que tocasen fondo y que bajasen hasta el pueblo de instintos contumaces.

Vienen de los rascacielos soberbios, engreídos de su poder y de su riqueza. Y valdría preguntarse si no necesitan sus habitantes, más que los nuestros, tímidos y débiles, predicadores de buena voluntad. Porque cuando se exuda fuerza, si los frenos de la cultura no son recios, saltan hechos pedazos por los instintos.

La guerra y la paz en todo el mundo es tema de educación. ¿Emprenderemos alguna vez la cruzada de cultura profunda que hace falta para redimirnos?

Amanda Labarca.

Santiago de Chile, enero de 1929.

La Dirección . . . . .

Viene de la página 61.

en sus cinco siglos de existencia anterior.

Parece maravilloso el camino por donde este hombre llevó su colegio, pero es que el único pecado que no perdonaba era el de la falta de entusiasmo, el de la falta de deseo de crear y me parece que en esto del entusiasmo son más ricos los jóvenes que los viejos.

Luisa González

San José, enero 19 de 1929.

De Max Grillo a Gonzalo Carnevali

Carbour, julio 31 de 1928.

Señor don Gonzalo Carnevali — Bogotá.

Su conferencia sobre la tragedia de Venezuela me ha conmovido profundamente. El dolor maduró su espíritu y la palabra sale de sus labios como purificada por una llama divina. Su corazón carece de escoria porque padeció indecibles torturas por la libertad humana.

Hay algo del dolor que padeció el conde Hugolino en el dolor y el tormento que sufrió su padre. El arzobispo Ruggieri, que condenó a morir de hambre encerrados en la célebre torre, al padre y a los hijos, fué el espantoso antecesor de los tiranos de la patria de Bolívar. Y qué irrisión desesperante hay en pensar que los sostenedores intelectuales del déspota andino viven exaltando la magnanimidad del Libertador, y con proclives voces nos insultan a algunos colombianos porque pedimos justicia histórica para los próceres que crearon la libertad civil en Colombia.

Me atrevo a pensar que usted ha escrito una página que ha de perdurar en la historia de Venezuela.

Espero que la juventud colombiana, que mis compatriotas todos, hayan visto en usted y en su compañero Leoni, a dos hermanos, a dos huéspedes sagrados.

Quizá usted logre ver el fin del despotismo venezolano. Felices los que en tal día puedan felicitar al estudiante de hoy, que será entonces una gloria de su patria.

Le estrecha la mano con fraternal afecto su admirador.

Max Grillo.

VASCONCELOS VUELVE A MEXICO

Viene de la página 57.

mocracia que sabe conciliar el refinamiento y la rudeza, pero su misión es el apostolado, la fundación de un tercer reino de armonía, de trabajo, de bondad, de abundancia y de paz interior. El trae la **catarsis** porque la tragedia ha durado mucho y en medio de pasiones desatadas puede desquiciarse la nacionalidad.

Francisco García Calderón

París, diciembre 1928.

Panamá, un pequeño . . . .

Viene de la página 59.

nada que envidiar a la Unión Panamericana. Y todo ello por iniciativa del Gobierno de un país que algunos han creído sometido a la influencia de Washington . . .

Desde el punto de vista pedagógico, Panamá está en camino de contar con una instrucción pública eficiente. Claro es que en veinticinco años que tiene de existencia la república no ha podido remediar todo lo que no se había hecho antes. Pero está en vías de lograrlo.

Por lo pronto, cuenta con una minoría profesional culta y preparada. Sus hombres directivos han sido educados en Europa y Norteamérica y están al día en los problemas de sus especialidades. La república, a falta de tradición nacional, ha buscado fuera, con muy buen sentido, lo que no tenía, y cada año envía numerosos estudiantes y profesores pensionados a estudiar en el Extranjero.

La dirección de la enseñanza está encomendada a hombres competentes y entusiastas: antes a O. Méndez Pereira; hoy, a J. B. Duncan, quienes han sabido rodearse de los necesarios colaboradores técnicos; recordemos sólo al actual inspector general de Enseñanza, José D. Crespo, antiguo discípulo de Dewey y preparado eficientemente para su labor.

Panamá cuenta con un magnífico Instituto Nacional, en el que se hallan sus Escuelas o Facultades de Derecho, Agrimensura y Farmacia, un Liceo y una Escuela Normal. Rector de este Instituto, verdadero microcosmos universitario, es el doctor Moscote, uno de los hombres de más valía y empuje intelectual de Panamá. El Instituto Nacional, que cuenta desde un "kindergarten" a las Facultades universitarias superiores, constituye a la vez un ejemplo de escuela unificada.

La enseñanza primaria, que está muy atendida en las ciudades de Panamá, se va desarrollando rápidamente por toda la república. El problema actual es llevar a la población rural los medios de cultura y perfeccionamiento ya existentes en las ciudades, acentuando el aspecto profesional.

Además, el Gobierno panameño se preocupa de la formación y perfeccionamiento de sus maestros, sabiendo que éstos son la base de toda enseñanza. Con tal objeto ha creado becas de estudio en el Extranjero, cursos de verano y bibliotecas escolares en cada distrito escolar. Existen también "Centros de colaboración", o sea reuniones periódicas de los maestros de las escuelas más próximas con fines culturales, profesionales y de intercambio intelectual. En el orden escolar hay que contar también con los clubs de padres de familia, en número de doscientos cincuenta, que laboran en perfecta armonía con las autoridades escolares y los maestros en bien de la escuela y los niños; los huertos escolares en las escuelas rurales, que tan buenos resultados están dando; las sociedades cooperativas escolares para proteger y ayudar a las escuelas, etcétera, etc.

En suma, Panamá está en franca ascensión desde el punto de vista pedagógico. Su desarrollo cultural es ya grande, por constituir uno de los puntos de tráfico más grandes del mundo.

Esta misma posición geográfica debería hacernos prestar más atención a la república panameña, pues, como lugar de tránsito, lo que se hace en ella adquiere gran realce a la vista de todos. Panamá es, en efecto, la antesala natural del Pacífico . . . En este sentido, ¿qué cabría hacer intelectual o culturalmente? Desde luego no parece fácil constituir allí una Cultural Española, como se ha hecho en otras repúblicas hispanoamericanas de mayor población y colonia española. Pero si esto no es posible, podría lograrse que los conferenciantes españoles que fueran a las Antillas o a las repúblicas del Pacífico se detuvieran en Panamá unos días. Ello no sería muy costoso, y en cambio se corresponderia así a la simpatía y cordialidad del pueblo panameño. Ya que los barcos españoles dejen de pasar el canal, que por lo menos no se rompa la relación intelectual entre los dos pueblos . . .

Lorenzo Luzuriaga.

"El Sol". Madrid.

Bolivia y Paraguay

Dos Repúblicas hermanas que andan a la greña por "un palmo más de tierra"

"Que yo tengo aquí por mío", se oye decir en inglés y en brasileiro a los fruteros y caucheros que sacarán solos el provecho del inútil y estúpido desangre paterno.

Desde la antiplanicie "lunar" de Bolivia, por donde rumian las alpacas y llamas de "ojos de harén" las ralas matas de torales y yaretas, traspondrán la argentada crestería andina y bajarán por las pagosas cañadas orientales, los melancólicos aimaraes del "Alto Perú" gritando guerra a los vertiginosos guaraníes del lírico Pilcomayo.

Quizás los enardezca a los primeros el recuerdo del "Demonio de los Andes": el cínico y valiente Carvajal y el del sutil Garcilaso el Inca, cuyas sangres fundidas con la de los descendientes de Tupac - Amarú pondrá en sus impetus "desinencias" castellanas no inferiores que las que pondrán al recibirlos los descendientes de Cabeza de Vaca y de Garay.

Tiene Bolivia cerca de dos millones de kilómetros cuadrados. Más de la mitad la ocupa la meseta fría que a 4.000 metros corre desde las alturas de Tujuy hasta el navegable lago Titicaca por parajes de aullidos de viento y de claridad espectral reverberada desde las alturas del Illimani, del Sorata y del Huaína Potosí.

Las aguas semiheladas corren por el Desaguadero entre el gran lago y el Poopo, o Pampa Aullagas.

En el salar de Uyuni matan sus heladas siberianas y su "puna" todo intento de vida, y leguas y leguas ininterrumpidas de estepa salitrera sólo ofrecen a la vista, de tarde en tarde, humildes caseríos barrizosos, con chozas cónicas con una una sola abertura, que sirve de entrada y de respiradero de humos.

Sus nombres evocan la quietud de tumba de la elevada paramera: Nazareno. Silencio.

Mascando coca y entibiándose al dorado sol, trascurre el tiempo inmutable para las gentes que hoy contemplan, hieráticas, el paso del tren de Buenos Aires, o de Antofagasta, como ayer el de los soldados de Rojas, por la quebrada del río Tatasí, buscando el camino del Tucumán y del Plata.

Traspuesta la cordillera que de Norte a Sur la divide en dos partes casi iguales, surge la vertiente altántica del Paraná y el Amazonas. La de los terrenos litigados.

Ríos de pesadilla. Florestas impenetrables. Derroche de vida desbordada y riquezas y . . . fiebres como compensación para los escasos hombres que la codicia o la necesidad sepulta en aquella vorágine tropical, que será, andando el tiempo, uno de los imperios de riqueza en la rica América, pero que hoy no vale, si no es con provecho de tercero, los hombres que van a sacrificar bolivianos y paraguayos.

Sin caminos practicables, unos y otros se inutilizarán sin combatir entre las marañas de la selva y en las traiciones del inmenso pantano, por donde han de caminar semanas enteras, antes de que puedan avistarse los pequeños ejércitos.

Al final de la contienda: odio y recelos que retrasarán su desarrollo.

El provecho de la embrutecedora coca y del utilísimo caucho; del café y del quebracho; de la canela y de las plumas; del cobre y de la plata, será para

. . . ya hemos dicho que Solón, a su llegada del largo viaje que hiciera al extranjero, se encontró con la desagradable sorpresa de que su amigo Pisístrato, un compañero de juventud, simple ciudadano de Atenas, de noble familia, aunque no de sangre real, se había apoderado del Gobierno y regía el Atica como un tirano. Desde este momento debió preocupar a los espíritus superiores de Grecia la aparente incompatibilidad de la democracia con el industrialismo naciente. La tiranía parecía hacerse general; todos los estados griegos, a excepción de Esparta, iban cayendo más o menos francamente en poder de ricos mercaderes sin escrúpulos, que con sus riquezas compraban partidarios y entronizaban a sus hijos como señores hereditarios para dirigir los negocios complicados de las **polis** democráticas. Por esto Solón, en su vejez, exclamaba así: "El comerciante reina soberano, y el mal señor sobre los mejores. Esta es la lección que todo el mundo debiera recordar constantemente: cómo en todas partes la riqueza consigue reino, fuerza y poderío".

Mucho más tarde Platón, preocupado por el mismo problema, y mostrando un pesimismo que se parece mucho al de Taine y Renán, dice: "Cuando un tirano consigue el poder, lo obtiene apoyándose en la democracia. Se hace primero el protector del pueblo y se cambia después de protector en tirano . . . El campeón del pueblo, encontrando una multitud desesperada que está dispuesta a seguirle, esclaviza y mata y amenaza con cancelar las deudas y repartir las tierras. Cuando alguien procede de este modo, acaba, necesariamente, aniquilando por sus enemigos o haciéndose un tirano y cambiando de hombre en lobo . . . "

Como se ve, los escritores atenienses, conociendo los peligros de la democracia, no desesperan de ella, como los hombres modernos, y con sagacidad y conocimiento de causa tratan de prevenir la dictadura. Aristóteles sostiene que "es muy conveniente que los políticos tengan una regular fortuna, sin ser muy ricos", para evitar la oligarquía y la tiranía, pero insiste en que el gran peligro estriba en la alianza de los poderosos, por la riqueza o por las armas, con la democracia. "En la antigüedad — dice Aristóteles — . . . cuando un individuo era a la vez demagogo y general, el resultado era la tiranía. Es un hecho probado que la mayoría de los primitivos tiranos empezaron siendo demagogos".

Hoy vamos admitiendo que, aun siendo innegable que algunos de los tiranos griegos eran guerreros profesionales, que conquistaron el poder con las armas, la mayoría lo obtuvieron por sus riquezas; eran mercaderes o armadores y habían hecho su fortuna con las minas, traficando con metales; eran más bien lo que hoy llamaríamos banqueros que políticos y capitanes. Es lo mismo que ocurrió en Italia en el siglo XV; es cierto que los Sforza eran **condottieri** y que ganaron a Milán con su bravura en el campo de batalla, pero los Médicis eran banqueros; los Bentivoglio, de Boloña, empezaron con una fábrica de tejidos de lana; los Gambacorti, de Piza, eran mercaderes; los Vignate, de Lodi, simplemente millonarios por la usura.

. . . El segundo punto interesante es que la tiranía parece ser una importación del Asia. Su mismo nombre no es griego; la palabra griega para el rey era **basileus,** mientras que **tirannos** es posible que derivara del lidio **turannos** y, por lo tanto, sería una voz más bien hitita que griega. El nombre tirano es, pues, de origen colonial, como en España se adoptó la palabra cubana **cacique** para indicar al que se erige en jefe político de un grupo o colectividad. Una tradición, conservada por Euforión, dice que el primer tirano fué el rey Giges de Lidia, y Arquiloco, un poeta contemporáneo de Giges, canta diciendo: "No quiero como Giges ser dorado, ni quiero como Giges ser tirano . . . " relacionando ya la tiranía con el oro y las riquezas.

Y llegamos al tercer punto, que es el más importante: Giges ha sido a menudo presentado como el primer monarca, conocido por los griegos, que acuñó moneda. Herodoto empieza su relato sobre la invención de la moneda diciendo: "Los lidios fueron los primeros en acuñar y usar monedas, y añade que éstas eran de oro y de plata, o mejor dicho, una mezcla de ambos metales, que es el **electrum.** Jenófanes, al que ya hemos mencionado como el más antiguo escritor que nombra a Homero, cree también que los lidios inventaron la moneda. Así, pues, desde el primer momento, con el nombre de Giges, rey de Lidia, la tiranía va asociada a las riquezas.

Con estos tres puntos bien establecidos, resulta más fácil entender el fenómeno de la tiranía en Grecia, que a primera vista parecía ser solamente una reacción hacia la monarquía. Los tiranos son el resultado de una transformación industrial en el mundo griego, como consecuencia de la democracia; además, la moneda facilitó la acumulación de grandes riquezas, que inevitablemente tenían que procurar el poder material, y también el político, al que sabía aprovecharse de las nuevas formas del trabajo e intercambio.

José Pijoán

(*"Historia del Mundo"*. Tomo II).

media docena de "companys" y algún que otro "jazendeiro" vecino.

Verdaderos amos de estos y otros territorios sobre los cuales el caudillismo y la politiquería extienden las banderas de "patria" y "muerte" mientras se ríen los que debieran llorar si el hispanoamericanismo fuera algo más que banquete, y sablazo, y charlas, y fiestas de raza.

Juan de Medina

"El Sol". Madrid.

Testimonio

El gran peligro: la alianza de los poderosos, por la riqueza o por las armas, con la democracia.

Referencias

. . . sobre la mesa un solo libro: los comentarios del Padre Alonso de Andrade a los *Avisos espirituales* de Santa Teresa: libro de tan apacible y fluida prosa.

. . . no percibir, cuando abre el libro, el profundo encanto de esta prosa tan sencilla y sedante de Andrade en sus comentarios a los *Avisos*. — Citas de AZORIN.

. . . el chileno don Vicente Pérez Rosales en el capítulo XI de sus interesantísimos *Recuerdos del pasado* (1814 - 1860). — Cita de M. de UNAMUNO.

Hay en el endeble teatro de Cervantes, tan curioso por su tendencia a lo fantástico y maravilloso (hecho singular en el *realismo* del autor), una comedia en tres jornadas, no de las más conocidas . . . Se llama *La casa de los celos y selvas de Ardenia.* — Cita de José Ma. CHACON Y CALVO.

El *Idearium español,* del malogrado y genialísimo Ganivet, ha sido acaso el libro que más ideas me ha sugerido en torno al casticismo castellano . . . — Cita de M. de UNAMUNO.

. . . , dice Tirso al acabar su hermoso drama *El condenado por desconfiado.* —Cita de M. de UNAMUNO.

Norte, por segunda vez, en 1926, a bordo del dirigible *Norge*. Y a su labor personal, al resultado de sus experiencias y observaciones, debe más que a nadie la técnica actual de la exploración polar, y que ésta sea mucho más asequible que antaño.

Por otra parte, las circunstancias que han concurrido en su desaparición hacen la aventura especialmente patética. ¡Trágica ironía del destino que semejante hombre, el primero de su especie, el mejor y más glorioso, y en vísperas de una nueva tentativa, de la que tanto se esperaba para la ciencia, haya venido a su término como resultado de la inepcia y el histrionismo de un títere con galones!

El mismo misterio de su muerte, el secreto de su tumba, quizás eterno, subraya la grandeza del acontecimiento, y le presta caracteres de asunción más que de tránsito terrenal. Y cuesta trabajo apartar del pensamiento la imagen de los restos del héroe y de sus acompañantes, muertos quién sabe después de qué peripecias y sufrimientos, incorruptos entre los hielos eternos, cara al cielo implacable, hasta quién sabe cuándo ni cómo un azar imprevisto los traiga ante los ojos humanos o los borre para siempre de la faz de la Tierra...

Un hombre como Roald Amundsen, y como él fenecido, está por encima de todos los homenajes que siempre resultarán un tanto pueriles en su cotejo; pero no es por él, sino por nosotros, que no podemos sino ganar honra y provecho espiritual al honrarle y proponernos su ejemplo, por lo que convendría que España, al igual de otros países, que ya se aprestan a ello, recogiese la iniciativa del Parlamento noruego y conmemorase de alguna manera, a la vez que la heroica muerte de un hombre de excepción, la existencia de un orden de hombres, que, como dije en un principio, representan los más puro, lo más ardido y lo más internacional de la especie.

Ricardo Baeza

Hay esperanzas para Nicaragua?

=Traducido de *The Nation*, Nueva York=

El empréstito de $ 12.000,000 que se ha propuesto a Nicaragua prosigue el curso usual, extraviado y peligroso de nuestra diplomacia en esa república durante los últimos veinte años; política que está dañando nuestra reputación y legítima expansión comercial por toda la América indoespañola meramente en beneficio de un pequeño grupo de prestamistas y pescadores de concesiones de Wall Street. Ha habido el mismo embrollo de dos caras en esta maniobra financiera que en la vuelta de nuestros marinos a Nicaragua en el invierno de 1926-1927. William W. Cumberland, nuestro antiguo experto financiero en Haití, fué enviado a Nicaragua en el otoño de 1927, con la aquiescencia del Presidente Díaz, a informar acerca de las finanzas de la república. Recomendó Mr. Cumberland que nuestros banqueros prestaran a Nicaragua de $ 30,000,000 para arriba, $ 12.000,000 inmediatamente, estableciendo, en cambio, una dictadura financiera.

El 10 de marzo envió Mr. Cumberland este informe al Departamento de Estado, pero no se hizo público. En verdad no se hizo público. Estábamos entonces en medio de una guerra no autorizada, desagradable y terca, contra Sandino, a consecuencia de la cual nuestra Administración recibía la crítica proveniente de sitios inesperados. Con las fortunas del Partido Republicano en juego en la inminencia de una elección nacional, la Administración no pudo arriesgar un ataque más a su política en Nicaragua. Pero se conoció la existencia del informe de Cumberland y hubo la amenaza de una petición de información de varios senadores y representantes tan pronto como el Congreso se reuniera. De esta manera, después de la elección, y antes de reunirse el Congreso, se hizo público el informe.

No cayó en gracia, y aún los defensores conocidos de una política imperialista en el Caribe se chasquearon ante anuncio tan desabrido en vísperas de partir Mr. Hoover a Centro América en *viaje de buena voluntad*. Fué un bocado demasiado crudo. El *New York Times* dió a la Administración un digno golpe en seco sobre los nudillos, y si Mr. Coolidge hubiera tenido la idea oculta de no contrariar en lo mínimo a quien en un tiempo fué miembro de su gabinete comprendió ahora que no lo haría. Cuatro días después de la publicación de ese informe se dió a conocer una breve exposición procedente de Mr. Coolidge y de Mr. Kellog, indicando «pulgares abajo» sobre las recomendaciones de Cumberland por el resto de la presente Administración. Queda por ver lo que Mr. Hoover quiera hacer, pero aunque su preocupación por el comercio exterior lo ciegue algunas veces para concepciones de un orden superior, puede servir para cambiar nuestra política latino-americana en un mejor sentido. El rudo imperialismo que hemos ejercitado en el Caribe ha dañado nuestro tráfico y nuestro comercio bona fide por toda la América indoespañola. Nuestros comerciantes y otros hombres de negocios de una estirpe legítima no pueden avanzar en una atmósfera de odio y desconfianza.

El hecho es que Nicaragua no necesita en estos momentos un empréstito. De acuerdo con el propio informe de Mr. Cumberland, la mitad de los $ 12,000,000 propuestos irían a refundir empréstitos existentes que el país está soportando sobre bases satisfactorias. La única razón existente para refundir sería la de suplir una comisión pingüe a algunos de los tiburones prestamistas de Wall Street. Casi una cuarta parte del empréstito iría a parar al fondo de reclamaciones, en su mayor parte debidas a nuestra intervención en la política nicaragüense. Estas reclamaciones pueden atenderse con los recursos existentes, si se deja en libertad al país. Este deja un 25 por ciento del empréstito para fines productivos, para lo cual ha dicho Thomas W. Lamot que debemos generalmente limitar nuestros adelantos a las naciones extranjeras. El 25 por ciento para fines productivos está destinado a la construcción de carreteras. Estas son necesarias, indudablemente, pero es mejor que lleguen poco a poco. En Haití, la gran suma gastada en caminos ha resultado una lamentable extensión de caminos para automóviles de saxoamericanos, que con sus bocinas asustan las mulas de los pobres nativos y las echan al barro.

En todo caso, esa construcción debe hacerse mediante impuestos. *Para su propio bien y el nuestro, la América indoespañola debe cultivar el hábito de imponerse a sí misma más impuestos y pedir prestado menos.*

Finalmente, el empréstito Cumberland está propuesto en términos que hacen de Nicaragua un peón rentístico de Wall Street. El control financiero del país—incluyendo el presupuesto y el derecho de veto sobre toda legislación considerada como propensa a producir merma en las entradas—será puesto en manos de tres hombres. Dos de ellos—la mayoría—serán ciudadanos de los Estados Unidos designados por nuestro Secretario de Estado, que actuarán, es de presumirse, de acuerdo con los deseos de los banqueros que financían el empréstito. El Banco de Nicaragua, que ha sido justamente redimido del control extranjero ejercido por el último empréstito, será vendido—esta vez en cautiverio permanente—a Norte América. Por estos generosos servicios nuestros prestamistas y raqueteros de Wall Street tendrán el permiso de cobrar $ 400,000, que es casi el $3^1/_2$ por ciento, comisión exorbitante por financiar un empréstito de $ 12,000.000. Mientras tanto, el plan de Mr. Cumberland pide el acondicionamiento apropiado para la constabularia recientemente organizada, es decir, la guardia nacional, mediante un fondo que será una carga sobre las entradas del gobierno y a renglón seguido de la deuda pública. Como lo señala el *People's Lobby*, esto daría «a los banqueros el primer derecho sobre las rentas de la nación y a los protectores de los banqueros, el segundo».

Parece haber la probabilidad de que el empréstito propuesto a Nicaragua por Mr. Cumberland, será encarpetado para siempre. Así lo esperamos, pero creemos que el Congreso debiera investigar todo el curso de nuestra estada en dicha República durante los veinte pasados años.

La superstición de lo extranjero



Por *F. A. Quirós.*

Removido ignominiosamente (para los promotores de la remoción) de la cátedra de altas matemáticas que regentaba en Cambridge, Bertrand Russell, heredero del título de Conde, grande escritor y acaso el filósofo de más profundas y originales concepciones en el Reino Unido, pensó en ir a la China en busca de nociones extrañas a una civilización de la cual se sentía desengañado. Spengler, en una obra de magnífica exposición y miras aparentemente originales, había trazado la curva de la decadencia de occidente, en aquellos días tristes en que los moralistas y filósofos de Europa desesperaban de la inteligencia humana.

En la China Bertrand Russell descubrió un mundo nuevo y se consoló un tanto de sus graves pronósticos sobre la suerte de la civilización y al volver a Londres anunció una serie de conferencias para explicarles a sus posibles oyentes las diferencias entre el lejano Oriente y la Europa quebrantada por la más ruda prueba a que haya sido sometida la civilización que nos vino de aquella parte del mundo. La fascinación de sus palabras matizadas del más fino humor británico y la penetrante originalidad de sus observaciones trajeron al salón de conferencias durante varias semanas al grupo más selecto y despreocupado de los intelectuales residentes en Londres.

Al finalizar la postrera conferencia una señora de las que habían asistido a la serie con mayor asiduidad y, en la apariencia, con más generoso entendimiento de su significado, pidió la palabra para felicitar al conferenciante y para dar testimonio de la huella profunda que su enseñanza había dejado en los favorecidos por ella. Quiso además señalar con una obra práctica la fecha de esas revelaciones sobre el lejano oriente y propuso que esa misma noche se diera principio a la formación de un abundante fondo para traer de China a estudiar en las universidades y colegios de Inglaterra, algunos centenares de jóvenes chinos que volviesen, ya impregnados de la civilización occidental, a difundirla en su patria.

En la concurrencia tuvo generosa acogida aquella noble propuesta, y la señora de la iniciativa le pidió a Bertrand Russell que dijera su opinión y apoyase el unánime sentimiento de los presentes, si hallaba digno de aplauso el pensamiento de educar en Europa a unos cuantos hijos de la Gran República Chinesca.

Russell volvió a tomar la palabra y con una seriedad impresa en el gesto y perceptible en la frase cautelosa y meditativa, dijo que la idea de crear un fondo abundante para aumentar el conocimiento recíproco de chinos e ingleses le parecía muy plausible y para probarlo, él que no podía contarse entre los favorecidos de la fortuna, ofrecía diez libras esterlinas en calidad de primera contribución a ese esfuerzo en pro de la cultura general y de las buenas relaciones entre pueblo y pueblo. «Solamente,» dijo para terminar, «que en mi humilde concepto no debemos usar ese fondo para traer chinos a estudiar en las universidades y colegios de la Gran Bretaña, sino para llevar jóvenes de nuestro país a estudiar en el vasto y desconocido espectáculo de la vida china».

Una carcajada llenó el ámbito del salón cuando los oyentes captaron las últimas palabras del conferenciante. Se imaginaron todos, aun los que se habían abtenido de reírse, que el grande investigador del mecanismo pensante en el cerebro humano había querido terminar la noche con una nota de humor irresistible. Al escuchar la para él intempestiva carcajada, Russell levantó el brazo derecho y con la mano enorme y abierta dió a entender que pedía un momento de silencio. Cuando éste sobrevino dijo el conferenciante: «La estruendosa carcajada con que ha sido acogida la modificación propuesta por mí al generoso proyecto de la señora proponente, me demuestra que el sentido general, la idea dominante de mis conferencias no han sido entendidos por mis oyentes», y abandonó la tribuna.

Otro incidente más humilde por los personajes que en él tomaron parte, apoya el pensamiento del gran matemático. En 1911 los miembros de la junta administradora de ferrocarril de Girardot en Londres recibieron multiplicadas solicitudes del gerente en Bogotá para que enviase un jefe de talleres, urgentemente necesitados de experta dirección. Se hizo en Londres contrato por dos años con un mecánico de gran competencia, a quien fué necesario ofrecerle una remuneración muy elevada para esos días pero apenas en armonía con las capacidades del favorecido. Cumplido su término el jefe de talleres, hombre honrado por temperamento, volvió a Londres y se expresó de esta manera ante los componentes de la junta administrativa: «Mi contrato ha terminado. Sé que el sueldo que se me ha estado pagando es excesivo para las condiciones de vida y de trabajo en la región colombiana donde he estado sirviendo a la empresa. Sin embargo, no renovaría el contrato a menos que se me hiciera un aumento considerable en la remuneración anterior. Pero, honradamente, debo decir que no hay razón ninguna que justifique ese gasto. Quedan en Girardot, entre los individuos que estaban a mis órdenes, más de tres personas que pueden desempeñarme con la más absoluta competencia, y que exigirán una remuneración mucho menor».

En un artículo venidero pensamos exponer las concluciones que se derivan en nuestro concepto de estas dos especies tan diversas en grado, tan parecidas en substancia.

Moralmente una patria no es tan sólo un tesoro de tradiciones e ideales sino también un proceso continuo de mejoramiento y de adaptación. El patriota verdadero ha debido adaptarse a su medio; sentirse adecuado para vivir en él y para mejorarlo culturalmente a medida que él mismo progresa en sus condiciones espituales y materiales. Sin esa continua labor de adaptación y adecuación la patria no se forma y el sentimiento de la nacionalidad es un mero artificio. Muchas veces el extranjero que no se ha nacionalizado llega a identificarse de tal manera con el país a donde emigra que su patriotismo nuevo se sobrepone para él, sin saberlo, a los lazos que le unen o le unieron a la comarca de su nacimiento. Y esa concordancia perfecta entre el hombre y el ambiente se hace sentir no sólo en la materialidad de la vida sino también en las esferas de lo espiritual. Mientras esa conpenetración no exista las actividades del individuo se orientan hacia el fracaso. De esto principalmente han nacido, entre nosotros, los insucesos estrepitosos de las compañías extranjeras que han contratado con el gobierno algunas obras públicas. Una de estas compañías, según se dice, descubrió al cabo de varios años que en el país no existía la madera necesaria para sus obras. Sus ingenieros, antes de hacer el contrato, si hubieran estado adaptados al país, habrían sabido o habrían determinado previamente la calidad y la cantidad de las maderas requeridas para la obra en construcción. Otros se han dejado sorprender por la seca regular del Magdalena en ciertos meses del año y han dado por excusa en el incumplimiento de sus obligaciones, la insuficiencia de los medios de trans-

porte. Si hubiesen sido hombres de ciencia y de la patria, habrían pensado primeramente en mejorar los medios de transporte para su obra, y si eso excedía las capacidades propias y las de la entidad oficial no han debido aceptar la obligación que se echaron encima. Los unos ingenieros y los otros estaban adaptados a otro ambiente, eran patriotas de otros paralelos, hombres útiles bajo el brillo de otras constelaciones. Carecían de la gran virtud que ha de tener el emigrante, quiero decir la capacidad de acomodarse a las nuevas condiciones de vida. El hombre que viene a estas soledades con el ánimo de hacerlas más habitables para la especie humana debe tener él mismo la capacidad de transformarse. Los extranjeros que prosperaron en Colombia fueron aquellos precisamente que sabían transformar, de acuerdo con las necesidades del momento, el cuchillo de explorador en sierra, el martillo en llave inglesa, y el nivel en plomada. Y fueron esos extranjeros los que a su tiempo tuvieron entre nosotros más hondo y más intenso el sentido de la patria colombiana, sin dejar de pertenecer, según el derecho de gentes, a los países de su procedencia.

La historia reciente y antigua de los contratistas extranjeros de obras públicas en Colombia se resume en dos frases, aplicables al ferrocarril de Buenaventura, al de Girardot, al de Puerto Berrío y a las varias empresas que hoy tiene el país puestas en manos de gente extraña: fracaso de ingenieros ingleses y americanos, terminación de la obra por ingenieros colombianos, algunos de los cuales ni habían estudiado en Europa ni en Norte América ni habían salido siquiera del país. Los ingenieros europeos y saxoamericanos, como algunos viajeros y cazadores de concesiones, vienen al país con sus ideas formadas. Esas ideas nos representan como gentes supremamente ignorantes, medio civilizadas apenas, díscolas y perezosas, sin hábitos de orden y enemigos del extranjero. Llegan, observan, comparan y, en muchas ocasiones, no tienen ni la buena fe de rectificar sus conceptos, porque carecen de la disciplina mental necesaria para cambiar de ideas. Se van y escriben libros fatuos como el de Mc. Fee o chistes para el uso de los palurdos como las novelas del difunto Richard Hardig Davies, de grotesca memoria. Esto no se entenderá como xenofobia: hay un término medio entre esta necia prevención y la superstición de lo extranjero. Ese término medio es el sentido ecuménico de las relaciones entre los hombres. *Oikoumene* era la palabra con que los griegos designaban el mundo civilizado.

Estas consideraciones me han ocurrido pensando en el generoso proyecto concebido por un buen colombiano de Caldas sobre la conveniencia de enviar al extranjero un número considerable de jóvenes colombianos para convertirlos en expertos de diversas categorías. Ya se ha dicho en estas mismas columnas que la idea sería fecunda en ventajas para los jóvenes favorecidos por la designación y no carecería de provecho para el país. Pero será conveniente hacerle algunas limitaciones a la idea general. Los jóvenes escogidos para formar esa nueva empresa en busca del Saint Graal científico, deben estar ya adaptados a las condiciones de su país. Deben, por lo menos, haber recibido ya el grado respectivo en los institutos nacionales. De otra manera van ha desadaptarse a las condiciones vitales de Colombia y en vez de ganar con su viaje, un experto, perdemos un ciudadano. El estudio de países nuevos para los hombres ya formados, enriquece la mente, les da solidez a las nociones ya adquiridas, pone en capacidad al viajero de comparar ideas y sentimientos para expandir las unas y acendrar los otros. La educación primaria o secundaria en países distintos de aquel en que el niño ha nacido y donde ha de ejercer sus actividades en beneficio propio y de la comunidad supone una trasplantación eminentemente peligrosa.

Se dirá que pasada cierta etapa de la existencia ya es difícil adquirir con frescura nuevos conocimientos y que el hombre formado recibe difícilmente nociones distintas de las que ya constituyen el fondo de su tesoro mental; lo cual es cierto en la mayoría de los casos. Mas contra esta insinuación de la ordinaria experiencia cabe argüir que hay talentos en continuo estado de transformación capaces en toda época de asimilarse no solamente las ideas, sino de comprender el variado prestigio de las formas. Entre esta clase de inteligencias deben ser buscados y escogidos, por medio de pruebas rigurosas, los hombres a quienes el gobierno haya de otorgar el favor de enviarlos a enriquecer su mente en beneficio de la patria.

Y esto conduce a la final observación relativa al proyecto del patriota caldense. Si el gobierno al elegir a los jóvenes excursionistas y exploradores del mundo de la técnica va a seguir los procedimientos usuales en la provisión de empleos, la idea se perderá sin duda en el desierto de las prácticas a que nos tiene acostumbrados la burocracia de casta. Si escoge a los ingenieros civiles, o militares, o navales, o sanitarios o electricos entre la gente de la casta, no de acuerdo con lo que sepan o hayan hecho sino en virtud de sus relaciones e influencias, los escogidos (a quienes no se ocultarán los orígenes de su designación) irán no a estudiar, sino a explotar en otro meridiano o en el mismo pero a mayor altura astronómica los beneficios de la casta. Sabiendo que de ellos no se exigen ni ciencia, ni estudio, ni aumento de experiencia, sino fidelidad a la casta, harán como hacen tántos cónsules pertenecientes a ella que viven en Paris atendiendo al consulado de Trondhjem o en Londres como secretarios de la embajada en Viena, con el empeño diario de pasar las veinticuatro horas durmiendo de día y descansando de noche.

O se hace la elección por medio de pruebas y se admiten al concurso todas las aspiraciones, o será mejor abstenerse de enviar nuevas gentes al vasto mundo de la desocupación ininteligente con el fin de facilitarles la desadaptación que buscan o de ofrecerles mayores oportunidades de agotar en la inactividad talentos que nunca poseyeron. Para el cultivo intenso del espíritu de casta no hay necesidad de enviar gentes ineptas al extranjero; el territorio nacional ofrece todos los climas y toda clase de suelos... y subsuelos más propicios los unos que los otros.

B. Sanín Cano

(*El Tiempo*. Bogotá).

In Memoriam

Omar

1

En el cuenco de una lágrima
temblorosa de ternura
cabe un mundo de silencio,
posa un lago de amargura.
Mas la queja no me brota
de los labios, ni se cuaja
en mis ojos esa gota
donde se refleja un alma.
Yo sé ya lo que es el sueño
milagroso de la muerte,
y él ya sabe que mis lágrimas
son sin luz ante la muerte.

2

Por los anchos corredores
de una escuela, que fué nuestra,
muchas tardes caminamos
como uncidos a una idea.
La claror se deshilaba
al subir por la escalera
yendo en busca del azul
de la tarde y la quimera.
Y tras ella remontábamos
persiguiendo las ideas,
como antiguos cazadores,
con el arco y con la flecha.
¡Cuántas veces, al reunirnos
y afirmar los pies en tierra,
encantados descubrimos
una idea con dos flechas!

3

Cállese un instante el viento
y desmáyese la flor
de los campos y las sendas
en la patria de su amor.
Haya paz en sus cristales
el arroyo sin rumor,
haya asombro en la arboleda,
haya el mar un hondo amor.
Porque del vaso de arcilla
donde ardió su resplandor
se ha escapado, en limpio arranque,
el numen animador.

4

Que va el frágil polvo al polvo,
¿quién, quién lo dijo del alma?
si es el alma la divina
chispa en busca de la Llama?
Las blandas manos del sueño
sueltan las alas del alma
para el vuelo del encanto
tras la luz de la esperanza.
Cuando el labio de la Muerte
al oído nos reclama
ya conoce sus senderos
la feliz ciudad del alma.

5

La divina, bella Muerte
es la hija de la Noche
cuyos ojos desentrañan
los secretos de los dioses.
La divina, bella Muerte
es la Amante de los hombres
que han buscado los senderos
escondidos de los dioses.
Es la Madre de los niños
que se van, como las flores,
que no abrieron sus corolas,
de la aurora a los albores.
La divina, bella Muerte
es la Hermana de los jóvenes
que partieron de la vida
al llamado de los dioses.
Y en el santo umbral del mundo
de la Muerte hay sacras voces
que el amor hace de música,
limpia lengua de los dioses.
La divina, bella Muerte
es un sueño que conoce
que no sueña cuanto mira,
cuanto siente, ni cuanto oye.

6

Cuando hablaba su palabra
fué la antena sensitiva
levantada hacia ese mundo
que es la fuente de la Vida.
Hoja trémula de sauce
fué su carne sacudida
por aquel imán de lo alto
que su espíritu sentía.
Y a través de su palabra
la emoción se estremecía,
como el ala de la alondra
al trinar la luz del día.
Su elocuencia fué torrente
de unas aguas diamantinas,
borbollón de pensamiento
en fontana peregrina.
Cuando hablaba, las ideas,
en enjambre de armonía,
se albergaban en la mente
a labrar su miel divina.

7

Fué titán su pensamiento
en la mar atormentada
de su ser, en cuyo fondo
murmuraba alguna Atlántida.
Cuyas voces ascendían
en las horas de borrasca
cuando ante el furor del viento
se encrespaba su palabra.
Fué espumante su caudal
al romperse en cataratas
desgajadas de los montes
donde se encumbraba su alma.
Mas fué manso por el valle
reflejando las mil gracias
de los cielos y los mundos
que en su seno se miraban.
Y una noche, cuando el dios
desterrado que fué su alma
escuchó el clarín celeste
que al Elíseo le llamaba,
Puso aromas en sus labios
para ungirse la palabra,
bello puente entre dos mundos
para el paso azul de su alma.
Paz no habrá para su ser,
porque el alma no descansa:
de la arcilla es el reposo
y el subir es para el alma.
Y cuando a la tierra vuelva
con su grano de luz santa
hallará abiertos los surcos
para el Trigo de mañana.

R. Brenes Mesén

Dic. 1928.

El alma en las piedras

La escultura invisible de Paulo Bresky

=Del folleto *El Cristo Negro*. San Salvador, C. A.=

1

Sacha Nitrisky puso la copa en la mesa de mármol negro y—como solía hacerlo—se apretó con fuerza el tronco de la nariz, con el índice y el pulgar; luego montó de nuevo sus anteojos y prosiguió, enarcando las cejas:

—Nada, desde entonces, nada es tan trivial y mediocre para mí, como una escultura completa y forzosa.

—Pero,—dije yo—¿qué entiende usted por una escultura *completa y forzosa?*

—¡Verá Ud!—me dijo—voy a referirle la visita inolvidable que hice el año pasado al Príncipe Maximino Moskoff.

Yo vivía entonces en Varsovia en casa de mi primo Nicolás, que había quedado viudo hacía dos meses. Mi habitación estaba situada en el piso tercero y exactamente opuesta, en la casa vecina se abría todas las mañanas la ventana de Yaya Strokeff. Yaya es una muchacha encantadora y tiene un modo de ver y de sonreír tan imánico que no tardé en llegar hasta sus pies para vaciar a torrentes el amor que me ahogaba.

Todos estos son detalles de poca importancia en mi relato, sólo quiero decirle a Ud. que fué en la época en que yo modelaba un busto de Yaya Strokeff, cuando acaeció la inolvidable visita que tuve el honor de hacer al Príncipe Máximino, a quien debo la nobleza que aparento, por un capricho de camaradería con mi padre.

Cierto día y después de mucho tiempo, me ví casualmente con el noble caballero, en una exposición de escultura del compatriota Miguel Ousky que llegaba de París sin muchos lauros, parece.

El Príncipe al reconocerme se mostró muy contento y ya no pude separarme de su lado.

—¿Qué le parece la obra de Ousky?—fué de sus primeras inquisiciones.

—¡Notable!—dije—¡Me extraña que París le haya tratado de manera tan despectiva!

El príncipe sonrió a la derecha, me puso una mano en el hombro y me dijo:

—¿Quieres venir a mi Castillo de Invierno, voy a mostrarte la obra de Paulo Bresky. Regreso mañana por la tarde—añadió—ven a buscarme al Hotel Moskovita y partiremos juntos.

Yo dije un tanto indeciso:

—¿Quién es Pablo Bresky, Alteza?...

—¡Verás!... No necesitas preparar nada, que allá tendrás todo lo que necesitas, aunque no todo lo que pudieras desear.

Quedamos en que yo me iba con el Príncipe, y un poco temeroso visité aquella misma tarde a Yaya Strokell para indicarle mi partida. El busto estaba ya terminado y sólo me faltaba un ligero retoque el cual hice al punto.

Al día siguiente me despedí con besos, de Yaya, y partí para el Oriente haciendo compañía al Príncipe Maximino.

Y aquí viene mi historia.

2

Llegamos aquella noche al castillo del Príncipe. Era una mansión, de exterior más que modesto, pero de un lujo interno digno del más rico monarca de la tierra. Hasta el siguiente día no hablamos nada de lo relativo a este desconocido Paulo Bresky que el Príncipe había prometido—con una sonrisa enfática—como un escultor de maravilla.

Conocía yo el busto artístico del Príncipe Maximino y su pasión por los objetos raros y antiguos de que era asiduo coleccionador; así pues, no dudé de que una sorpresa me estaba reservada, y así fué.

Pasó el día, suave, como pasan los días en los palacios de los príncipes y nada me habló Maskoff de su sorpresa, sino a eso de las cinco de la tarde, cuando tomábamos sendas tazas de *moca* en una de las terrazas.

—Verás,—dijo el Príncipe poniéndose en pié y yendo a apoyarse en la balaustrada de mármol rojo; yo le seguí.—Verás por qué te hecho venir. ¿Ves esa arboleda amplia y murada?... Bien, pues ese es mi jardín de escultura. Cien argos vigilan constantemente este recinto, y he de ser un tanto inmodesto si te digo, que la entrada en él es un privilegio sólo concedido hasta hoy a cinco personas. El Zar Nicolás entró porque era ciego. La Condesa Olga Pablowa entró porque era tísica. Tres poetas, un día, porque estaban borrachos y tú entrarás porque eres hijo de quien eres, y porque quiero, con tu opinión, que tengo en mucho, desentrañar una duda que me atormenta desde hace mucho tiempo.

Yo agradecí el privilegio que se me otorgaba y me dispuse a seguir al Príncipe que descendía los escalones de mármol, hacia el jardín. Mientras bajaba decía:

—Paulo Bresky es un artista absolutamente desconocido. Heredó de sus padres un caserón de aldea y en él se encerró—cincel en mano, como pudiéramos decir—a desentrañar el gesto de los bloques informes.

Los sótanos de su casa estaban atestados de obras suyas, desconocidas y casi soterradas. Después de su muerte, como no tenía herederos, su propiedad se vendió a puerta cerrada, en pública subasta. Yo llegué a saber por un hombre raro, que en sus jardines había obras escultóricas de incalculable valor artístico y pujando la suma alcanzada en la subasta llegué a quedarme con la quinta. ¡Jamás arqueólogo afortunado exhumó tesoro semejante! Trasladé aquellas maravillas—el Príncipe abrió una verja de bronce y entramos en una sen-

da—a este mi castillo y las hice colocar aquí, por obreros de ningún criterio artístico, como tú comprenderás.

En aquel momento doblamos un recodo y en medio de un círculo enarenado de blanco, apareció erguida en base de bronce verde, la primera obra de Paulo Bresky.

3

—¿¡Qué es esto!?.. fué lo primero que murmuraron mis labios al contemplar aquella obra. El Príncipe sonrió a la derecha y suspiró con una piedad que parecía deleitarle.

—Ya lo ves,—dijo—son unas manos...

Sí, eran unas manos que surgían de la parte superior de un bloque. Unas manos de mujer, entreabiertas; de lánguidos dedos despetalados en un gesto hacia el cielo.

—¡¿Pero qué es esto!?..—repetí.

—Hay cinco opiniones sobre el asunto—dijo el Príncipe con un misterioso timbre de voz—El Zar opina que son unas simples manos de mujer hermosa; la Condesa Olga, que hay en ellas un gesto de ofrenda. Dijo ella: «¡Es la mujer que ofrenda el amor!»; uno de aquellos poetas dijo: «¡Es la Forma que se esfuerza en dejar la roca informe!»... Otro dijo: «¡Son dos manos que imploran una estrella!» Dijo el otro: «Es el alma que se escapa por las manos de una mujer que se ahoga!»

Yo reflexioné un momento, contemplando aquellas manos casi nerviosas y dije:

—¡Son las manos de una mujer que acaba de soltar una paloma!—e instintivamente, con la fuerza de esta sugerencia alcé los ojos al cielo de la tarde para ver el ave en libertad, pero el cielo estaba vacío y azul, y comprendí que la escultura se completaba en mi cerebro.

Luego inquirí:

—¿Y vos, señor, qué pensáis?...

El Príncipe sonrió a la derecha y dijo:

—Por acá; veamos algo más... y se encaminó por otra senda. Yo lo seguí de cerca.

Esta otra estaba sobre una base de mármol que se rosaba en la tarde. Era una joven desnuda, con los brazos en balancín, como si un ligero equilibrio la evitara caer.

Como hombre versado en anatonomía, no pude contener una sonrisa al ver las pantorrillas deformes de tan bello tronco de mujer.

—¡Esas piernas, confesaréis que son un fracaso, Príncipe!—dije— el resto es muy bello y muy gracioso... no me explico!...

El Príncipe tornó a sonreír.

—Busca lo que falta. Todas sus obras son de complemento ideológico,

Yo clave una mirada escrutadora en aquella rara mujer de piernas torcidas y pronto comprendí.

—Sí, dije—esta es el agua invisible.

Hasta la mitad de las piernas la deformidad era completa. Sí, la joven se movía en un estanque de claras linfas. Sabido es la tendencia lenticular del agua a deformar los cuerpos. Sí, a la mitad de las piernas estaba el nivel del agua. El agua se movía haciendo ondular las piernas. Sí, estaba allí el agua, allí en mi cerebro.

Fuimos más allá...

Aquí era un grupo lleno de pavor. Seis niños de edades diferentes se agrupaban despavoridos en una carrera de precipitación; uno había caído de bruces, los dos mayores volvían la cabeza atrás con ojos de espanto. ¿Quién era el perseguidor?... ¿Qué *gull* energúmeno estaba para caer sobre ellos?... Yo ví a todas partes y no había nada, sin embargo, por momentos ya casi perfilaba un monstruo que tenía una boca de horror y unas garras formidables. Aunque logré expulsarle luego, no pude evitar dar cabida en mi cerebro a aquella trágica y grotesca visión.

Luego era un desnudo luchador que empuñaba una espada rota, en la diestra. Tenía un gesto de muerte en el rostro y la espada iba oblicua en actitud de perforar, pero estaba rota, en rotura levemente enarcada.

Y dije yo:

—¿Por qué rota la espada?...

Y el Príncipe contestó:

—¡No veo por qué ha de estar rota!...

Entonces, ¡oh horror!, pude ver la espada envainada en un pecho robusto de luchador, y estaba envainada hasta más de la mitad, y había un cuerpo que caía pesadamente al suelo y un humeante venero de sangre. Completada la obra me volví para ver otra y era un cisne en epilepsia sobre una plancha de alabastro sin mancha y dije pronto:

—¡Oh leda!... ¡Oh maravilla!

El Príncipe púsome una mano en la espalda y mirándome con fijeza dijo:

—¿Maravilla has dicho?... Comprendes como yo el inmenso tesoro de arte que encierra este jardín, pues bien; tú ni eres ciego, ni tísico, ni estás borracho, luego entonces mis visiones no son una locura; has devuelto la tranquilidad a mi espíritu y voy a permitirte pasar al segundo término de mi jardín murado, yo te aseguro que caerás de rodillas, pero ha de ser bajo promesa de honor y respeto a la memoria de tu padre, de que no dirás a nadie qué has visto allí, pues que todo mi orgullo y mi vida entera están en poseer un secreto de arte de tal naturaleza.

Y prometí, porque ya empezaba a sentirme ebrio de arte, y he cumplido y cumplo porque respeto siempre un juramento hecho por la memoria de mi padre.

4

Sacha Nitrisky, que fué escultor, puso su larga mano en la copa y la llevó a los labios. Luego añadió:

—Ahora comprenderás cómo cualquier obra escultórica es para mí trivial y mediocre, cuando es una escultura completa y forzosa.

Pablo Bresky el desconocido, me enseñó a ver la cauda sin igual en la pava-real y las alas de arcángel en las espaldas de la prometida Yaya Strokeff.

Salvador Salazar Arrué

Próximo relato de este autor, y en estos cuadernos: *El Cristo Negro*, novela corta.

Cartas cruzadas entre Sellers, Logan y Sandino

HEAD QUARTERS SECOND
BRIGADE MARINE CORPS
MANAGUA, NICARAGUA

4 de diciembre de 1928.

Augusto C. Sandino.

Señor.

Inclusa se servirá encontrar una carta del Comandante en Jefe de todas las Fuerzas Navales en aguas centroamericanas, que él me pidió pusiera en manos de usted.

Como representante del Almirante Sellers y Comandante en Jefe de todas las Fuerzas Navales acantonadas en Nicaragua, tengo el gusto de enviarle esa carta para su consideración.

Si deseara terminar con su lucha presente y actividades haciendo que el país vuelva a su completa paz, lo único que usted necesita hacer es comunicar sus deseos a cualquier guarnición de marinos.

Tengo plenos poderes para decidir respecto a las condiciones, en caso que las que usted proponga sean aceptables. Una conferencia con usted facilitaría la discusión de esas condiciones, con el consiguiente entendimiento favorable para usted y todos los interesados en este asunto.

Los siguientes detalles con referencia a la propuesta reunión deben recibir su cuidadosa consideración y deben ser comunicados por mensajero al destacamento más cercano de los marinos.

1.—El nombre del lugar donde usted sugiera que se verifique la conferencia.
2.—Fecha aproximada que usted sugiera para la conferencia.
3.—El número de individuos que usted se propone llevar como escolta.
4.—Si usted desea, díganos por qué caminos o veredas pasará su escolta, pues aunque esto no es necesario, nos facilitaría el que le proporcionemos mayor protección.

Cuando usted nos deje saber lo anterior, daré las órdenes necesarias a mis tropas para que cesen las actividades en una área suficientemente grande a fin de asegurar la protección de su escolta.

A su mensajero y a su escolta se les garantizará protección durante el período convenido y también durante el tiempo que ocupe en entrar y salir sus visitas al lugar indicado sin importarnos que sus condiciones sean aceptables o no.

Yo haré que una comisión se encuentre con su escolta cerca de la guarnición escogida para que los acompañe a Uds. al lugar seleccionado para la conferencia. Esta comisión y su escolta deberán en-

contrarse bajo bandera blanca que llevarán ambas.

El mensajero que se llevará el original de esta carta, de San Rafael del Norte, lleva un salvoconducto y usted podrá usarlo (al mensajero) para comunicarse con cualquier guarnición de marinos.

La suspensión de actividades militares será solamente local y será en el área que se defina más tarde.

Logan Feland,
Brigadier General, U. S. Marine Corps,
Commanding U. S. Naval Forces Ashore
in Nicaragua.

———

Corinto, 4 de diciembre de 1928.

Augusto C. Sandino.

Señor:

A pesar de que todos los esfuerzos anteriores para comunicarnos con Ud., por medios pacíficos, han fracasado, una vez más apelo a su patriotismo para saber si es posible terminar con la resistencia armada contra las fuerzas de mi mando, que, a pedimento del Gobierno nicaragüense, están tratando de restaurar el orden en todo Nicaragua.

Las elecciones presidenciales, recién terminadas, en las que cada ciudadano nicaragüense, constitucionalmente apto para votar, pudo depositar su voto sin ningún estorbo ni intimidación, y la manera libre e imparcial con que se llevaron a efecto tanto las inscripciones como las elecciones mismas, debe haber demostrado a U. y sus fuerzas, la sinceridad de parte de los Estados Unidos de América en llevar a cabo el cumplimiento del llamado **Pacto Stimson,** probando, además, que en el cumplimiento de esa parte del Pacto referente a la pacificación del país, no tenemos otro deseo que el de ayudar a sus paisanos.

En vista de la situación política y general, que ahora existe, cabe pensar que hay prueba más que suficiente de que no serviría ningún propósito continuar la resistencia armada; y si Ud. desea terminar con sus actividades o lucha, con lo cual sólo beneficios se obtendrán, cualquier comunicación que Ud. desee enviar al respecto será cuidadosamente estudiada.

(f.) D. F. Sellers,
Rear Admiral U. S. Navy,
Commander Special Service Squadron.

═══

El Chipotón, Nicaragua, C. A., enero 1.º de 1929.

Cuartel General del Ejército defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua.

Señor Logan Feland,
Brigadier General, U. S. Marine Corps,
Commanding, U. S. Naval Forces
Ashore in Nicaragua,
Managua.

Señor:

Acuso a usted recibo de su comunicación y de la que por conducto de usted me envía el Rear Admiral U. S. Navy, Commander Special Service Squadron, D. F. Sellers, fechadas el 4 de diciembre del año próximo pasado en Managua y Corinto, respectivamente.

Adjunto a ésta encontrará usted la contestación que doy al señor Sellers, y esa respuesta le servirá de contestación a la comunicación de usted.

Patria y Libertad

A. C. Sandino

———

El Chipotón, Nicaragua, C. A., enero 1.º de 1929.

Cuartel General del Ejército defensor de la Soberanía de Nicaragua.

Señor D. F. Sellers,
Rear Admiral U. S. Navy
Commander Special Service Squadron.

Corinto, Nicaragua, C. A.

Señor:

Fué en mi poder su comunicación fechada en esa ciudad el 4 de diciembre del año próximo pasado, en la que usted expresa que a pesar de haber fracasado sus esfuerzos anteriores para comunicarse conmigo por medios pacíficos, apela una vez más a mi patriotismo para que yo termine con la resistencia armada contra las fuerzas a sus órdenes, que, a pedimento del Gobierno nicaragüense (el del usurpador Díaz), estaban tratando de restablecer el orden en todo Nicaragua.

El patriotismo a que usted apela es el que me ha mantenido repeliendo la fuerza con la fuerza, desconociendo en absoluto toda intromisión del Gobierno de usted en los asuntos interiores de nuestra nación y demostrando que la Soberanía de un Pueblo no se discute sino que se defiende con las armas en la mano; y es ese mismo sentimiento el que me mueve hoy a manifestar a usted que solamente con el general José María Moncada podría yo entrar en un arreglo para llegar a una paz efectiva en nuestro país, ya que él, siendo miembro del Partido Liberal, al cual traicionó, puede rectificar sus errores, mediante el compromiso que contraiga con nosotros para con el pueblo nicaragüense y para con el mismo Partido Liberal de respetar las bases que le serán propuestas en su debida oportunidad por nuestro Ejército Libertador.

Fundado en lo anterior, expongo a usted que para llegar a ese arreglo de paz efectiva con el General José María Moncada, ponemos como primera base. *absolutamente indispensable,* el retiro de las fuerzas norteamericanas al mando de usted, de nuestro territorio.

Sobre la aceptación de esa base procederá usted a que sus fuerzas evacúen los cuatro departamentos del Norte de nuestra República: Nueva Segovia, Jinotega, Estelí y Matagalpa, pudiendo quedar en ellos autoridades civiles y militares nicaragüenses *y de ninguna manera Jefe o subalterno alguno norteamericano.*

En caso de aceptación, las conferencias de paz, para llegar a un entendimiento con el General José María Moncada, se verificarán en el pueblo de San Rafael del Norte, entre cinco Representantes de nuestro Ejército y cinco Representantes del mencionado General Moncada.

Los cinco representantes de nuestro Ejército irán bajo la garantía de las autoridades nicaragüenses, siendo de advertir que los comisionados llevarán sus respectivas armas.

En la contestación se nos dirá la fecha en que estarán evacuados los Departamentos en referencia y el día que se designe para iniciar las mencionadas conferencias. Sin esas condiciones expuestas *no habrá paz,* y aunque usted dice en su comunicación que no serviría a ningún propósito la continuación de mi resistencia armada, le hago la declaración de que *solamente la continuación de mi resistencia traerá los beneficios a que usted alude.*

No creo demás manifestar a usted que las vidas y propiedades extranjeras quedarán mejor garantizadas por nosotros los nicaragüenses que por fuerza de un Gobierno extraño, porque toda intromisión extranjera en nuestros asuntos sólo trae pérdida de la Paz y la ira del Pueblo.

Patria y Libertad

A. C. Sandino

———

El Chipotón, Nicaragua, C, A., enero 1.º de 1929

Cuartel General del Ejército defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua.

Señor General
José María Moncada.
Casa Presidencial
Managua.

Señor:

Como usted verá del duplicado de la contestación que doy a las comunicaciones que he recibido de los señores D. F. Sellers, Rear Admiral, U. S. Navy Commander Special Service Squadron, y Logan Feland, Brigadier General U. S. Marine Corps Commanding U. S. Naval Forces Ashore in Nicaragua, cuyas copias le adjunto también, es con usted con quien únicamente deseo entenderme para la obtención de una paz efectiva en Nicaragua; no por intermediarios que nada tienen que ver en nuestros asuntos internos.

Si usted desatiende este llamamiento patriótico que le hago, pese sobre sus hombros la responsabilidad del despedazamiento del Partido Liberal.

La contestación que Ud. me dé a este respecto, tomando en cuenta la fórmula de la respuesta que doy a los señores aludidos, puede dirigírmela a San Rafael del Norte a donde mi esposa Blanca de Sandino, quien ya tiene todas las instrucciones del caso.

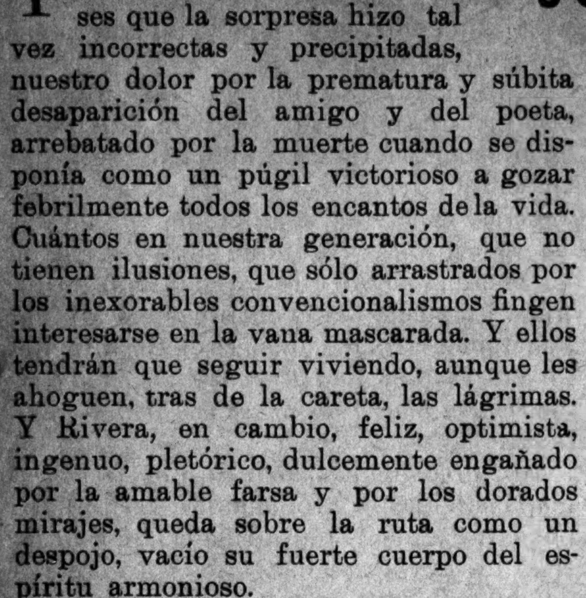
Al buscarle a Ud. en arreglo, no se equivoque, tomándolo por debilidad nuestra, porque lo que en este caso nos anima es el deseo de que el yankee no encuentre pretexto para continuar hollando nuestro patrio suelo, y, al mismo tiempo el de probar al mundo civilizado que los nicaragüenses somos capaces de arreglar por nosotros mismos nuestros asuntos de Nación Libre y Soberana.

Patria y Libertad

A. C. Sandino

José Eustasio Rivera

= De *Universidad*. Bogotá =



YA todos hemos dicho, con frases que la sorpresa hizo tal vez incorrectas y precipitadas, nuestro dolor por la prematura y súbita desaparición del amigo y del poeta, arrebatado por la muerte cuando se disponía como un púgil victorioso a gozar febrilmente todos los encantos de la vida. Cuántos en nuestra generación, que no tienen ilusiones, que sólo arrastrados por los inexorables convencionalismos fingen interesarse en la vana mascarada. Y ellos tendrán que seguir viviendo, aunque les ahoguen, tras de la careta, las lágrimas. Y Rivera, en cambio, feliz, optimista, ingenuo, pletórico, dulcemente engañado por la amable farsa y por los dorados mirajes, queda sobre la ruta como un despojo, vacío su fuerte cuerpo del espíritu armonioso.

Empieza a ser la hora de apreciar con relativa serenidad la pérdida que nuestra literatura ha sufrido, y para ello sería oportuno estudiar el significado de la obra de Rivera, obra solitaria, única, que en el panorama un tanto desolado de las letras colombianas se destaca, esbelta y blanca, como bloque de mármol. Al parecer, la poesía de Rivera, tropical por sus temas, pero límpida, tersa y cristalina, libre de todo recargo y de todo rechinamiento, sin colorines y sin primitivas sonoridades, debería ser la poesía más frecuentemente cultivada en América, pues que parece brotar espontáneamente del suelo, bebida en los arroyos que bajan de los montes, o inspirada por el vuelo de las aves innumerables. Sin embargo, no sucede así. Nuestro criollismo literario, aparte de adolecer de una sensiblería falsa y pegajosa, de un infantilismo chocante, carece de raíces profundas; es de una deplorable superficialidad, y por lo mismo la lengua en que se expresa es vacilante, anodina y vulgar. Rivera encontraba infaliblemente el vocablo preciso, insustituíble, que se clavaba en nuestra mente como un dardo vibrante. Y lo encontraba, porque el concepto había tenido en él una claridad de revelación, una deslumbrante nitidez. Rivera no fué sólo un intuitivo, un iluminado, un profeta de la raza, sino que dominaba el instrumento lírico en toda su extensión con insuperable maestría. Las cuestiones métricas, las dificultades prosódicas, no tuvieron para él secretos, y así lo demostró en polémicas que no se habrán olvidado. Pero esa formidable información, que acrecía diariamente con nuevos estudios, no pudo secarlo, no pudo acartonarlo, como a tánto y tánto poeta que ha perdido calor, vuelo y naturalidad, bajo la pesadumbre de la erudición retórica.

Poseía Rivera uno de los más poderosos temperamentos artísticos que hayamos conocido, temperamento que el vulgo negaba porque no se traducía en el desarreglo de una vida que siempre fué de irreprochable decoro y de sana normalidad. Su capacidad, su vocación poética, eran tan amplias y hondas, que aun las más pasajeras visiones se grababan, depuraban y aquilataban en su interior para resurgir en las estrofas impecables, definitivas, que todos admiramos. Sus sonetos tienen el ímpetu y la lozanía de las creaciones repentinas y eternas. Son bronces impasibles, hieráticos, imágenes gallardas y firmes, que no podrían ser de otro modo, que no han de alterarse jamás. Como en la poesía de Leconte de Lisle, con quien tánta semejanza exterior y de fondo tiene Rivera, parece que sus versos, pinceladas geniales que inmortalizaron una forma pura, o certeros golpes de cincel, tengan el frío de lo perfecto y de lo ajeno a toda humana pasión. Y sólo una cálida, una íntima emoción integral, es capaz de sugerir el verbo y la musicalidad que estampan, que esculpen la concepción con esos caracteres de clásica inmovilidad. Unicamente la emoción restringida, dominada por un gusto seguro y por una severa disciplina artística, logra encerrar en breves líneas intachables la materia de un poema. Rivera fue soberano de la síntesis y amo fastuoso del color. Estas dos cualidades bañaron su poesía de un intenso atractivo, de una fascinación subyugadora, aun para quienes somos legos en achaques técnicos y la amamos instintivamente apenas. Porque otro privilegio de Rivera fue ocultar sagazmente el procedimiento, de modo que sus versos, pulidos con benedictino escrúpulo, dan la impresión de frescura y de espontaneidad que los hicieron populares.



José Eustasio Rivera

Murió en Nueva York, el 1.° de diciembre de 1928.

José Eustasio Rivera estuvo destinado por los dioses para ser el poeta de América. En él encontraron resonancia múltiple no sólo las angustias, los temblores, las esperanzas y perplejidades de nuestra raza, sino los inarticulados murmullos de la selva y los silencios de la llanura y la fatiga de los caminos y los vientos cortantes que silban en los desfiladeros, así como los insectos voluptuosos que cantan en la siesta sus ardientes epitalamios. Toda el alma confusa, caótica, lánguida, mística y cruel de nuestra América, gemía y gritaba en el verso de este elegido que no alcanzó sino a enseñarnos el motivo inicial de su canto, antes de que un sortilegio maligno que parece lanzado desde la oscuridad del bosque, hubiera paralizado su corazón. El espectáculo maravilloso de las cataratas y la tragedia del hombre aún a merced de las fieras, la vida entera de la América recóndita, de la América virgen, deformada, empequeñecida, falsificada por escritores de todos los géneros, se halló al fin frente a un poeta moderno, de sensibilidad exquisita, de ánimo conquistador, labrado íntimamente por los enignas y las inquietudes raciales, y dueño de los dones y de los recursos literarios para ensayar la orquestación verbal de ese mundo palpitante. En *Tierra de promisión*, como en *La Vorágine*, nada es artificial, nada es débil, nada es insincero. Lo no visto, lo no sentido, tiene todavía un valor más real, es adivinado. Rivera tuvo un contacto espiritual con las emanaciones del suelo y del ambiente colombiano, y poseía tal receptividad emotiva, tal virtud de simpatía con la tierra, a la cual amaba con tan intensa devoción, que su caso poético, al contrario de lo que muchos creen, extrañados quizá de la perfección de sus versos, linda con el concepto del vate, del vidente, o del brujo indígena.

No sabemos, y ojalá se lo callen los eruditos que lo sepan, a cuál escuela poética perteneció Rivera. El con seguridad no lo supo tampoco. En cambio, quedan sobre la tierra centenares de poetas que no saben sino eso. En su producción, si escasa, suficiente empero para fundamentales clasificaciones, no sería difícil encontrar maneras casi antagónicas, aunque sutil e innegablemente ligadas por una fija orientación artística. A nosotros, aficionados, no conocedores, nos atrae y nos domina la que triunfa en *Tierra de promisión*, que es, en rigor, trasladada a la prosa, idéntica a la usada en *La Vorágine*. Nos seducen menos algunos cantos épicos y sus ensayos dramáticos. Como hace poco tuvimos ocasión de afirmar, Chocano, a quien sería necio postergar en nombre de la risible intolerancia dadaísta, y que ha sido un inspirado y apasionado cantor de América, hubiera dado, feliz, toda su obra por ciertos versos de nuestro compatriota. Hay saltos, hay rugidos, hay murmullos, horizontes, lejanías, arrullos, truenos y galopes en los sonetos de Rivera, que sacuden y conmueven la sensibilidad más aletargada, y provocan una alegría, una gratitud, un goce, que jamás despertaría ni el más precioso dón material. Rivera es un escultor prodigioso, un modelador omnipotente, que lo mismo se atreve a imponernos con un desfile atormentado de jaguares hambrientos, que a encantarnos con el frágil primor de un pájaro mosca. Y en ninguna parte hay un arte dislocado, hiperbólico, ni afectadamente pueril. Es la misma idea de culto a la naturaleza, de religioso rendimiento ante los milagros gigantescos o diminutos. Su victoria sonora y fulminante, fue la derrota del amaneramiento y del exotismo.

Las nuevas generaciones, que fingieron ignorar a Rivera, porque no cambiaba de orientación poética con cada correo de Europa, no vacilarán ahora para reconocer la hermosa enseñanza de

(Pasa a la página 79)

El Señor de la Burbuja

¿Un libro más escrito por un hispanoamericano? Sí, allí sobre mi escritorio, estaba *El Señor de la Burbuja*, novela firmada con un pseudónimo: Salarrué. La obra, con fecha reciente de 1927, impresa en la imprenta La Salvadoreña de San Salvador, pudo ser una de tantas obras medianas o malas que con frecuencia recibo. Pero, ¿qué secreto aviso me indicó que aquel volumen era algo más, que valía la pena de ser leído, y me hizo abrir nerviosamente sus páginas? ¿Qué olor de bondad y sabiduría trascendía de ellas, qué hirió mi olfato espiritual? ¿Cómo se traspasaba su dolor y su amor hasta dejarme un sabor de lágrimas en la boca? Yo no sé nada de eso, lo único que sé es que leí el libro y que lloré sobre sus páginas, y que anoté, regocijado, con íntima complacencia: El Salvador tiene otro hijo más, digno de colocarse al lado de su glorioso Masferrer, tan lleno de ciencia luminosa, si entendemos la luminosidad por caridad. Y como este descubrimiento de encontrar un gran poeta y un nobilísimo espíritu en tierras de Centro América era hallazgo precioso y lleno de valía, me dieron ganas de mandar tocar las campanas de mi pueblo con los jubilosos toques de la Pascua Florida. A falta de ello escribo este artículo para el *Diario de Centro America*.

Ya es hacer bastante crítica de un libro, afirmar que se lloró por él, y que contribuyó a ennoblecernos, como puedo yo hoy con justicia decir de *El Señor de la Burbuja*. ¿Qué más puedo agregar? Acaso puedo permitirme únicamente aconsejar a Salarrué que no emplee tantas voces regionales, pues de modo más alto ya ha obtenido el sabor local, y con ellas sólo estropea, en la primera parte de la obra, su cálido estilo.

Con verdadero interés interrogué a un compatriota del autor de la delicada obra, acerca del pseudónimo que envolvía ese misterio de un gran poeta.

—Salarrué, me dijo mi joven amigo, no es un falso nombre, sino sólo un apócope. Así firma el escritor salvadoreño Salvador Salazar Arrué.

Copiamos algunos fragmentos del precioso libro, para conocimiento de nuestros lectores.



Salvador Salazar Arrué

«... Recordó los días de pobreza, allá en el colegio; el amor a las cositas que se alineaban dentro del pupitre bien cerrado con candado; el dolor de manchar una página blanca; el dolor de arrojar a la basura el sombrero viejo para sustituirlo por aquel nuevo sombrero con cara de señor delicado; el de cambiar de casa; el que produce el descuaje de los árboles que han estado tanto tiempo en el patio, con nosotros, queriéndonos. Recordaba el corazón oloroso del baúl; la paciencia amorosa de la camita arrinconada que nos cuida y nos tiene en sus brazos toda la noche, sin cansarse; la bienvenida de la calle que se prestó a nuestros juegos. Aquel pañuelito de la primera novia, ¡cómo lo besábamos, cuánto del alma de Ella había en el trocito de lienzo blanco, que para otros no era más que eso!»

* * *

...«—¡Señor!— murmuraba,—si yo no existiera, si yo no fuera, ¡cuánto dolor perdido, qué soledad inmensa, qué espantosas tinieblas cubrirían tu mundo! ¡Cuánta ilusión habría, aterida y sin nido; qué frío, qué caos! Sin mí, ¡qué indiferencia, cuánta incomprensión; qué flor de fe abortada, para tu altar, qué aroma evaporado para tu unción, qué lámpara ausente en tu camino! ¡Si yo no fuera, de seguro no habría esa voz en la luna, la piedra no hablaría, no podría el grano de arena ser monte, y el monte ser nube, y la nube dejar vagar los mil fantasmas de su locura! Los pajaritos de papel, de Gomera, no volarían, no cantarían. Sin esa inquietud mía no habría nada, ¡nada!... Sórdida sería la Tierra y el cielo un vacío tétrico. Pero Tú comprendías que en la música ignota del Universo, en la melodía astral de tu lira maravillosa, yo sería el *leitmotiv*, la clave, la médula. Quisiste, al crearme, un eco a tus voces profundas, una emoción eterna. Por eso me diste todas tus comprensiones y el deleite que hace tremolar las cuerdas santas. Tú eres la mar inspiradora, inmensa, tumultuosa de amor y de dolor y yo, ¡poca cosa!, tu caracol. ¡La mano que me toque palpará trémula la forma absurda de tu infinito; los ojos que me contemplen verán los tornasoles misteriosos de tu inquieta vaguedad, el tinte múltiple de tu innacesible realidad; el oído que me ausculte, escuchará la voz desconcertante de tu divino clamor!...»

* * *

«Aquel sublime loco, tenía un poder tremendo para despertar la fe, y es que mostraba su alma sin dobleces, desnuda y hermosa como una estrella. Embriagaba. A menudo hacía llorar con sus palabras, aún a los hombres más rudos. El gozaba viéndoles llorar.

—No es una manifestación de debilidad o cobardía—les explicaba—, sino al contrario, y en verdad os digo—añadía parodiando a Jesús—que las almas fuertes y grandes se desbordan por los ojos. Así, estad seguros de que la emoción es Dios que pasa a nuestro lado y se deja sentir, y aquel que no ha sentido nunca la emoción, no ha estado nunca cerca de Él. La emoción perpetua es la santidad. Cuando pases lleno de emoción, se nimbará tu cuerpo y harás milagros.»

Rafael Arevalo Martínez

Guatemala, R. de G.

Panamá, país del porvenir

El destino futuro.—Dos, cuatro, diez barcos a la vista; seis aviones cruzan el cielo, sobre nuestras cabezas; el buque que nos lleva avanza por un mar calmo hacia el puerto cuyas obras se ven, confusas aún por la distancia. Todo indica que nos acercamos a uno de esos grandes centros de actividad humana: vamos, en efecto, llegando a Panamá que ahora vive el principio de una era de grandeza. Ese canal que desemboca en el Pacífico a la par de la ciudad ha hecho de este punto del globo un centro de vida mundial cuyo porvenir apenas si presienten, lleno de grandeza, los cálculos de los videntes. Día por día crece en importancia esta obra del canal panameño; es calificada de vital para una gran nación: los Estados Unidos. Para Inglaterra significa una notable ayuda en sus comunicaciones con Oceanía, Australia y todo el mundo del Pacífico oriental; para Francia, el más rápido camino entre sus puertos metropolitanos y sus posesiones oceánicas; para las naciones centro y sudamericanas, para Costa Rica misma en estos momentos de interrupción de su puerto limonense, cómoda y económica comunicación con Europa y los Estados Unidos.

A través de los tiempos la supremacía de actividades y poder humanos ha venido desplazándose, a través del globo, de oriente a occidente, como buscando por esa ruta de circunvalación su punto de partida: fueron los mares amarillos, los que forman las bahías chinas donde ahora cabecean perezosos los juncos y sampanes, los primeros en la historia; luego fué el Indico el que vió florecer en sus costas a pueblos grandes y dominantes; siguió después el Mediterráneo, mar de los fenicios, de los griegos, de los romanos; mar de los turcos un día; mar de la latinidad victoriosa. El mar del presente es el Atlántico; el Pacífico, que espera su hora, es el porvenir. Es el mayor de los océanos: cuando llegue su día, su grandeza será también la mayor de las grandezas. Y Panamá es la puerta por donde la actividad mundial va pasando del presente al porvenir. Bolívar, ojo de águila, que sondeó claramente el futuro, acertó en su visión: por algo se fijó en Panamá, cuyo destino futuro es el de la grandeza. Mientras que los famosos estrechos, el Bósforo, Malacca, Suez, Gibraltar, quedan esta-

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 2.000-00 para completar la suma con que se comprará una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 2.000-00 que faltan. Se abre, pues, la susción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Rep. Am.	₡ 25.00
José Guerrero	„ 25.00
Octavio Jiménez	„ 25.00
Alejandro Alvarado Quirós	„ 25.00
Carmen Lyra	„ 5.00
J. J. Salas Pérez	„ 25,00
Angela B. de Guerra	„ 25.00
Tomás Soley Güell	„ 25.00
Jorge Ortiz E.	„ 25.00

---

cionarios o decrecen en su importancia, Panamá crece y crece, sube como la espuma. Y nosotros costarricenses, a doce horas de Panamá y de su canal, seremos grandes beneficiarios de esa grandeza. Lo seremos, si nos preparamos para estar en condiciones de recibir el beneficio: lo serán nuestros hijos y nuestros nietos, si les legamos una herencia sana: la de un país libre, autónomo, digno y que progrese a la par del mundo.

Panamá.—El canal lo abrieron los norteamericanos en el seno de la república panameña; Panamá, el pueblo panameño, de nuestra sangre y nuestra lengua, vive sobre ambas riberas y su vida cada día es más efectiva; con claridad, con la claridad de su sol tropical, han comprendido la situación en que los ha colocado la naturaleza y han emprendido una tarea suprema: la de afirmar su personalidad. Y para ello, y por todos los medios, están haciendo un pueblo, dándole su faz propia, creando su nacionalidad con todos los atributos a ella inherentes. Para eso construyen magníficas carreteras a través del país, hasta la frontera con Colombia y hasta la frontera con Costa Rica; saben que una red de vialidad que se extienda por todos los rincones de su país lo unifica, lo hace un sólido bloque: las piedras sueltas valen poco, pero unidas con cal, arena y cemento, forman murallas inconmovibles: los caminos son esa argamasa. Viniendo para Costa Rica desde la propia orilla de la Zona, en tierra panameña, hay una carretera de primera clase que tiene 155 millas de largo; llega hasta Santiago de Veraguas; y se está trabajando en continuarla hasta David, agregándole 160 millas más. De David a Buenos Aires, en nuestro valle del General, hay unas cien millas de distancia. Panamá está con sus caminos en nuestra propia frontera del Pacífico, asomándose al Golfo Dulce. Y por el otro lado, llegan sus vías hasta Chepo, en marcha hacia Colombia. Esto acusa una plausible preocupación administrativa y una cooperación formidable en la obra de interés común. Esta preocupación se refleja en otros sentidos, y sobre todo en el de la instrucción pública.

Instrucción pública.—No esperemos tener grandes pueblos, conscientes de sus derechos y sabedores de sus deberes, hasta tanto no tengamos pueblos instruidos, pueblos éticamente educados, en los cuales cada hombre sienta la dignidad de su condición de ciudadano libre. Este ideario pareciera existir entre los panameños dirigentes, y para ello el Estado gasta espléndidas sumas de dinero. Y el gasto no solamente está consignado en los renglones del presupuesto sino también en el rendimiento obtenido. Allá hay una gran preocupación educacional. Escuelas primarias, escuelas secundarias, escuelas profesionales son bien sostenidas y su influencia es notable. Un político panameño, un comerciante, un obrero, todos le hablan al visitante de sus instituciones de enseñanza: en ésta tienen concentrada toda su esperanza los ciudadanos de ese país que tiene 25 años de ser nación soberana y que sabe que tiene que confrontar graves problemas vitales. Todos los estudiantes panameños, de escuelas y colegios, en todas las poblaciones de la república, al abandonar sus clases cada sábado, como al llegar a ellas cada lunes por la mañana, forman delante de sus edificios escolares: la bandera del país es izada a esas horas enfrente de toda la juventud panameña, que la saluda respetuosa y emocionada. Así, pareciera que el símbolo de la patria, la visión de Panamá, fuera la que presidiera, como es, la semana lectiva, el año lectivo, y por decirlo de una vez, la vida de los ciudadanos. La nacionalidad, la conciencia de la patria, se afirma en cada uno de aquellos miles de espíritus jóvenes que son los dueños del porvenir de su país y que serán sus defensores. Otro punto notable es la cooperación: maestros y profesores forman un ejército homogéneo en cuanto se refiere al mejor servicio de los intereses de la educación nacional: como existen ideales claramente definidos, como hay conciencia, todos sirven a la instrucción dejando de lado los intereses meramente personales, y así, son una legión de apóstoles que marchan por una ruta iluminada con resplandores de clara luz hacia una noble finalidad.

El canal.—El canal ha convertido a Panamá en una especie de pasadizo del mundo; pasan los grandes trasatlánticos, pasan las escuadras, pasan los hombres que se mueven de un océano al otro por esta vía. Pasan los millones, el comercio, la industria: y pasan también, en avalancha deslumbradora, las ideas todas. De esta concentración de elementos importantes se han dado cuenta todas las naciones y sin duda por ello que no hay país, de los de primera importancia, China y Japón incluídos, que no tengan allí sus observadores, sus legaciones diplomáticas o consulares. Inglaterra tiene allí una legación surtida de expertos navales en forma que no deja de llamar la atención; no hay país que no tenga agregados comerciales que son verdaderos hombres de negocios, duchos en estas actividades tan de primera importancia en la actualidad. El canal ha concentrado sobre sí, sobre Panamá, el más grande y vivo interés. Se comprende fácilmente cuánto deriva la nacionalidad panameña de ese interés, y de ese tráfago constante de vida que se realiza en su propio seno: se adivinan las corrientes de influencia que llegan a Panamá de los cuatro rumbos del horizonte y se ve cómo el pueblo que vive allí ha podido abrir su espíritu al mundo entero, para recibir de todas partes la visita no sólo de los barcos, sino también de las ideas. El mar, en cada marea, lleva a Panamá un nuevo y distinto aliento de vida mundial. Y esta arribada es cada vez mayor, va en escala ascendente.

Nuestra vecina y amiga república del sur, es un país de grande e inexpresable porvenir. Frente al Pacífico, en la ribera de la bahía de la ciudad de Panamá, Vasco Núñez de Balboa alza con su diestra la cruz de su espada sobre el inmenso océano: pareciera indicar que en este punto del globo una raza generosa descubriera horizontes tan amplios para ofrendarlos a la humanidad entera, para mayor bien de todos los hombres.

Joaquín Vargas Coto

San José, Costa Rica.

Poemas de niños

I.—Las brumas

Tú, niño, ¿has sentido ya la caricia de las brumas? Mira, de esa montaña pelada bajan al llano verde y frío los copos de algodón frío como el llano, que llaman las brumas.

Y allá muy lejos, allá sobre el mar, el sol se hunde, se apaga en sus aguas. El sol ha de ser muy caliente porque, mira, cuantas nubes se alzan del mar. Pero,

El día se muere,
Callemos, encanto;
Es hora de rezo,
Es hora de llanto.
¿Del pícaro grillo
No oyes el canto?

II.—Bambú

En la orilla de este arroyo de vidrio una parra de bambú se retrata. De entre las cañas de la parra, una, la más alta, la más hermosa, la más coqueta, se agacha a verse en el arroyo y lo besa y no lo besa...

Yo estoy debajo casi junto al agua.

Mis oídos, ventanas de mi alma, oyen una orquesta en que no faltan las flautas de unos pájaros, el cascabeleo de las hojas y las notas de unos violines que, sin engañarme, digo que son las cañas del bambú amarillo canario rozándose.

Y como si algo faltara, el riachuelo contribuye con armónica canción a completar este coro que la orquesta mejor no imitaría.

El sol de la una quiere bañarme de luz, pero el follaje del bambú, que no sólo es música, que también es-parasol, me protege.

No contento con eso el bambú, de vez en vez me deja caer una hoja...

Otra hoja...
Otra...
Otra...

Y mientras parra, río y pájaros me deleitan, me embriagan, me quedo dormido...

III.—En el mar

Amiguito mío, no hay duda que este vapor se ha emborrachado. ¿No estás sintiendo como se mueve?

Mira, las olas se burlan de él. Hacen plumeros de espuma y lo soplan por las costillas.

Yo no sé, pero me siento atarantado. Sabes, es la mala compañía de un borracho.

Sí, estoy borracho. Mira ese lucero como sube y baja.

Mira, cómo se balancea la luna. No se balancea. Ella se agita para coger algunas estrellas y volcarlas a los patitos de mar mañana, cuando vengan a rodear al vapor.

El mar se ha enojado con el buque borracho. Ahora lo está limpiando. Entremos al camarote porque allá siento venir las baldadoas de agua salada.

Entremos pronto antes de mojarnos, porque, como estamos borrachos, el mar está enojado con nosotros.

IV.—La chiltota

Este pájaro es de noche y de sangre: es de celajes.

Es bólido en pleno día.

El indio respeta y ama a la chiltota. No la coge, ni la atormenta, ni engaña. La chiltota es traviesa: es el pájaro niño. Picotea los mangos de su color, no por hambre, ni por envidia, sino por travesura. Jamás la atormentes, niño, ni permitas que la tengan encerrada.

V.—La ceiba amada

Sí. La ceiba es árbol de bien, por eso la sembraron los abuelos indios.

¿Dices que no? Tú no sabes. Yo digo que sí Mira la muchedumbre de pájaros que se reune en la ceiba tarde a tarde. Allí están los pájaros perezosos, que no quieren hacer nido. Pero la ceiba les da su sombra. Sí. La ceiba es árbol de bien.

Esta vieja ceiba que ahora no tiene raíces y está quedando calva, en mejores días tuvo espeso follaje y grandes raíces donde los niños cabalgaban. La vejez la hizo abandonar a los niños para querer sólo a los pajaritos.

VI.—La fuente

Mira, niña, esa peña llora. Las lágrimas las recogen en una hoja para que caigan en los depósitos de las aguadoras.

Bebamos las lágrimas. ¡Qué ricas! Me comunican la frescura de la peña y del musgo que la cubre. No bebas en *huacal*, que los dedos te sirvan para lo que fueron hechos.

Pongamos otra vez la hoja de piña para que esa india lozana llene su cántaro.

Oye, niño, la canción de las lágrimas que caen en el ánfora...

VII.—El cangrejo

De entre esas peñas, con el agua, sale el cangrejo. No le eches jabón porque no le agrada.

El bebe agua y come tierrita.

No quiere a los hombres. Huye de ellos. Es en vano; quítate de allí porque no saldrá hasta que sepa que nos hemos ido. ¡Qué chulo el cangrejito!. míralo, allí viene: es pequeño, azul y ligero con unos ojitos de cabeza de fósforo.

VIII.—Las tastas

—Mira estas flores amarillas como campánulas que he cortado en las torres.

—¿Cómo se llaman?

—Reviéntalas en las mejillas, en la frente, en la cabeza, en los ojos... ellas mismas te dirán su nombre.

—No entiendo.

—Oye, tontito, como dicen: *¡Tas! ¡Tas!* Así se llaman.

Las tastas son las ***espontáneas*** de la campiña y de los muros viejos que nacen en un arbusto amigo de lo viejo.

IX.—Los jutes

Deten el caballo. Mira en el riachuelo cenagoso, unos caracolitos negros como el lodo.

—¡Qué feos!

—No seas novelerito. Son los jutes que has chupado más de una vez en tu mesa.

Mira éste que he cogido: es un cucurucho negro de lodo y se cubre con un desquito como de cuerno.

—¡Uy! Son buenos; pero así me dan miedo.

X.—En el almuerzo

—Mira, tú, lo que llamaste feo; aquí está cocido.

—¡Ah...los jutes!

—Chúpalos. ¡Verás, qué ricos!

—Dame más. ¡Qué ricos...! ¡Qué ricos....!

XI.—La iglesia del pueblo

...Un camino largo, polvoso y soleado... Míralo. Mira también los hilos del telégrafo: hoy, ayer, mañana, siempre iguales.

Pasando ese puente, ya estamos en el pueblo amado. Apura el paso de tu mula.

Ya llegamos. Esa iglesia blanca de cal y bañada de sol parece dulce de los que venden en la fiesta. Es tan blanca y hace tanto sol que duele la vista. Casi no puedo abrir los ojos.

¡Qué suerte tenemos! Llegamos a las propias doce. Las campanas en loca algarabía gritan y gritan. Gritan en balde: Que son las doce todo el mundo lo sabe... Energía y tiempo perdidos.

Siguen tocando las campanas...

¡Qué cielo tan puro! ¡Ni una nube lo mancha! Azul... Azul... Azul...

Alfonso Rochac

Está con nosotros, unos días, este Alfonso Rochac, uno de los escritores jóvenes de El Salvador. Le hemos dado el abrazo fraternal; nos ha traído en sus palabras cordiales, en sus papeles y recuerdos, mucha alma salvadoreña la mejor, la que más amamos.

Masferrer nos habla de él en términos enaltecedores. Nos dice:

> Este muchacho es nuestra esperanza, y ya comienza a ser promesa cumplida. El y Hortensia son casi todo mi mundo espiritual, y los motivos de mi fe en el ambiente que me rodea. Estoy seguro de que nos darán tanto o más de lo que esperamos de ellos.
>
> Este Alfonso Rochac es *maestro* hasta el colmo: mucho más allá de lo que él mismo se imagina. Adora a los niños, y tiene de ellos el alma regocijada y limpia.
>
> Usted lo ha de querer, sin duda, y medirá fácilmente su gran comprensión, su gran bondad y su grande anhelo de justicia.

Canciones y Ensayos de Rafael Estrada

Se me ocurre que cada poeta moderno, debería tener, por lo menos, media docena de apóstoles, que habría de buscar entre las gentes que quieren admirarlo, impregnarlos de su estética, y luego, que ellos se encarguen de divulgarla. Va sucediendo como en las religiones, que para creer hay que querer creer.

Rafael Estrada, es uno de esos poetas difíciles, y entre la lucha contra el pasado y otras preocupaciones poéticas, le sucede como a la ola perturbada por los arrecifes, que con más violencia estalla y arrecia contra ellos.

Fácil división, fuera de la poesía, la que gusta y la que no gusta a primera vista; en tal caso habría que renunciar, si fuéramos sinceros con nosotros mismos, y olvidando el valor que le da a las cosas la historia, a don Luis de Góngora, el cual llega a saborearse después de un prolongado contacto de conocimiento. De lo cual se desprende, que nuestras renunciaciones a primera vista, especialmente si ya se ha marcado al poeta de modernista, corren el riesgo de ser equivocadas y han de enmendarse con el trato de dicho autor.

Estrada alarmó al público con algunas cosas fuera del uso diario, y éste, en lugar de buscar el fondo poético y las razones que dan fuerza para producir obra, se quedó viendo metáforas imposibles que descalificaban al autor.

Alguna vez dije, que debían leerse los poetas modernos con caña de pescar, y luego balancear la útil presa y la inútil, y de ahí juzgar al poeta.

Me decía un amigo, que versos buenos son los que fácilmente pasan al ar-

chivo de la memoria, es decir de ritmo y rima y de ideas fáciles; sin embargo, existe la otra partida, los hijos de los investigadores, los de las gentes que quieren hacer tarea personal, esos muchachos que se revelan a escribir, en diez, doce o catorce sílabas, a que quiere forzarlos el pasado; en fin, romper moldes para que el medio de expresión ofrezca mayor riqueza al campo de las ideas.

A Estrada lo preocupa enormemente el pasado, en medio de su modernismo; él sabe que la historia da el nivel para ser gran poeta, hay que andar todo el camino con los otros y luego, solo, seguir la jornada. Hay muchos artistas que maldicen del pasado y lo detestan por la lucha que les presenta y pretenden hacer caso omiso de él; por supuesto el fracaso es completo, dado que esta cadena de la vida es inrompible. El caso de Rafael es enteramente otro, ama la técnica, y bebe en las fuentes de los que han sido.

Mucho conozco a Estrada, es sincero, cimiento sobre el cual se puede levantar perpetuo edificio.

Max Jiménez

San José, Costa Rica

De Modesto Martínez a Mario Sancho

Señor
don Joaquín García Monge,
Director del *Repertorio Americano*

Ciudad.

Mi querido amigo:

Ya sabe usted que en el país o fuera del país, soy uno de los más entusiastas lectores de su maravilloso *Repertorio* del cual no pierdo letra, desde el título hasta el pie de imprenta. De ese modo trato de corresponder, al menos materialmente, a la bellísima labor intelectual que hace su revista, hoy astro de primera magnitud en toda la América Latina. Así es que a tan asiduo lector no podía pasar inadvertida una nota enviada por don Mario Sancho desde Boston, en la cual dice entre otras cosas la siguiente:

> *Smith, Politician, Hoover, Administrador.*—Esta fué una de las muchas tonterías que se dijeron o se murmuraron en la campaña recién pasada. Ahora veo que acaba de hacer su aparición también en un periódico de Costa Rica ¡bala perdida después de la refriega!

Siguen otros conceptos atingentes a este asunto dichos todos en un tono tan dogmático, displicente y agrio que no parece ser el Mario Sancho que yo conocí hace tantos años, tan fino y agradable en su literatura como en su trato personal. Para mí las brumas y los hielos de Boston le han agriado el carácter como nos pasa a todos los trasplantados tropicales que echamos de menos las muchas horas de sol brillante que son la vida y alegría cotidiana de los trópicos; o talvez la influencia de Mencken y su *American Mercury* le han hecho creer que escribir doctoralmente y con acritud es escribir bien.

Pero dejando esto aparte, como yo fuí quien dijo en un periódico de Costa Rica eso de que Smith es un *politician* y Hoover un administrador, no tengo más remedio que volver sobre este tema que se discutió hasta los sedimentos en la recién pasada campaña electoral de los Estados Unidos.

Nadie ignora, ni aún los que gustan de informar sin tomarse el trabajo de investigar, que Smith es el producto más acabado y genuino del Tammany Hall. Y no hay en el mundo quien no sepa que el Tammany Hall es una organización neoyorkina, constituida por un nidal de *politicians* que por muchos lustros —casi sin interrupción—se han adueñado parcial o totalmente del gobierno de la ciudad de Nueva York y vivían hasta hace poco tiempo del peculado, del soborno, del cohecho, del reparto de gajes y prebendas y del miedo que inspiraban sus agentes que para convencer a los votantes tenían el más completo repertorio de argumentos, desde el tabaco habano y el *whiskey* escocés hasta la bala infalible del pistolero profesional.

Smith, nacido en las aceras de Nueva York—de lo cual él justamente se vanagloría—tenía infaliblemente para hacer carrera política—a lo cual lo inclinaban su inteligencia brillante, su temperamento batallador y su noble ambición—que caer en las garras del Tigre, como se llama al Tammany, con gran desdoro del noble felino. Y por eso el primer puesto de significación que tuvo Smith, su silla en la Asamblea del Estado de Nueva York a la que llegó antes de los treinta años de edad, la debió al cacique del Tammany en su distrito electoral. Y desde entonces ha sido el hijo favorito del Tammany. No digo que Smith siga los procedimientos del Tammany porque esto sería hacerme eco injustamente de lo que se dijo en la amarga y odiosa «whispering campaing» que acaba de pasar; pero hay que creer con Disraeil que el mundo desconfía de los estadistas a quienes la democracia ha convertido en *politicians.*

Decir, pues, que Smith no es un *politician*, siendo como es un producto refinado de Tammany Hall, es como decir que el prior de la Cartuja no es un cartujo.

Hoover en cambio, no tiene nada de *politician*, ni la sonrisa siquiera. Hace algunos años nadie—ni el mismo Mario Sancho—sabía a qué Partido pertenecía ni él había sentido la necesidad espiritual de afiliarse a ninguno. Entró a la vida pública no por ambición sino por el deseo de **Servir** que es el lema de su vida esforzada y fecunda. Su rápido encumbramiento al solio presidencial es el producto del deseo de más de veinte millones de norteamericanos que quieren que el actual régimen administrativo continúe, porque ese régimen significa **Prosperidad.** Acaso pensaron con el ingenioso autor de Gulliver que quien pueda hacer dos mazorcas de maíz o dos hojas de pasto en donde solamente una crecía antes, merece más de la Humanidad y hace a su país mejor y más esencial servicio que toda la raza de *politicians* puestos juntos. Y no hay que olvidar que durante la Guerra Mundial, Hoover hizo el milagro de los panes y los peces!

Veinte millones de norteamericanos deseaban un administrador y por eso eligieron a Hoover que es el más representativo de los estadistas norteamericanos dentro de esa tendencia; y votaron contra Smith porque no querían en estos momentos la ascensión al Poder de un *politician* que llegara a especular con nuevas tendencias, orientaciones y reformas que habrían talvez desviado a los Estados Unidos de la floreciente ruta por la cual van trajinando actualmente y que los ha conducido a la más fabulosa prosperidad que hayan conocido en todos los años de su historia.

El propio Smith no diría jamás que no es un *politician* porque despojarse de esa investidura sería como si un ave del Paraíso se despojara de su brillante plumaje; en cambio Hoover sí podría decir con la misma agudeza de *Artemus Ward:* «I am not a politician and my other habits are good!»

Para terminar este asunto en el cual no quiero penetrar más hondamente porque fué tan minuciosamente discutido

que sus pro y sus contra los conocen todos los que leen algo más que el diario parroquial, debo decirle, amigo García Monge, que en el tercero de los nuevos volúmenes que constituyen la décima tercia edición de la Enciclopedia Británica, se lee lo siguiente:

Smith, Alfred Emanuel (1873)—American *politician* born in New York City. Dec. 30, 1873, etc.

Pero así como don Quijote dijo aquello de «Leoncitos a mí», podrá Sancho decir ahora: «Enciclopediecitas a mí...!»

Muy sinceramente suyo,

Modesto Martínez

San José, Costa Rica
Enero de 1929.

La traición del pensamiento

A la exposición y crítica que Julien Benda hace en su reciente libro, *La trahison des clercs*, del rol político que juegan los modernos hombres de pensamiento (que él denomina *clercs*), han respondido los republicanos de todas las alas, con impugnaciones casuísticas y de detalle, cuyo fondo estratégico es, más bien, un homenaje de admiración intelectual a Benda. En cambio, las réplicas de la extrema derecha, con Maurras a la cabeza y de la extrema izquierda, con Cachin de abanderado, huelen a pólvora.

Julien Benda acusa en su libro a los pensadores, del delito de traición al pensamiento puro, perpetrado a favor de las pasiones políticas. Pensamiento puro, a juicio de Benda, es la actividad abstracta y desinteresada del espíritu, ejercida por sobre las exigencias inmediatas de la realidad; un juego místico y libre de creación suprema, cuyos móviles y fines no se relacionan con los intereses momentáneos de la vida social, ni con las luchas políticas en general. El sacerdote de este género de creación abstracta y desinteresada,—contrapuesta a la psicología finalista de Freud,—debe, en opinión de Benda, encerrarse en sí mismo, neutralizándose ante las pasiones políticas, no para desoírlas,—lo que equivaldría a amputarse de un gran venero de inspiración vital,—sino para dominarlas, subordinándolas a planos más serenos y armoniosos de la vida. Al pensador (artista, filósofo, eclesiástico, hombre de ciencia, etc.) le está vedado mezclarse en las luchas sociales, sean éstas de clase, de raza, nación o cultura, abandonando la política, como quería Goethe, a los diplomáticos y a los militares o, a lo sumo, adoptando ante ellas, como lo hacía Voltaire, una actitud meramente crítica y objetiva, sin alinearse en ninguna fila política. Si Rousseau, —dice Benda,—trató las cuestiones políticas y sociales, lo hizo desde un punto de vista tan general y abstracto y con tal desdén hacia la realidad inmediata, que no se le puede tomar sin caer en un simplismo tendencioso, como un militante político. En cambio, basta nombrar a D'Annunzio, a Kipling, a Maurras, a Barrés, para convenir en que los *clercs* de nuestros días militan en las luchas sociales, con todos los caracteres peculiares de la pasión política e incompatibles con el pensamiento puro y superior: la tendencia a la acción, el ansia de resultado inmediato, el desdén por el argumento, el extremismo, el odio, la actitud sistemática. Maurras, D'Annunzio, Kipling, traicionan, de este modo, los fueros del pensamiento puro.

El *clerc* moderno, para Benda, abandona la investigación de las cosas eternas y universales,—que convienen a todos los meridianos y a todas las épocas,—y se convierte en un sujeto político ordinario e igual a cualquier vecino. Más todavía. El *clerc*, no sólo adopta las pasiones políticas, como los demás mortales, sino que introduce estas pasiones en las creaciones de su espíritu, mezclándolas al trabajo del artista, del sabio, del filósofo y marcando con el sello de esas luchas y contingencias la esencia de todas las obras especulativas. Por este camino, nos encontramos con que la sustancia de la poesía es una pasión política, como en Kipling y D'Annunzio. La función de la novela y del teatro sirve a fines inmediatos de política, como en Romain Rolland o en Bernard Shaw. Idéntico fenómeno ocurre con los historiadores, cuya interpretación, parcial y tendenciosa de los hechos, se ha convertido en método corriente, como en Treitschke o Guisebert. La crítica literaria y artística no encuentra que una obra es hermosa, sino cuando sirve a tal o cual partido político o cuando prestigia, aunque fuese tan sólo de perfil, a tal o cual ideología política: Daudet y Lunachartsky son típicos ejemplos de esta crítica. Hasta los metafísicos caen en la zancadilla de meter la pasión política en sus concepciones, como hacen los metafísicos alemanes. En fin, el propio espíritu religioso no se escapa de la política: la actitud nacionalista de la Iglesia, durante la reciente guerra, lo atestigua de sobra.

Benda exclama estupefacto: «Así, pues, aquellos de entre los hombres, cuyo apostolado ha tendido, durante siglos, a sobreponer la creación altamente especulativa a las pasiones e intereses inmediatos de la política, son ahora los primeros en predicar, con una ciencia y una conciencia desconcertantes, la excelencia y primacía de las pasiones políticas, sobre los fueros del pensamiento puro.»

¿Cuáles son y serán las consecuencias de esta terrenización del pensamiento abstracto, de esta circunstancialización del espíritu? Benda colige de aquí un triunfo próximo y total del peor y más funesto de los realismos. Si nos preguntamos,—dice Benda,—a dónde va una humanidad cuyos núcleos sociales se hunden más y más en la conciencia de sus intereses particulares y cuyos conductores culturales sostienen que fuera de esta lucha política de intereses, no hay salvación posible, tenemos que responder que esta humanidad va derecho a la guerra más desastrosa de la historia.

Todo el libro de Benda está conducido por una dialéctica clara y casi didáctica. Los ejemplos y testimonios abundan. Benda condena a la mayor parte de los hombres de pensamiento contemporáneos: Romain Rolland, Kipling, Bergson, D'Annunzio, Shaw, Keyserling, Maurras. Sin embargo, Benda formula algunas excepciones: Einsten, por ejemplo. En general, Benda plantea la siguiente regla para distinguir al pensador culpable del pensador sin mácula. «Existe, dice,—un criterio seguro para saber si el *clerc* actúa por encima de las pasiones políticas, amordazándolas: el *clerc*, en este caso, es eliminado inmediatamente de la sociedad, como Jesús y Sócrates. Si, por el contrario, el pensador conviene con la sociedad, es porque traiciona su función superpolítica, como en el caso de todos los pensadores modernos».

César Vallejo

París, Octubre de 1928.

Carta del Dr. Alfredo L. Palacios, Presidente de la U. L. A.,

a Mr. Hoover, Presidente electo de los Estados Unidos

Buenos Aires, 13 de Diciembre de 1928

Señor Herbert C. Hoover

Señor:

Me complazco en enviar con esta carta, —traducido al inglés,—el mensaje que en mi carácter de Presidente de la Unión Latino Americana dirigí a los jóvenes obreros y universitarios de la República cuyos destinos presidirá usted muy pronto.

Aprovecho esta oportunidad para decir a usted lo siguiente: Está usted en tierra argentina, que es tierra de libertad. Constituimos un país cuya índole, en esencia, es la más democrática del mundo. Sólo necesitamos adquirir de los extraños la técnica constructiva, pero el impulso, el anhelo, nos es propio, hereditario. Nos hemos afirmado en la tradición generosa de nuestro pueblo hasta lograr que sea inposible, entre nosotros, aun la pretensión, siquiera, de establecer dictaduras como las que afrentan a Europa y avergüenzan a algunos países de América.

Nuestra Constitución tuvo por modelo la de su país, pero a veces se apartó de ella con una amplitud generosa que es la que más se adapta a la índole universalista de este pueblo, síntesis de razas.

Nuestra política internacional fué siempre desinteresada. San Martín, varón de Plutarco, grande como Washington, impulsado sólo por un ideal, dió libertad a tres naciones.

Cuando la fatalidad nos llevó a la guerra para derribar a un tirano, proclamamos como criterio jurídico, ante la faz del mundo, que *la victoria no dá derechos.*

Hemos aplicado garantizando así la paz, como principio argentino, el arbitraje antes que Europa lo aceptara, teoricamente, en sus congresos internacionales. Sometimos a la decisión del árbitro, una cuestión, después de la victoria de nuestras armas, perdimos el pleito y acatamos el fallo adverso.

Por último, con Drago, a quién seguramente usted conoce y respeta porque es una de las más puras y nobles figuras de América, expusimos principios sobre la inviolabilidad de la soberanía de las naciones y combatimos *la especulación a mano armada.*

Por eso las palabras que usted ha pronunciado en Guayaquil, han producido emoción en Buenos Aires: *La democracia,* ha dicho usted refiriéndose a su país, *es algo más que una forma de organización política; en una fe humana. La verdadera democracia no es ni puede ser imperialista.*

Desgraciadamente esta afirmación suya, está desvirtuada por la acción de la plutocracia cuyos intereses son contrarios a la democracia del mundo y al bien de la humanidad.

Todos sabemos que las exigencias de expansión y la necesidad de que la rápida acumulación del capital encontrara la más fácil y cercana salida, ha determinado en Estados Unidos una diplomacia financiera que condujo al dominio de los países del Mar Caribe, convertido, hoy, en un lago norte-americano.

La democracia se basa en la soberanía de los pueblos y ésta no ha sido respetada por los gobiernos de la gran República que usted representa.

De ahí esa desconfianza hostil, que usted habrá advertido, contra la nación acredora de todo el mundo, que se levanta gigantesca entre Europa, que parece haber descripto su parábola histórica y Asia, que sobrecoge el espíritu con su tradicion y su misterio.

Mientras las tropas norte-americanas, en tierra de Nicaragua vulneren la soberanía de ese pueblo y persigan a Sandino que, en condiciones históricas distintas, reproduce el gesto de nuestro gran gaucho Guemes, las bellas palabras de usted, carecerán de sentido para nosotros.

Entre tanto la Unión Latino-Americana que no tiene vinculación alguna oficial u oficiosa con los gobiernos, se propene: Alcanzar en los pueblos latinoamericanos una progresiva compenetración política, económica y moral, en armonía con los ideales de la humanidad; desenvolver una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales, auspiciando toda renovación ideológica que conduzca al ejercicio efectivo de la soberanía popular y combatiendo todas las dictaduras que obsten a las reformas inspiradas por anhelos de justicia social; así como garantizar la independencia y libertad de las naciones de América Latina, contra el imperialismo, uniformando los principios fundamentales del derecho público y privado y promoviendo a la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales, de carácter continental. Y entre las normas que sancionamos, figura en primer término la oposición a toda política financiera que comprometa la soberanía nacional y en particular la contratación de empréstitos que consientan o justifiquen la intervención coercitiva de Estados capitalistas extranjeros.

La institución que tengo a honra presidir expresa a usted sus más vivas simpatías por el pueblo sano de Estados Unidos y especialmente por su juventud que acaso puedan detener el terrible proceso de materialización que se opera en su país.

(f) *Alfredo L. Palacios*
Presidente

(f) *Manuel Seoane*
Secretario

La bailarina inmóvil

(Sobre *Edvard Grieg*)

(Se perdió en el estanque la orquesta meridiana).

Sólo algún soplo irisa su túnica pagana
donde hasta la amenaza de la sombra es azul.

No llora por el baile para siempre perdido;
no siente, tras el sol, en vano haber corrido:
sus ojos son de azoro y sus pies de quietud.

Y su túnica azul, de un inútil azul.

En torno suyo ronda la ausencia de la orquesta,
y Ella vino ligera por la rojiza cuesta
para bailar al ritmo inefable del sol.

Y bordó el traje vano con inquietas agujas
que agudizó su anhelo. Y se rió de las brujas
que colgaron augurios en las ramas del boj.

(Las agujas cantaban: ¡El sol! ¡El sol! ¡El sol!)

Y desdeñó el consejo de su vieja nodriza:
—Nunca alcanzamos nada de lo que nos hechiza.
Al movernos nosotros, el hechizo se va.

Y ella pasó su vida en terminar el traje,
y ha corrido. A lo lejos, reverberó el miraje
en este sitio. Llega, y el miraje no está.

Acaso las montañas sabrán por dónde va.

Ella está inmóvil. Callan su vida transparente,
su trabajo fustrado, su cabello indolente.
Y su melancolía habla a la inmensidad.

Inmóvil para siempre, mira sus pies divinos
bendecidos, ha poco, por todos los caminos
que ardían bajo el rastro de la ausente deidad.

Y en silencio, en silencio, habla a la inmensidad.

¿Para qué? No responden planicies ni montañas.
Sus manos, que tejieron ágiles como arañas,
estrujan dulcemente la túnica nupcial.

Ya no tiene esperanza. Del llanto que no llora,
el traje azul, azul, de pardo se colora,
y lo hace gris y obscuro su silencio fatal.

Quiere danzar desnuda por el duelo nupcial.

Y, suavemente, el pecho milagroso retira,
en tanto que el silencio, devoto y simple, mira
la maravilla inútil de su cuerpo, surgir.

Y, al viento que de pronto va a flaglarla, danza
la bailarina inmóvil su danza de esperanza,
su danza de locura, ritual para morir.

Acaso, ante su baile, el sol va a resurgir.

Su paso fulgurante escala la colina
que se convierte en oro bajo la bailarina,
en oro de crepúsculo y en oro de canción.

Y, mientras todo tiembla del encanto imprevisto,
Ella baila... (¿Le has visto?) Ella arrastra (¿Le has visto?)
de montaña en montaña su desesperación,

Y todo se le vuelve, bajo los pies, canción...

Encadenó una música el contorno que sueña,
mientras la bailarina, de pronto, se despeña
y rueda al tierno abismo donde acaso está el sol.

¿Por qué manos lejanas va a ser amortajada?
Se ha vuelto negra, negra, la túnica olvidada,
que de un inexplicable perfume se impregnó...

¡Oh, tal vez, en el alba, podrá aspirarlo el Sol!

RODOLFO USIGLI W.

Le acompaño unos versos del poeta Rodolfo Usigli que desearía ver publicados en el *Repertorio*. Se trata de un escritor mexicano, novísimo y original, que apenas empieza a ser conocido en los círculos literarios de esta ciudad. Es un valor auténtico. Ojalá que Ud. comparta mi opinión, y le brinde como a Jorge Zalamea, a quien le recomendé también, la generosa hospitalidad de su insustituible semanario.—*Mario Santa Cruz*.

(*Fragmento de carta.* México, D. F.)

José Eustasio Rivera...

(Viene de la página 72)

probidad espiritual que les ha dejado quien no tuvo que renunciar a sus producciones literarias para ser buen ciudadano. Rivera fue el abanderado del arte propio, del sentido de la nacionalidad, y supo desentrañar los tesoros poéticos de un suelo que algunos creen estéril para la obra elevada y densa. Pueda su genio y pueda su ejemplo, lanzar por las mismas sendas a las inteligencias que luchan por no tener ideas que estén todavía sin uso.

Armando Solano

Parafrasis de José Eustasio Rivera

= De *El Espectador*. Bogotá =

En la noche. A lo lejos la pampa se curva fatigada de planicie. El gran río estira, silencioso, su caudal bajo un palio de palmeras. Del angosto boscaje ribereño y del confín del horizonte rezuma la sombra, mientras que de la insondable altura baja el silencio en titilaciones estelares.

Ochocientos toros de enastado testuz dormitan, apenas si rizando a veces los musculosos ijares al leve pinchazo de los mosquitos traidores, o mugiendo a la sordina en algún ensueño de libertad y de amor. De pronto una racha de pavura dilata sus ojos; con toda su fuerza, resortada de espanto, se levantan a la voz ineluctable del instinto, y bramando con pávido bramido se abalanzan, locos, hacia la gran llanura ilimitada y sombría. Rotos los maderos del cercado al empuje, para ellos mortal, de los primeros, sobre astillas y carne amazacotada, vuelan más que corren, mugientes y erizados, los reyes de la pampa, de elefantina corpulencia; y a lo lejos ya, en la calígine sepia de la noche, se hunde su carrera veloz, cual si se sumaran al misterio de la inmensidad.

El poeta los vió. Conocía su bravura retadora del tigre voraz, salteador de los rebaños, su reto enarcado contra poderosos rivales y el hombre, su orientación indefectible en las dilatadas praderas, indemnes al trajín de las rutas. Los vió, y adivinó en su carrera pavorida y en el mugir melancólico de sus roncas gargantas, la presencia del dios informe del desierto, del deva indefinible de las vastas soledades.

Y ya inquieto de esa revelación augusta, anduvo oleándola, por el bosque centisecular de los mayores ríos del trópico, Orinoco arriba, de turbia amarillez, límpido Ríonegro, el de ondas trasparentes, que recata sigiloso en lecho profundo de negrura, el Casiquiare bifontal, el pequeño Inírida, bautizado por Apolo, el río-océano de las Amazonas... En el alto Atabapo, en las riberas del Yavita, vivió meses bajo un toldo desgarrado por los vientos. Quería aprisionar el rito de la selva. En las horas frescas aún de la mañana internábase en el bosque en busca de caza útil a su manutención. En cada sér ocultábase algún fragmento de la divinidad absconta. Leve murmullo de la vida en espontáneo concierto de actividades: rumor vago de alados insectos, trino de aves que en lo más alto de las ceibas semejan frutos maduros de abigarrado color, bandadas fugitivas de pericos parleros, tenues mariposas blancas. Los simios de arisca gesticulación huyen chillando, mientras que, veloz, gruñe en su carrera el borugo taimado o la torpe danta. En huella reciente todavía la garra resortada del jaguar dejó en la noche mensajes de audacia, en tanto que aquí y allá cruza los senderos del bosque sierpe perezosa en huir, mortalmente vengativa para el pie que la importune. No es prudente internarse mucho en aquella maraña de enhiestos troncos, bajo la alta cúpula inaccesible de las hojas enlazadas. ¿Hacia dónde avanzan nuestros pies? Ni el oriente se percibe, ni otro derrotero visual. El hálito de cada sér se va desvaneciendo en un rumor conjunto, acres perfumes en un aroma de humedad hacen enervante el ambiente, los troncos se alargan hacia inverosímiles alturas; vago vértigo de desorientación invade los sentidos, se suma en la conciencia a la soledad sensible, a la soledad hecha ente, amenaza, feral enigma. Entonces los árboles parecen vivos, se retuercen burlonamente, se agrupan para oponerse a nuestra marcha, parecen girar, danzar una danza diabólica; son sierpes, brazos, pulpos, dioses infernales; el mundo humano se nos va extinguiendo en la conciencia, somos de la selva, nos absorbe, nos paraliza, desintegra nuestra personalidad, sentimos que va a devorarnos; y los ojos desorbitados, estrangulada por la sensación de la muerte y roja de fiebre la garganta, flojas de cansancio y temblando ya las piernas se niegan a conducirnos. En ese instante de pavura, los ojos pueden ver y la conciencia definir al demonio Mohán del bosque, al deva de la silvana inmensidad. Así lo vió el poeta, y escapado al vértigo, fugitivo de la urdimbre nemorosa, recostábase en la hamaca a hilvanar lentamente en la memoria, su memoria privilegiada, la obra de arte en que habría de darnos la noción exacta de aquel mundo. Muchas veces le sorprendió la noche en esta rumia del propio pensamiento, y con ella nuevos valores de creación aparecieron a su espíritu. La noche en aquellas latitudes es la verdadera noche del mundo, sombra augusta de la eternidad. Entre el cielo mudo y la selva sin fin, el alma desvalida del hombre parece una leve luciérnaga fugaz, brillo de un momento en las hoquedades del abismo. En la hojarasca un ruido artero, ¿acaso la sierpe que a la hora del baño pasó el río erguida la cabeza triangular, ondeando el cuerpo sumergido en la linfa trasparente? ¿El felino de trémulos ijares que olfatea al intruso, o las erinnias de la selva, las hormigas pantófagas, que anuncian la próxima inundación? La pupila avizora se dilata en vano, porque el bosque tapió con sombras la entrada de sus senderos laberínticos. Pero aquel leve ruido manifiesta la soledad, y entornados ya los ojos ven en panorámica fantasía selva y ríos y más allá nuevos ríos de más ingente caudal y selva más dilatada aún, hasta el confín borroso de lo innominado, hasta la distancia absurda que no medirán los pies en años de fatiga. La visión interior percibe, separados por centenas de kilómetros, los cónicos bohíos de la raza indígena, y allá sobre la insumisa ribera de los

ríos mayores, las primeras avanzadas de la civilización. Es una pesadilla de sangre, de robo, de esclavitud y afrenta inútil. El demonio de la selva no cederá su imperio de sombra y de crueldad. Entrará en el alma de los atrevidos colonizadores; de un discreto senador hará terrible Polifemo, manchado de sangre; de hombres sencillos, que ayer no más arrullaron en sus rodillas con sonrisas inocentes al hijo de su amor, retoño de humanidad, hará verdugos, jaguares que desollarán con sevicia inverecunda las espaldas corvadas de dolor de hermanos indefensos, de inocentes hermanos que mueren ignorando el porqué de su martirio.

Todas estas trágicas visiones recogió el poeta. Allá mismo, a la orilla inhóspita de los caños de esa América tropical, escribió *La Vorágine*. Mal nombre, mala psicología, mal estilo quizá, pero una de las obras fundamentales de toda la literatura americana, la más americana ciertamente y vigorosa. El deva quedó para siempre aprisionado en esas páginas de verdad acerba, en ese cromo indesteñible de la Amazonía colombiana. Triunfó el artista, pero al llevar, orgulloso, al demonio Mohan que aprisionara en las redes de su arte hacia las muelles complacencias de una civilización de calorífero central y ascensores eléctricos para exhibirlo como a guiñol de feria y oso de gitanos, se irguió, salvaje, y extrangulando las yugulares del poeta le hizo rebasar la sangre juvenil hacia los ventrículos del cerebro, arrebatándolo vengativamente a los brazos del triunfo, de la riqueza y de la gloria.

Luis López de Mesa

Buenos Aires, diciembre 5.

Baldomero Sanín Cano—Bogotá.

Saludándolo afectuosamente le ruego hacer pública mi profunda condolencia por el fallecimiento del gran escritor José Eustasio Rivera.

Alfonso Reyes

Popayán, 18 de diciembre de 1928

Rafael Maya—Bogotá

Salúdolo cariñosamente.

Suplícole ofrendar a nombre nuestra universidad unas flores al nunca lamentado Rivera, en homenaje prepárale Bogotá.

Transcríbole:

«La universidad del Cauca se asocia al homenaje nacional que se tributará en la capital de la república a los despojos mortales del doctor José Eustasio Rivera, admirable poeta, novelista y meritorio ciudadano; confía a su distinguido ex-alumno don Rafael Maya la presentación, a nombre del claustro, de unas flores que simbolicen el tributo de admiración de la juventud de Occidente al ilustre colombiano, hijo de Neiva, desaparecido prematuramente en hora infausta».

Amigo, *Guillermo Valencia*

También nosotros somos apristas

En estas horas decisivas y de amargas inquietudes que está viviendo América, se es esclavista o se es antiesclavista. Ser indiferente, es ser esclavista.

Nosotros, que somos muchachos, que sentimos hervir la sangre, nosotros ***somos antiesclavistas,*** cueste lo que cueste, y decimos con Alberto Masferrer: «Sabemos que se nos ha de perseguir, difamar, calumniar, escarnecer, encarcelar, torturar, amordazar o expulsar...» No importa. Tenemos carne y espíritu para soportarlo todo: la hiel del odio, el estiércol de la venganza, la saliva de la calumnia.

Nosotros, conscientes, convencidos de la realidad, indignados por la injusticia y el servilismo, buscamos la lucha.

Si nos quedamos quietos en esta nueva oportunidad, seremos lo que antes hemos sido: ***Jóvenes sin juventud.***

No importa que digan que este movimiento, que esta cruzada es romántica; llegará el momento en que sea lucha y sacrificio. Y entonces seremos luchadores activos, soldados del **Apra** y si fuere necesario, víctimas.

Es mezquino tener como única aspiración la tranquilidad y la quietud domésticas. Ser joven debe ser desde ahora prestarse para la lucha por lograr ***la vida íntegra, digna y libre.***

En estos momentos el país duerme un pesado sueño causado por los narcóticos de tiranías pasadas y males presentes. Somos los muchachos, los que tenemos 20 años ***en el alma,*** los que debemos despertar las conciencias dormidas.

Si en nuestra pequeñez podemos ayudar al **Apra,** aquí estamos. Queremos ser sus soldados con derechos y responsabilidades.

Y daremos el tesoro de nuestra juventud, de nuestra tranquilidad, de nuestra sangre y—lo que duele más—(porque como que no tuviéramos derecho para ello) la tranquilidad de los que nos han hecho o nos hacen vivir...

Alfonso Rochac
René Padilla
Francisco Luarca
José Madriz
Coronado Delgado C.
J. Inocente Rivas Hidalgo
M. F. Chavarría
Efraín Jovel
Marcos Alemán
M. V. Gavidia
Francisco Guillermo Pérez

San Salvador, 1.º de Noviembre de 1928.

Tablero
= 1929 =

De *Patria*, el diario que en San Salvador dirige nuestro querido Masferrer, hemos hablado ya, y tendremos que hablar. Algunas de las excelentes notas editoriales de Masferrer las hemos reproducido en este semanario; y reproduciremos más.

Ahora queremos contar que en las esquinas del encabezamiento, *Patria* inscribe las líneas fundamentales de su labor cívica. Léanse:

Patria significa: hombres que viven en una misma tierra, bajo una misma ley, y se respetan, se aman y se ayudan.

La escala de la Cultura tiene nueve peldaños: Agua—Pan—Justicia—Orden — Camino—Escuela—Concordia—Ciencia—Gracia.

Otros diarios, con avisos llenan estos huecos; una forma más de manchar papel y desde luego, hacer negocio con eso. Pero Masferrer es de los periodistas que no hacen negocio manchando papel; promueve ideas, que es otro cantar.

Decididamente es bolsheviqui
Palabras de Mr. Hoover en Corinto

De una conversación de Mr. Hoover con el Magistrado don Carlos A. Morales, en Corinto, son las siguientes frases:

Hoover.—Yo creo que debieran estar en desuso los cañones para los honores oficiales: es una costumbre muy vieja, sólo buena de acoger cuando se trata de festejos militares.

Morales.—La etiqueta lo pide.

Hoover.—Pero no debiera ser así para los que no son militares; todo esto tiene que pasar; los cañones están demás.

Morales.—¿Y aquel viejo y sabio dístico latino: *si vis pacis para bellum?*

Hoover.—También tiene que pasar. Viene una época nueva; saldrán para beneficio universal, corrientes de cooperación económica y espiritual, para que los pueblos surjan y progresen. Los pueblos débiles buscarán con mejor entendimiento el apoyo de las grandes naciones, para crecer y prosperar bajo su sombra. El mutuo auxilio, la cooperación efectiva en todos los órdenes de la vida nacional, producirán mayores beneficios que el aislamiento internacional o que cualesquier medios reñidos con la humanidad.

Decididamente Mr. Hoover es bolsheviqui; mucho más que el más revolucionario redactor de PATRIA.

Ya no estamos solos: nos acompaña el señor Presidente electo.

Mas, por lo que hace a que los pueblos débiles *busquen el apoyo de las grandes naciones para prosperar bajo su sombra*, que nos perdone nuestro estimado compañero Hoover, si contraponemos a su consejo, los de Fedro, Esopo, Lafontaine, Samaniego y otros maestros de la vida, que nos dejaron en sus fábulas las enseñanzas de una experiencia milenaria. Ellas nos prescriben que los pequeños se aparten siempre y lo mas posible, de la compañía de los grandes.

Y si no, que lo digan......y otros.

(De *Patria*. San Salvador)

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica